cuarta edición

EL DELEGADO FRANCÉS

NO SOY QUIEN ELLOS CREEN

Francisco García Pimentel

Ilustraciones de Carregha

adASTRA editorial

el Delegado FRANCÉS

Francisco García Pimentel Ruiz

Ilustraciones de Carrega

Nombre original: El Delegado Francés.
Primera edición: abril de 2013.
Segunda edición corregida: junio de 2013.
Tercera edición revisada: febrero 2022.
ISBN 9798393213183

® Todo el contenido literario y el diseño de esta novela así como los personajes, situaciones y trama de la historia, son de autoría y propiedad de Francisco García Pimentel Ruiz. Se prohíbe su duplicación por cualquier medio material o digital sin autorización expresa y por escrito del autor.

® Las ilustraciones son propiedad de Guillermo Ruiz Carregha. Se prohíbe su duplicación por cualquier medio material o digital sin autorización expresa y por escrito del autor.

® Diseño editorial y portada, así como logotipos y marcas relativas propiedad de DiezLetras www.diezletras.mx.

PREFACIO

Esta novela inició como un experimento literario. He sido

siempre asiduo admirador de las novelas seriadas del siglo XIX, como las de Victor Hugo o Alejandro Dumas y he buscado siempre nuevas formas de acercar la literatura a la gente. La idea era sencilla: retomar la tradición clásica de la novela seriada y de entregas semanales.

Semana con semana, pues, publiqué un capítulo de *El Delegado* en un medio electrónico y la compartí con colegas y amigos. El resultado fue mucho mejor de lo esperado. Primero se contaron por decenas y luego por centenas los lectores. Se engancharon pronto y, más antes que después, recibí la llamada de algún amigo lector de *El Delegado* el jueves por la noche para ver si le podía adelantar algún secreto en exclusiva...

Existieron otras ventajas, que la modernidad permite. Al ser fácilmente digeribles, la gente leyó los capítulos con avidez y luego me envió sus comentarios. *¿Por qué ha pasado esto o aquello? ¿Cómo es que Antoine se atrevió a decir tal o cual cosa?* La interacción con el lector ayudó a esta novela a tomar cuerpo, forma y método.

El recurso de la primera persona tiene sus ventajas y desventajas. La conexión con el lector es más pronta, pero la angosta ventana por la que una sola persona mira el mundo convirtió el universo entero en una incógnita constante, que sólo se va descubriendo a través de los ojos de quien es héroe, antihéroe, narrador y víctima. La serialidad de la novela ha dado también forma a su estructura, como pronto han de darse cuenta.

El viaje ha sido magnífico. Me siento profundamente agradecido con todos los que leyeron, comentaron, criticaron y dudaron de *El Delegado.* He aprendido de todos y a ustedes me debo.

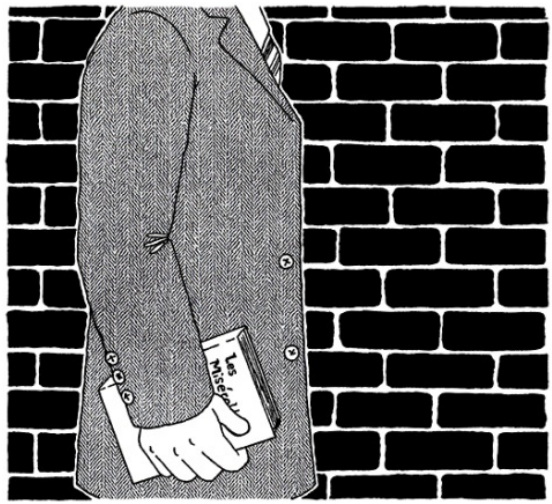
En especial agradezco a Guillermo Carregha su confianza en el proyecto y el apoyo para, semana con semana, plasmar con una tinta diferente lo que había en mi imaginación.

Gracias.

A Mónica.
Ser tu esposo es la mejor aventura.

Todos los personajes y situaciones en el Delegado Francés son por completo ficticios.

Las descripciones de lugares, edificios, mapas, vehículos, páginas web y elementos similares han sido realizadas con el mayor apego posible a la realidad.



1. HOY ES MI DÍA DE SUERTE

Ser maestro de francés en Londres no es cosa sencilla. Por una parte, cada vez la lengua de Víctor Hugo es menos requerida en la vida práctica. Antes el francés era la lengua de la diplomacia, de la política, del arte. Hoy es la lengua del esnobismo ilustrado de la clase alta con memoria y de la media que quiere parecer alta. También de algunos de baja que quieren parecer de media haciéndose pasar por alta. Ya conocen el tipo.

Por otra parte, Londres es un mosaico atiborrado de nacionalidades y los franceses (igual que los de cualquier otro lado) parecen salir a borbotones hasta de las alcantarillas.

Por si fuera poco, en internet los cursos se regalan. Son pésimos, es verdad, pero la gente no quiere realmente *hablar* francés, sino aprenderse de memoria tres o cuatro frases trilladas que, con media pizca de pronunciación, podrán soltar en su siguiente reunión. Mucho de *où est la toilette* y poco de *il y a beaucoup de bouches qui parlent et fort peu de têtes qui pensent*… En fin: mucho *Pepe Le Pou* y poco *Jean*

Valjean.

Más de nueve mil libras (a crédito) para la maestría en estudios lingüísticos comparados y una renta de seiscientas libras por un cuartucho al norte de Camden, más el costo del pase mensual para el subterráneo y la comida, me tienen viviendo como un pordiosero desde hace meses. Pero, vaya, la ciudad es increíble y cuando dejé Toulouse para venir a Inglaterra me prometí a mí mismo que no iba a regresar con la cola entre las patas, sino como un grande. Como un escritor, como catedrático, como crítico literario.

Ya desde entonces procuraba mantener una imagen de intelectual que me permitiera dar la ilusión de pertenecer a un mundo al que no pertenecía. Por eso llevaba barba corta, pelo largo y lentes de pasta desde hace algún tiempo. Era un cliché andante, con mi saco de pana deslavado y con parches en los codos; mi libro bajo el brazo, mis zapatos cómodos. A mis veintinueve yo mismo era una caricatura de snob intelectual, pero ¿qué más da? Era sólo para lograr la fama, el prestigio y el dinero que habrían de venir.

Pero mientras todo esto llegaba, me he tenido que conformar con enseñar francés a alumnos imposibles. Está Joe los lunes, keniano, estudiante de derecho. Primero debería de aprender a hablar bien el inglés. Los martes tengo el grupo de las japonesas: Kim, Joy, Yoko. Viven aquí mientras trabajan como niñeras, y el francés les parece entretenido. Llevo un año enseñándoles; no saben contar más allá del cien. Miércoles descanso. Jueves y viernes en la escuela comunitaria en South Croydon. Sólo el trayecto es casi hora y media, y dos horas de clase para adolescentes con iPhone. Pesadilla. Los fines de semana son fines de semana.

Cuando estudiaba, esto significaba algo. Los fines de semana eran tiempo para el pub, para el club, para el teatro y todos los placeres culturales que Londres ofrece a los que buscan (y tienen credencial de estudiante). Pero ahora ¿cómo voy a pagar cuatro libras por una pinta o cuarenta por un boleto? Esos tiempos quedaron atrás, y sencillamente camino por Camden, con mi lata de Guinness en la mano, sonriendo a las inglesas robustas que caminan zigzagueando en disfraz de sábado. De todos modos, mi Florence viene cada vez con menos frecuencia. Desde que regresó a Francia, hace casi dos años, apenas nos vemos de forma real, y cada vez menos por webcam.

El plan era regresar pronto a Francia y casarnos. Pero no puedo regresar. No ahora, no así. Vine a Londres porque quería triunfar y

tengo toda la intención de hacerlo, aunque por el momento me encuentro desparramado en un sillón sin forma, mirando repeticiones de Hugh and Laurie, comiendo arroz chino de su caja. No me he bañado en dos días, y ni hablar de hacer lavandería. Miércoles es descanso, después de todo.

Son las 10:15 y quedé de verme con Florence por Skype. Ella no es del tipo de niñas a las que les gusta que las hagan esperar. ¿Alcanzaré a ir a la cocina por algo de tomar? Mentalmente calculo los dos minutos de espera y el problema que pueden causar. Mi sed tendrá que esperar.

Me conecto, pues. En la pantalla, Florence sonríe, despeinada y en pijama. Ni modo. Son los pequeños inconvenientes que uno tiene que pagar por mantener una relación a larga distancia. Ya me habían dicho que era una locura, pero ¿qué hago? Florence me pone de cabeza. Ella habla primero (siempre tiene la primera y la última palabra. Es un sistema que nos funciona).

- *Bonjour, mon petite peluche…*
- Ya sabes que no me gustan las cursilerías, guapa. ¿"Osito"? ¿De verdad? (llevo mis manos al estómago para tratar de entender la metáfora).
- Ya, ya. Te llamo como tú gustes, pero ven pronto a París. Te extraño.
- Yo también te extraño. Lo sabes, ¿no?
- Lo dices, pero no vienes. Será que no me extrañas tanto…
- Florence, vamos, sabes que tengo que encontrar un mejor trabajo. Con lo que gano apenas…
- Sí, sí, ya sé. ¿Y por qué no te regresas a Francia?
- ¿Así, sin nada?
- Conmigo.
- No puedo.
- "No puedo, no puedo".
- Florence, amor, no podemos discutir eso por aquí.
- ¡Pero es que nunca quieres….!

Una canción de los Beatles interrumpe la conversación. Mi celular suena. ¿¡Mi celular suena!? Antes de contestar veo la hora. 10:30pm. ¿No es muy tarde para estas llamadas? No reconozco el número. Cobradores, seguramente. ¿Cómo obtuvieron mi número personal? Dejo pasar un ring y dos rings (en realidad, un verso y dos versos). Sigue sonando. En la pantalla de la televisión los dos cómicos aparecen vestidos de gendarmes. En la pantalla de la computadora

Florence discute sin que yo la escuche. Estoy en problemas, lo sé. ¡Qué diablos, el teléfono sigue sonando! Ya, ya, ¡ya está!

- *Aló?*
- *Aló, Monsieur Antoine?*
- *Oui?*
- *Parlez-vous anglais?*
- Por supuesto.
- ¡Ah! Menos mal.
- ¿Quién habla?
- Soy Marcus. Trabajo para Lady Withford.
- ¿Quién?
- La viuda de Lord Withford.
- Ah. (¿quién demonios es Lord Withford?).
- En fin, nos han recomendado sus servicios como profesor de francés.
- ¡Ah!
- Y estamos en urgente necesidad de un excelente profesor de francés.
- ¡Oh! ehmm ¿para Lady Withman?
- Withford.
- Withford, claro.
- No, para Miss Withford, su hija, quien en seis meses se va a casar con uno de los Rossineaux, en París. Queremos preparar a Alice lo mejor que podamos.
- Ah. Entiendo. ¿Cuándo quieren empezar?
- Mañana mismo si es posible. Dos clases a la semana, tres horas por sesión.
- Pero los jueves no son buen día para mí.
- Martes y jueves son los únicos días disponibles para Alice. Los fines de semana suele viajar a Paris.
- Entiendo, pero los jueves…
- *Monsieur*, no quiero ser una molestia innecesaria. Si usted no está interesado, podré seguramente encontrar a alguien más.
- ¡Pero tendría que renunciar a mis clases!
- Ah, entiendo. Quizá no he informado todo lo que debería. Pretendemos pagarle por sus servicios generosamente.
- ¿Por seis horas a la semana?
- Mil libras.
- ¿Mensuales?
- Semanales.
- Empiezo mañana.
- Renfrewshire Manor, 43 Bishops Avenue en Hampstead.

Tan importante dirección quedó, por el momento, plasmada en una servilleta con grasa de croissant.

- ¿Qué tren me deja cerca?
- Lo siento, *Monsieur,* no tengo la menor idea. Lo esperamos aquí a las tres de la tarde. Hasta mañana.
- Uh, hasta mañana.

¿Cuatro mil libras al mes? ¡Casi cincuenta mil anuales! Aunque, claro, sólo por unos meses. Pero eso bastará para pagar la universidad. Quizá pronto pueda visitar a Florence. ¡Increíble!

Y a todo esto, ¿quién es la tal Lady Winthorpe? ¿o Windham? ¡Demonios! Estos apellidos ingleses suenan siempre igual.

Como sea; hoy es mi día de suerte.

- ¿Antoine?

Alguien me sigue llamando. ¿De dónde, cómo?…

- ¡ANTOINE!

Oh, Dios, ¡Florence sigue en el Skype!

- ¡Florence, amor!
- Antoine, demonios, ¿qué te pasa? Me has dejado colgada y hablando sola.
- Perdón, *ma petite papillon*, entró una llamada.
- No te vas a escapar de esta con cursilerías.
- Lo siento, lo siento.
- Mmm. ¿Y quién era? ¿No es muy tarde?
- Un tipo que me ha contratado para dar clases de francés a alguna niña malcriada.
- ¿Cómo?
- La familia Withman. ¿Te suena?
- Ehm… ¿Withman? – no, no.
- Pues me han contratado y me van a pagar muy bien; creo que podré viajar a París pronto, después de todo…
- ¡Ja! ¡Vaya suerte la tuya, Antoine!
- En verdad que sí. Estoy en *shock.*
- ¡Ah! Tocan la puerta. ¡Será Michelle! Ya era hora. Me tengo que ir.
- ¿Platicamos mañana?

- Platicamos cuando vengas a Paris.
- ¿Pero mañana también?
- Mañana también.
- ¡Adiós!

Me quedo viendo la pantalla vacía. En la TV los comerciales me venden seguros para auto. Ni siquiera tengo auto, ilusos. Más vale que duerma bien; mañana empiezo nuevo trabajo. Hoy es mi día de suerte. ¡Hoy es mi día de suerte!

1. ES ÉL

Finalmente fue sencillo llegar a casa de Lady Withford, después de llamar a la escuela para informarles que ya no podría ir los jueves. Me dijeron con tensa flema que tampoco me presentara más los viernes. No tiene importancia.

El camino vía subterráneo hasta East Finchley fue rápido, y luego caminar un par de cuadras hasta Bishops Avenue. Por supuesto, nunca me había aventurado en esos rumbos. Yo, acostumbrado a mis apretados pisos, diminutas entradas, escaleras retorcidas, ventanas al patio de la basura, tuve que admitir que ni siquiera me había imaginado que este tipo de zona, y de casas, pudieran existir, salvo en la televisión.

No sé si Bishops Avenue sea la avenida más lujosa de la ciudad, pero debe de estar entre las mejores. La caminata me proporcionó una vista espectacular de casonas elegantísimas de estilo post-victoriano (¿o es georgiano?). Grandes portones dan entrada a los caminillos de grava que llevan, al fondo, a casas que, de pronto, me da tentación de llamar pequeños castillos.

Sin embargo, a pesar de todo esto, los franceses siempre hemos hecho burla de la incapacidad de los ingleses de ser diferentes. Todas las casas aquí, ya sean de clase obrera o de Lady Withford, parecen

hechas por el mismo arquitecto. Una muestra clara de su flema y falta de aventura en la estética. ¿Cómo pueden ser tan así, tan… aburridos?

Cada casa en la zona ocupaba, más o menos, lo que ocupa una manzana en mi zona. Así que, a pesar de la distancia, pude llegar a la puerta del número 43 aun faltando 10 minutos para las tres.

Sin prisa por tocar el timbre, caminé un par de pasos hacia atrás para observar con más tranquilidad crítica la Renfrewshire Manor (tuve que sacar la servilleta para recordar el nombrecito). Y, en efecto, como cabía esperar, era una mansión como, bueno, todas las mansiones inglesas. Bastante cúbica, de ladrillo cocido, ventanas blancas, flanqueada por altísimas bardas de plantas y enredaderas. A los costados del jardín frontal, una secuencia de cipreses ayudaba a acentuar la grandeza y el señorío. El techo de la casona, a cuatro aguas, se adornaba con numerosas chimeneas que correspondían, a no dudarlo, a la gran cantidad de cuartos internos. Nunca en mi vida había entrado a una casa de tal tamaño. Pero estaba a punto de hacerlo. Sólo había que tocar el timbre.

- Eh, ¡hola!

Una voz femenina interrumpió mis pensamientos. Volví para darme cuenta que un coche estaba por entrar a la mansión. No sé mucho de coches, así que no supe distinguir más que un descapotable color plata, quizá de colección, conducido por una joven de amplia sonrisa, grandes lentes obscuros, que decidió repetir el saludo, para ver si se me ocurría contestar.

- Eh, ¿hola?
- Ah. ¡hola!
- Eres el nuevo maestro de francés, Antoine.
- ¡Sí! ¿Cómo lo supo? ¿He llegado temprano?
- ¡Para nada! Soy yo la que llego tarde. Me he detenido en el camino porque el auto se calentó. Mis papás insisten en usar estas chatarras.
- A mí me parece muy bien.
- Claro. Vamos adentro.

Con el control de su auto abrió el portón de la calle para dar paso al jardín interior. La casa aún estaba a unos cien metros, me pareció, y dudé si subirme al coche. Pero la duda se resolvió rápido cuando la chica aceleró dejándome atrás y luego, aparentemente, fue a estacionar el coche a la parte trasera de la mansión.

Caminé mis cien metros con la frente muy en alto, pero temblando hasta la médula. Esta familia sí parecía tener billete. ¿No iría a desentonar yo demasiado? ¡Menos mal que decidí dejar el traje de Primark en casa y me puse el que eufemísticamente me he dado siempre en llamar "el traje bueno", que me regaló el tío Albert cuando entré a la Universidad, hace ya más de diez años.

Llegué a la puerta. Roja, alta, con columnas. Busqué –Dios mío, qué tonto soy- el timbre, pero tardé unos segundos en entender que ya estaba *adentro*, y la aldaba era más apropiada. Así que tomé con firmeza el aro metálico en la boca del león y golpeé tres veces.

Casi me asusto por la velocidad con que respondieron a mi llamada. Una mujer no muy vieja (¿Cuarenta? ¿Cuarenta y cinco?) abrió la puerta. Vestía uniforme color durazno y el pelo, con pocas canas aun, lo tenía arreglado en un chongo perfecto (¿es que los ingleses podrían ser más estereotípicos?). No me atreví a dar un paso hasta que ella habló.

- Buenas tardes, soy la Señora Clarke. Entiendo que usted es el profesor de francés.
- Correcto.
- Bienvenido. Empezaremos de inmediato.
- Eh, hablé ayer por la noche con el Señor Marcus y…
- Los sé, Marcus es mi esposo. Tenemos todo listo. Si le parece bien, haremos el estudio en el salón del piano.
- Sí.
- ¿Necesita algo más?
- No.
- Vamos al salón.

Ella caminó por delante con un aire de autoridad propio del ama de llaves. Me pareció que ella pertenecía a ese lugar; que llevaba allí toda la vida, como los tapices con escenas de caza que colgaban de las altas paredes. Fue hasta ese momento que pude observar un poco el interior de la casa, que sólo reafirmaba mis anteriores meditaciones: una gran casa inglesa, con piso de madera y alfombras, remates clásicos en piso y techos, puertas de blanco impecable, muebles también clásicos tapizados con patrones florales, cuadros grandes con escenas de caza y retratos de personajes sin chispa de humildad. Eso sí, muy iluminada.

Llegamos, aparentemente, al salón del piano. No pude localizar, sin embargo, el mencionado instrumento. Lo que vi fue una salita

acomodada alrededor de una mesa plagada de libros pesados, al lado de un gran ventanal que daba a un jardín de verde llamativo. Volteé a ver a mi cuidadora para adivinar el siguiente movimiento. Ella adivinó mi duda y habló.

- Se llama el salón del piano, pero hace tiempo que el piano está en la casa de Derbyshire.
- Ah, entiendo.
- En unos momentos traeremos café y bajará la señorita Alice.
- Perfecto. Gracias.

La Señora Clarke abrió las cortinas, dejó entrar un poco la luz, y continuó diciendo:

- Antes de que baje la señorita, ¿puedo hacerle algunas preguntas?
- Si, por supuesto.
- ¿Qué edad tiene?
- Veintinueve.
- ¿Qué fue lo que estudió?
- Literatura en Toulouse y luego Estudios Lingüísticos Comparados en Londres.
- ¿Soltero?
- Sí. Mi novia está en París.
- ¿Sabe cómo es que Marcus se enteró de sus servicios?
- En realidad no lo sé y me lo he preguntado. Dijo que me habían recomendado.
- La señorita Alice fue quien solicitó expresamente sus servicios. Según ella, le recomendó su coordinador de la universidad. Dijo que era buen maestro.
- ¡Ah, vaya! Qué considerado.
- Muy bien. También, antes de empezar, quiero hacerle una petición de la familia, que es condición necesaria para el trabajo.
- Por supuesto.
- Entenderá que, por la seguridad de la familia, necesitamos que usted no… uhm… comente con sus amigos y conocidos sobre esta casa, cómo es por fuera o por dentro, ni quiénes la habitamos. En realidad preferiríamos si no contara a nadie que le contratamos. Cuando termine su trabajo, si lo hace bien, estaremos felices de darle una carta de recomendación que le abrirá más de una puerta. Hasta entonces, le rogamos prudencia.
- Ehmm. Desde luego.
- Muy bien, tome asiento y quédese aquí, que ya baja la señorita Alice.

Así que, bueno, tomé asiento y allí me quedé. Petrificado. No me atreví a hojear ningún libro ni a caminar por el salón. “Tome asiento” dijo ella, y eso hice.

Habrá pasado un minuto quizá, antes de que la misma voz afable que me saludó desde el auto hiciera su aparición. Pude observarla ya con más claridad, sin los lentes y sin el sobresalto.

No había que hacer muchas matemáticas para concluir que Alice era una joven atractiva. De pelo castaño, recogido en cola de caballo, piel blanca pero visiblemente bronceada por, supuse, días de playa en Brighton (o Saint Tropez…). No tan delgada como lo marca la moda, pero no tan robusta que fuera ofensiva. Sus ojos, también castaños, hacían buen juego con la blusa blanca que vestía hoy. Calculé 25 años.

- Hola de nuevo. Soy Alice.

Extendió con sencillez su mano para saludarme y le respondí con el mejor saludo que pude: un estrechón de manos que luego me pareció más militar que aristocrático.

- Hola, me llamo Antoine Clement. Creo que soy su nuevo profesor de francés.
- ¡Bueno, pues bienvenido!
- Gracias Señorita Alice.
- Llámame Alice. Deja los formalismos para los viejos.
- Por supuesto.
- ¿Y cómo es que han contratado a un profesor tan joven? Me esperaba algo más *dickensoniano*.
- Vaya, no lo sé. Me hablaron ayer por la noche.

Quizá sencillez, quizá desparpajo, pero había en esta muchacha algo que desarmonizaba con el palacio de rancia alcurnia que le rodeaba. Para ser inglesa y con apellido, era bastante abierta; hasta intimidante. Es lo que se consigue de una joven a la que la vida no le ha negado nada: una seguridad abrumadora, que sobrevuela con gracia al resto de los mortales. “No pienses que eres su amigo” –pensé- “eres como una ardilla en el parque, a la que ofrece una galleta. Recíbela con dignidad”.

Así que proseguí:

- Alice, si lo deseas podemos comenzar con la lección.

Ella me miró decepcionada, como pensando: “así que eres un estirado, como todos los demás. Está bien: juguemos el juego del protocolo”. Luego bajó un poco la mirada y asintió.

Decidí no ser tan serio, así que intenté continuar con la plática desenfadada:

- Ehm, así que quizá te vayas a Francia, ¿eh?
- Claro. Me caso en seis meses con Michel Rossineaux. Tengo que irme yo a Francia porque allá está la empresa de la familia.
- Entiendo.
- Los molinos Rossineaux. ¿Los conoce?

De algún lado me sonaba el nombre, ¡Claro! ¡Que si los conozco! Es una de las empresas más grandes de Francia. Tienen molinos a lo largo y ancho del país y distribuyen harina a prácticamente todas las panaderías de Francia, y a gran cantidad en el resto de Europa. Dinero viejo. Si no me equivoco, mi madre trabajó como secretaria en alguna de sus fábricas. Disimulé mi asombro y respondí casualmente.

- Sí, sí, Rossineaux, por supuesto.
- Aunque a Michel no le gusta tanto el negocio de los granos. Le gusta más la política y acaba de lograr un asiento en la Comisión de la Unión Europea en Bruselas. Siempre dice que “es más importante darle pan a todo el mundo que venderle harina a todo el pan”.
- Melódico. Bueno, creo que tiene razón.
- Por supuesto. Es un valiente y es adorable. ¡Y guapo!
- Seguramente.

Bueno, suficiente. Una cosa era ser amable y platicador; otra aguantar pláticas de enamoradas. La clase parecía no tener momento para iniciar. La conversación siguió discurriendo sobre lo encantador que era su prometido.

Alice se sirvió con la cuchara grande en eso de hablar bien de su noviecito. Pasó su voz a ser una palabrería difusa. Vaya que movía las manos. Yo asentí calladamente durante lo que percibí como varios minutos, mientras hacía cálculos mentales sobre cuánto me estaban pagando por cada minuto de estar sentado escuchando a esta mujer. Veamos: si son mil a la semana, por veinticuatro semanas, dos clases a la semana, seis horas… tenemos un aproximado de… ¡ciento sesenta por hora!, lo que por minuto suma dos, dos libras y ¿cuántos

pennies?... ¡Ja! Creo que cobro mejor que un psicoanalista. ¡Y yo que estaba cobrando a cuatro libras la hora de clase privada! No vaya a ser que me acostumbre a la buena vida.

De pronto Alice calló. A final alcancé a entender algo como "los pantalones le quedan impresionantes" o "los parabrisas están más limpios que antes". Parecía empeñada en que me enterara de todos los detalles y pormenores sobre su novio francés. Como sea, asentí amablemente, feliz de que me pagaran por estas idioteces. Casi una hora de clase se había escapado sin siquiera abrir el libro.

Pero era hora de empezar. Le pedí que sacara su cuaderno y la hice escribir los números del uno al diez y los pronombres personales: *je, tu, il, elle, nous, ils, elles*… Después algunas frases básicas de rigor. Para terminar practicamos un poco la pronunciación leyendo *le Petit Prince*: "*Lorsque j'avais six ans j'ai vu, une fois, une magnifique image, dans un livre sur la Forêt Vierge qui s'appelait "Histoires Vécues". Ca représentait un serpent boa qui avalait un fauve…"*

En esto se nos fue otra hora completa. Me di cuenta de que Alice entendía bastante de francés, aunque no tenía ni idea de su gramática. Seguramente horas en compañía de su encantador prometido y su familia le habían permitido absorber alguna cosa. Las clases irían rápido y en seis meses tendríamos una francófona hecha y derecha. Y una carta de recomendación de primer nivel. ¡Chuza!.

Para lo que no estaba preparado era para las constantes interrupciones de mi alumna, quien a todas luces era incapaz de mantenerse concentrada por más de diez minutos seguidos. Al terminar la segunda hora ya no podía más.

- Anda, Antoine, vamos por un café; así no puedo seguir.
- Quizá la Señora Clarke pueda traernos un poco…
- ¿El agua de calcetín que toman en esta casa? No, no, nada de eso. Yo lo que quiero es un *Starbucks*. Hay uno en Temple Fortune, a dos minutos en auto.
- Pero a mí me han pedido una clase de tres horas y yo no puedo…
- ¡Claro que puedes! No seas aguado, vamos.
- ¿No dirán nada tus padres?
- Mis padres no están, y Marcus y familia no dirán nada; ya saben cómo es esto. Vamos, chico, yo invito.
- Bueno, en verdad que hemos casi ya cubierto todo el material para hoy…

- ¡Eso! Venga, ponte algo más *posh* y vamos por un café.
- ¿Cómo?
- Sí. Quítate ese saco de abuelito. Eso. Y ponte algunos accesorios…

En unos segundos me alcanzó unos lentes oscuros de pasta y una bufanda delgada, mismos que se tomó la libertad de acomodar personalmente.

- ¡Listo! Pareces más alguien *de por aquí*. ¡Vamos!

Sin mediar más palabra, salió como un tornado del cuarto. Yo detrás de ella. Cruzamos la puerta trasera de la casa y nos subimos al mismo auto en el que ella llegó, el descapotable color plata, que se encontraba al lado de otros varios automóviles, unos más grandes que otros, desde deportivos hasta cuatro por cuatro, todos de marcas europeas; ninguno al que yo me hubiera subido antes, desde luego.

Ella condujo. Dudé por un instante sobre subirme al asiento de adelante o al de atrás. Luego me di cuenta lo tonto que resultaría estar atrás y me monté adelante, como copiloto. Ella me envió una mirada cómplice y arrancó lanzando tras del auto una ráfaga de grava que acabó en el agua de la fuente.

Uno pensaría que dentro de los confines de su propio jardín manejaría con cuidado y mesura; pero no. Salimos como ráfaga a la calle y doblamos a la derecha para Lyttelton Road. De allí hasta Finchley y a la derecha. El paisaje era increíble, pero la velocidad con que Alice manejaba lo era más.

Llegamos a nuestro destino, literalmente, en dos minutos. No había dónde estacionarse, pero para Alice eso no resultó problema alguno. Paró en segunda línea, encendió las intermitentes y, como una orden más que como una pregunta, me pidió que me quedara en el coche mientras ella pedía los cafés. Ni siquiera me preguntó qué era lo que yo quería.

Se bajó saltando por encima de la puerta y yo, en efecto, me quedé allí, dentro del auto, analizando con más detenimiento su interior. Totalmente blancos los asientos, el tablero de madera. En el centro del volante, dos plateadas letras: MG.

Tenía un radio que parecía bastante antiguo y dudé por un momento si encenderlo. Decidí no hacerlo por miedo a descomponer algo.

De pronto sentí como una sombra me protegía del sol. Volteé para ver y, con sorpresa, me encontré con dos hombres con aspecto desenfadado, playera, jeans y lentes obscuros. Me sonrieron y sonreí de vuelta. Luego el que estaba más cerca habló:

- *Bonjour, Monsieur. Parlez-vous français?*

¡Vaya, eso era extraño! Me preguntaban si hablaba francés. ¿Cómo sabrían eso de mí? Además me pareció percibir un acento que no era de Francia. De Bélgica, quizás. Tardé unos segundos en responder.

- *Oui, Monsieur, puis-je vous aider?*

Los dos hombres sonrieron de nuevo, pero en esta ocasión lo hicieron el uno al otro. Y el hombre que no había hablado antes, dijo:

- Es él.

No tuve tiempo de hacer nada. Uno de ellos abrió la puerta, el otro me tomó por el cuello y me tapó nariz y boca con su mano. Una camioneta se acercó al instante con la puerta lateral abierta. Como muñeco de trapo, me subieron a la camioneta y, antes de que pudiera reaccionar, me encintaron la boca y pusieron una especie de bolsa o tela negra sobre mi cabeza. Hurgaron mis bolsillos, sacaron mi celular, algunas monedas…

La camioneta arrancó de forma callada, y ninguno de los hombres habló más a pesar de mis gemidos y de mi pelea por zafarme. ¿Qué se suponía que hiciera? En pocos segundos entendí que no tenía otra opción que callar, inmóvil, y esperar a que mis secuestradores se dieran cuenta de que no tengo familia en Londres y que nadie va a pagar ni un peso de rescate por mí. En un par de horas estaré en la calle con algunos golpes y sin celular, pero libre y tan pobre como antes…

1. SOMBRAS.

La oscuridad desnuda nuestras almas con un terror inevitable. Crecemos y creemos que lo hemos superado, pero no es así. La oscuridad verdadera, que es ventana a lo desconocido, se cuenta entre las cosas más aterradoras que caben en el alma humana.

Nos acostumbramos, claro, a la oscuridad de nuestra habitación, porque conocemos nuestra habitación. La sabemos caminar con la luz apagada, sabemos en dónde están las puertas y las ventanas, en dónde los muebles y en dónde los zapatos que dejamos ayer. No hay misterio allí y la oscuridad es, por ello, sólo una máscara de lo conocido.

Pero ahora, con la cabeza tapada por completo y mi vista totalmente bloqueada, todos los monstruos amenazantes, que habitan los abismos misteriosos del universo, se presentaron ante mí, uno a uno. Ante la falta de estímulo visual, la imaginación crea su propia realidad. Y esa realidad puede ser espantosa.

Quise controlarme. Quise contenerme. Fallé miserablemente.

¡Cuán patético puede ser el hombre enfrentado a la futilidad, a la inoperancia, a la impotencia! No había nada que yo pudiera hacer para mejorar objetivamente mi situación. Quise escuchar (vaya si soy idiota) los sonidos de la calle para encontrar pistas del lugar en el que

estaba. Pero no supe leer en los sonidos absolutamente nada. Coches, gritos, bocinazos, chirridos y voces murmurantes de mis captores. No me decían nada, no me ofrecían nada sino un vehículo mortal con el que me sumergía más y más en mis miedos, más y más en mi confusión. Tuve conciencia de mis músculos, de mis ligamentos, de ser sólo un montón de huesos cubiertos de carne que no servían para nada. Mi vida dependía de estos sujetos y podía acabar en cualquier momento.

Y, a pesar del gris tremor que esta conciencia me producía, pronto se vio superada por pesadillas peores, en las que vivían los sufrimientos imaginados de mi novia, de mis padres, de mis amigos. El dolor físico, he escuchado, puede superarse. ¿Pero el dolor del alma? ¿Podría yo soportar la idea de ver sufrir a las personas que quiero? No quería averiguarlo.

Un violento giro del auto me tumbó sobre mi costado, en el asiento del coche. Una mano fuerte me levantó con la misma violencia. Esta pequeña interrupción me ayudó recomenzar mi línea de pensamiento.

Cuando estás en la oscuridad absoluta ¿lo has sentido?, llega un momento de confusión física en que no sabes si tus ojos están abiertos o cerrados. Repugna al cerebro la sensación del vacío absoluto, de la nada profunda. Los ojos te duelen cuando los abres y te duelen cuando los cierras.

Muchos minutos habían pasado y hasta entonces, al escuchar las lejanas campanadas de una iglesia que pasamos, me di cuenta de que no había pasado por mi mente el concepto de Dios. Muchas cosas me habían enseñado de pequeño. De niño rezaba con las manos juntas antes de ir a dormir. Pero ahora, ya adulto, las obligaciones religiosas no eran parte de mi vida cotidiana. Hace muchos años que no elevaba una oración y, para ser honestos, no me acordaba de cómo hacerlo. Lo intenté, pero de inmediato sentí la injusta petición que saldría de mis labios. Sabiéndome totalmente irrelevante e indigno, mascullé el Padrenuestro cantadito, como lo hacía de niño. Luego cerré los ojos con más fuerza y sentí un torrente de lágrimas empapar mis labios.

Me lamí la boca instintivamente y respiré con fuerza. No quería que mis captores me vieran llorar.

El trayecto duró mucho más de lo que hubiera imaginado. Las lágrimas hicieron su efecto y sentí mi mente más clara. Los hombres en la camioneta, fueran el número que fueran, no hablaron nada más,

lo que me dio tiempo de repasar, con la cabeza embotada, todos los diferentes escenarios a los que podría enfrentarme. Algunos terminaban de forma escabrosa; otros de forma menos terrible. Quizá no pasaría nada, después de todo. Descubrirían quién soy y me dejarían escapar. Traté de recordar lo que sabía. En internet leí que en caso de ser secuestrado mantuvieras la calma, recabaras toda la información que pudieras de tus captores (¿cómo lucen, cómo hablan, cómo huelen? – lo que sea) y fueras obediente. Ya te rescatarían las autoridades, o ellos mismos te dejarían ir al darse cuenta de que no vales ni un centavo.

¡Suerte la mía! ¡Primer día que me subo a un auto de lujo y ya estoy secuestrado! Debe ser algún tipo de récord, estoy seguro.

¿Y Alice? ¿Estaría bien? ¿Habría pensado que hui? ¿Haría algo por ayudarme? ¿Avisaría, por lo menos, a las autoridades? Preguntas todas sin respuesta, pero que abrían muchos nuevos escenarios posibles.

Finalmente la camioneta se detuvo. Mis captores seguían sin decir una palabra. Escuché cómo se abrió la puerta y los hombres bajaron. Una vez más, sin palabra que mediara, me tomaron por el cuello, me bajaron de la camioneta y me obligaron a caminar.

Por la ausencia de sonidos, supuse que me encontraba dentro de algún edificio. No había ruido de calle, ni coches, ni pájaros. Nada. Sólo un silencio que, de pronto, aparecía aterrador. Me hicieron caminar algunos pocos metros y me obligaron a sentarme en una silla, aún con la cabeza cubierta. Amarraron mis manos por detrás de la silla. Sentí el filo de la cinta plástica con que fueron amarradas clavarse en mis muñecas.

Me quedé allí, inmóvil, aterrado, mientras sonidos de otras sillas acomodándose y pasos que se acercaban y alejaban en aparente caos llenaron el espacio en el que me encontraba.

De pronto, total silencio.

Una intensa luz me dejó absolutamente ciego por segundos. Qué fuerte es la luz cuando rompe las tinieblas. Me habían quitado la bolsa de la cabeza y, ante mí, un foco abrasador y tres sombras se mostraron, aún en silencio. Me mantuve callado, tratando de aparentar calma, aunque un escalofrío recorrió mi espina dorsal de arriba a abajo. Eso no estaba nada bien.

Uno de ellos habló, en perfecto inglés.

- Hola, Michel. Creíste que no te encontraríamos, ¿eh?

Seguí callado y volteé a todos lados, buscando a alguien que respondiera. Me tomó unos segundos entender que se estaban dirigiendo a mí. Creían que yo me llamaba Michel. Contesté, labios temblando:

- N-no soy Michel. Me llamo Antoine.

Las sombras se movieron para mirarse unas a otras. La que ya había hablado, prosiguió.

- Sí, sí, desde luego, "Antoine". Parece que tu cobardía, tu cinismo, tu egocentrismo no conocen límites. Llevas varias semanas eludiéndonos. Pero todo en la vida se paga. No puedes andar por allí metiéndote con nosotros y pasear así, tan tranquilo, con tu novia.

¿Mi novia? ¿De qué demonios estaban hablando?… ¿¡Alice!?

Como un trueno calló en mí la absurda explicación. ¡Ellos creían que yo era Michel Rossineaux, novio de Alice! ¡Vaya! Una confusión que se podía arreglar en segundos.

- No, no, lo siento. Yo no soy Michel. Soy Antoine, el maestro de francés de Alice.
- Ja, y nosotros somos los Rolling Stones.
- ¡No, no! es todo un malentendido. Si miran en mi cartera podrán ver mis identificaciones, mi credencial de la universidad…
- Cierra la boca, imbécil. Qué afortunada coincidencia que no tengas contigo tu cartera.

¿Mi cartera no está? Pero… ¡oh, Dios! Se había quedado en mi saco… ¡en la casa de Alice!

¡Maldición, maldición, maldición…!

Por primera vez me sentí en un real peligro. Era, como el tal Michel, un joven francés en Londres. ¿Acaso nos pareceríamos físicamente? – La confusión era comprensible, pero tenía que convencerlos. Ellos

siguieron hablando.

- Tú y yo sabemos, Michel, que los maestros de francés no manejan automóviles de colección MG, no utilizan lentes Fendi ni bufandas de setecientas libras.
- ¡Ah! ¡Pero ni el auto, ni los lentes, ni la bufanda son mías! Son de Alice.
- Que te escondas no nos molesta, Michel. Pero que creas que somos estúpidos…
- Mire, señor, sea quien sea. Tienen que creerme. Yo no soy Michel, ni tengo dinero, ni mi familia tiene dinero. No les he visto el rostro ni sé en dónde estamos. Si me dejan ir, no haré nada, no diré nada.
- Te dijimos que cerraras la boca, francesito. Nos importa un comino que no tengas dinero porque, ¿sabes? No es dinero lo que queremos.
- ¿Q-qué es lo que quieren?
- Creo que lo sabes perfectamente bien.
- N-no, no sé nada.
- Escucha claramente, Michel. Te lo voy a decir una sola vez. Debes de aprender a obedecer. Tenemos órdenes de no lastimarte pero, ¿sabes? Estoy a punto de ignorarlas para deformarte el rostro a patadas. ¿Cómo te suena eso? No sé qué juego estás jugando, pero me está empezando a cansar.

Callado, callado. Me quedé allí, temblando aterrorizado ante esta situación que superaba toda posible comprensión. ¿Por qué creían que era yo Michel Rossineaux? ¿Qué es lo que querían de mí, si no dinero? ¿Quiénes eran los otros hombres, las otras sombras? ¿Qué había pasado con Alice?

Pensé también en Florence, mi novia en París. ¿La volvería a ver de nuevo? ¿Serían aquellas breves, molestas palabras las últimas entre nosotros dos?

En mi cabeza empezaron a desfilar, de nuevo, escenarios posibles. Pero esta vez pintaban más oscuros. En este momento mi cabeza estaba dando vueltas tratando de encontrar una solución al problema. Aunque fuera sólo al problema inmediato: salir de allí, desatar mis manos… lo que sea.

El hombre siguió hablando.

- Déjate de estupideces y dime. ¿Estás listo para la asamblea de

mañana?

¿De qué diablos hablaba ese hombre? Contesté:

- No sé de qué me está hablando.

Ni siquiera vi venir la patada. Con un movimiento rápido e iracundo golpeó con su pie mi espinilla y volteó la silla en que me encontraba. Mi rostro golpeó contra el piso helado. El dolor empezó a irradiar fuertemente desde mi pierna y, también, desde mi mandíbula.

No podía contestarles nada que no les hiciera enojarse más porque, desde luego, no tenía idea de qué asamblea estaban hablando. ¿Qué se supone que podía hacer? Inevitablemente, la pregunta se repitió.

- ¿Estás listo, Michel, para la asamblea de mañana?

Miré hacia la sombra que me increpaba, con mi pálida mirada suplicante. No había ningún tipo de dignidad, de rebeldía o valentía que me hicieran sentirme orgulloso de lo que estaba haciendo. Le miré desesperado, roto, rogándole con los ojos que entendiera, que no me hiciera daño.

Pero no fue así. Desapareció por unos momentos y regresó casi de inmediato. Tenía en la mano algo que, visto entre sombras (y de cabeza, puesto que seguía tirado en el piso sin poder moverme) parecía un palo, o un bate o algo similar.

El hombre levantó el bate, amenazador y dijo, vociferando:

- Bien, Michel, quizá unos cuantos huesos rotos te ayuden a recordar.

Cerré los ojos esperando el inminente golpe. Contraje las manos, los pies. Cada músculo de mi cuerpo se tensó esperando la descarga de furia de mi captor. Antes que el golpe, lo que escuché fue un estridente sonido, con un volumen que nunca antes había experimentado; pero un timbre conocido: alguien había disparado una pistola.

Tras el disparo oí un golpe seco y luego un segundo de silencio. ¿Me habían disparado a mí? ¿Qué diablos? ¿Qué demonios?

Abrí apenas una rendija en mi ojo izquierdo para adivinar lo que

pasaba. A pocos centímetros de mi cara se hallaba otro rostro que me miraba con los ojos bien abiertos. Me aterró la sorpresa y tiré la cabeza lo más atrás que pude, sin mucho éxito. El rostro me miró aún, sin parpadear, inerme…

Muerto.

No podía ver nada más que ese inmenso rostro de muerte y la oscuridad que le rodeaba. Otra voz habló una vez que el eco del disparo se perdió en la nada.

- ¡Estúpidos! ¡Son unos imbéciles todos! La orden era clara; era sencilla. No lastimarlo. Ahora Turner está muerto. ¿Alguien más quiere lastimar a Antoine?

Como una cascada, varios hechos igual de impactantes cayeron sobre mi cabeza. Primero: habían asesinado al hombre que se entretenía en golpearme. ¿Por qué? ¿Quién o quiénes?

Y segundo y aún más importante: ¡ese hombre me había llamado *Antoine*!

Silencio. Silencio. Luego murmullos. Alguien me tomó por el cuello y puso la silla de pie. Mi corazón estaba a punto de explotar. Sobre mis ojos corría el sudor que, profusamente, estaba apareciendo en todo mi cuerpo. No sentía mi pierna izquierda. ¡Ese hombre me había llamado Antoine! Él sabía quién era yo. ¡Él era la respuesta!

Finalmente, este recién aparecido hombre se puso frente a mí. La luz estaba detrás de él así que, desde luego, sólo podía ver su silueta. Esperó aún por unos segundos antes de hablar, como escogiendo con cuidado sus palabras.

- Antoine, te pido disculpas por las molestias. Estos hombres son unos orangutanes que, bueno, se han confundido, lo que es muy natural dadas las circunstancias. Te pido que escuches con atención lo que te voy a decir, pues de ello puede depender tu vida. ¿Estamos claros?

Asentí, expectante.

- Bien. Así nos gusta. Voy a mostrarte una cosa que te va a interesar. Quizá te ayude a entender la importancia de tu colaboración. ¿Estás listo?

Encogí los hombros. Sacó una bolsa de plástico de uno de los bolsillos de su pantalón. Y de la bolsa, otro objeto que sostuvo frente a mis ojos. Pero no pude distinguir nada. Estaba por completo oscuro bajo la sombra que el mismo hombre proyectaba.

- ¡Una lámpara, animales!

Tardaron unos segundos en traer una y, con ella, iluminaron el objeto que el hombre me quería mostrar. Tuve que entrecerrar los ojos para poder enfocar. ¿Una rama? ¿Una salchicha?...

Un dedo.

Sentí pánico y gemí de dolor sin emitir palabra. Cerré los ojos y voltée la cabeza a la realidad que me escupía al rostro. Más taquicardia, más sudor.

El hombre siguió hablando, con una tranquilidad que congelaba el alma.

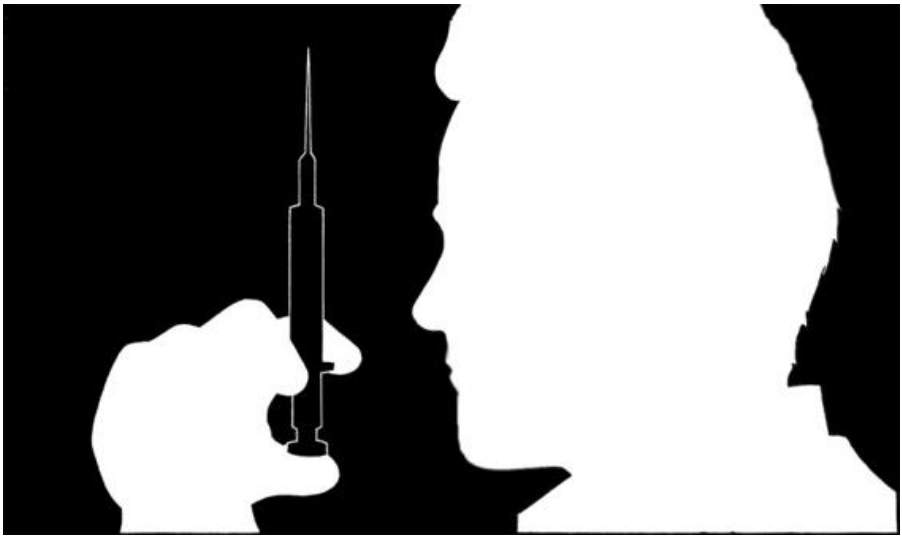
- Un dedo, Antoine, pero eso no es todo. Mira bien…

Miré con más atención. El dedo que colgaba de la mano de mi interlocutor tenía algo… un anillo. Un anillo plateado con una roca de lapislázuli de imitación. ¡Yo conocía ese anillo!

Como un piano cayó la realidad sobre mí, aplastándome no sólo el alma, sino todo el cuerpo. Ante mis ojos un abismo de profundidad inconmensurable se abrió y fui arrojado sin esperanza de salir. Porque esto, sencillamente, no era posible.

Una mezcla de sangre, de sudor, de lágrimas, de saliva, se atoró en mi garganta y cerré los ojos para no pensar. Perdí toda la claridad mental que pudiera quedar en mí.

Era el dedo de Florence. Mi Florence.



1. ALTER EGO

El hombre-sombra dejó que la realidad hundiera sus garras en mí, lentamente. Sostuvo el dedo de mi novia frente a mis ojos, girándolo. Yo perdí por un momento la respiración y traté de mirar a otro sitio; pero no pude. Era inevitable ver el inmundo apéndice cercenado, blanco, frente a mí. Tuve que reaccionar para volver a respirar, mientras un sentimiento de mareo y horror inhumano se apoderó de mí.

Hasta ese momento todo parecía irreal, como si le pasara a otra persona. Podía pensar, razonar, prever escenarios, imaginar fines alternativos. Pero ya no. Ahora no encontraba razón, ni sentido, ni salida. No podía ver más allá de unos segundos y lo único que quería era que terminara.

Estaba roto; dispuesto a hacer lo que ellos quisieran con tal de poner fin a esta locura. Todo sueño de heroísmo que pudiera haber tenido se esfumó sin que pudiera ofrecer resistencia. Por amor de Dios, ¿qué es lo que querían de mí?

El hombre habló de nuevo tras unos segundos (¿o minutos?) en que pareció disfrutar de mi sufrimiento y confusión:

- Bueno, Antoine, ya ves que vamos en serio. Necesito que pongas mucha atención, porque ¿sabes? ya no sólo está en juego tu vida, sino también la de tu noviecita. Me dicen que rogó como desesperada. En realidad, muchas vidas más están en peligro y todo depende de ti. Tú crees que estamos haciendo algo horrible y quizás tengas razón. Pero debes de saber algo: nosotros somos los buenos. Estás en el lado correcto de una guerra de proporciones más allá de tu comprensión. Tienes una oportunidad –sólo una- de hacer lo correcto. Por eso quiero preguntarte: ¿estás dispuesto a hacer un pequeño sacrificio por conseguir un gran bien?

¿Estar dispuesto? ¿Pero de qué diablos está hablando este hombre? Lo miré con profunda duda, sudoroso, agotado, aterrado. No encontraba respuestas. Así que callé, sin asentir, mientras mi corazón se oía explotar en mis oídos. Esperé a que continuara.

- Es muy sencillo. Quizá después tengamos el tiempo para explicarte todo. Pero por el momento, atengámonos a lo concreto, pues si vamos a hacer esto, hay que hacerlo rápido. ¿Entiendes?

Aún sin entender, asentí. Ojalá me dijera algo más.

- Muy bien. Te lo diré en pocas palabras. Tenemos que viajar a Bruselas hoy mismo. Mañana estarás en el Parlamento Europeo, te vas a hacer pasar por Michel Rossineaux y, sin decir ninguna palabra, vas a votar "sí" en la discusión que tendrá lugar. ¿Dudas?

¿Dudas? ¿DUDAS? Tenía todas las dudas del mundo. ¿Qué diablos tenía que hacer yo en el Parlamento Europeo? ¿Por qué yo? ¿De qué se iba a discutir? ¿Cómo me iban a hacer pasar por otra persona? ¿Un disfraz? Y, si era un disfraz, ¿por qué no cualquier otra persona?

¿"Dudas", preguntó? -Este tipo estaba loco.

Asentí. Sólo quería que esto terminara. Si mañana era el asunto del Parlamento, como quiera que fuera, quizá mañana estuviera libre de nuevo.

Mi interlocutor emitió un sonido de aprobación. Aunque no podía ver su cara, que seguía siendo una sombra, imaginé que sonrío perversamente.

Se alejó un poco y regresó. En su mano tenía alguna cosa, que no vi claramente. ¡Una jeringa! La acercó a mi brazo mientras yo tensaba mi cuerpo, me revolvía inútilmente y gritaba sin que nadie, aparentemente, escuchara mis gritos. Sentí un piquete en el brazo y una inmensa desorientación me invadió. Los hombres murmuraban entre sí cosas que no pude entender. El cuarto y las sombras se volvieron borrosos ante mi vista. Pensé por un instante brevísimo en Florence, en mí propio olor, en el dolor en mis huesos…

Y no supe nada más.

* * *

Me sentí despertar, aunque no abrí los ojos. Una sensación de dolor intenso me sobrecogió. Tardé unos segundos en descartar que todo hubiera sido una pesadilla. No. Los dolores estaban allí. La cabeza que me explotaba, los huesos, el rostro.

Silencio. Aún no me atreví a abrir los ojos. No estaba ya sentado, sino acostado, así que asumí que no estaba ya más en el cuarto oscuro. Medité las opciones. Traté de moverme…

¡Podía moverme! Mis brazos no estaban amarrados. Mis piernas tampoco. Quizá estuviera en una jaula, en una mazmorra, en una celda. Pero por lo menos parecía no estar amarrado. Decidí tomar el riesgo de abrir los ojos, aunque estaba aterrado de lo que pudiera encontrar.

Abrí, pues, en una breve rendija, mis ojos. Luego un poco más.

Lo que vi me aterró por un momento, mientras aún mi vista estaba borrosa. No me atreví, sin embargo, a llevar mis manos a la cara. No quería hacer movimientos muy evidentes, ni ruidos. No sabía si estaba solo. Necesitaba ver lo que sucedía a mí alrededor. Pero lo que vi me estremeció.

Un hombre me estaba mirando.

Flotaba sobre mí, como un ángel o un demonio; pero sin alas. Un hombre delgado y elegantemente vestido clavaba su mirada en mis ojos. Me miraba directamente, como haciendo una pregunta que luego él mismo contestaba. Trataba de entenderme, me escudriñaba, me aterraba.

Flotaba allí, sobre mí. Vestido de traje gris, corbata roja que, así flotando, parecía desafiar la ley de la gravedad y se mantenía pegada a su cuerpo, sin caer hacia mí. ¿Qué tipo de juego enfermo era éste? ¿Pesadilla acaso, o locura?

Demencia, a no dudarlo. ¿Estaba yo muerto o soñando? ¿Había salido de una pesadilla para caer en otra aún peor?

Inmóvil le miré durante minutos, quizá. Quizá horas. No lo sé. No me atrevía a mover músculo alguno mientras este hombre impecable y elegante escudriñaba mi alma.

Noté que había algo en él que me parecía familiar. Algo en su cuerpo, en su rostro, en su mirada. Tuve una visión instantánea de lo que podía ser y ese pensamiento, al mismo tiempo, me horrorizó y me tranquilizó.

Quise poner a prueba mi teoría y tomé la decisión de mover la mano derecha para esperar la reacción del espectro. La moví lentamente y la posé sobre mi estómago.

Como sospeché, el fantasma sobre mí hizo exactamente lo mismo, pero con la mano izquierda. Es decir, como reflejando exactamente mi propio movimiento, cual si estuviera en… en…

Un espejo.

Abrí los ojos aún más, moví ahora la otra mano. El hombre hizo lo mismo. ¡El hombre era yo! ¡Santo Dios! ¡Qué ilusión diabólica había sufrido! Era yo mismo en un espejo que, aparentemente, estaba dispuesto sobre mi cama de forma que viera mi reflejo al despertar.

Era yo, pero no era yo mismo. Era una versión de mí, refinada. Me quedé observando lo que habían hecho de mí. Cortaron mi pelo largo, rasuraron mi barba. No había lentes. Estaba impecablemente vestido, escrupulosamente limpio. Era una imagen de mí que hace mucho que no veía y que, desde luego, me costó trabajo percibir como la mía propia.

Las preguntas vinieron a mí de forma inmediata. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cómo? - Pero las respuestas no llegaron en la misma forma.

Giré la cabeza para ver el resto de la habitación. Cortinas de mal

gusto, sillones pasados de moda, paredes grisáceas, un televisor viejo sobre un mueblecito y, bueno, un espejo sobre mi cama.

Estaba en un hotel de paso, en una habitación pequeña, absolutamente solo.

Repito: solo.

Viendo que me encontraba sin compañía, me atreví a sentarme en mi cama, aún sin hacer ruido. Escudriñé mis opciones. Había una ventana; quizá podría saltar a la calle. Había un teléfono; tal vez podría llamar a la policía. Había una puerta; quizá podría correr por mi libertad.

Pero antes que todo eso, tenía que verificar mi propio estado. Me puse de pie. La habitación estaba alfombrada. Estiré mis músculos, revisé mis dolores. Aún el rostro dolía; los brazos y las piernas también. Pero no había nada roto, nada realmente dañado. Di un paso tratando de no hacer ruido con mis nuevos y elegantes zapatos. La talla perfecta, como guantes. Nunca había sentido unos zapatos de piel tan suave.

Nada pasó. Me aventuré a caminar alrededor de la habitación. ¿Qué hora era? Revisé pero no tenía reloj. Me acerqué a la ventana para tratar de adivinar la hora. Abrí sólo una rendija en las cortinas para poder asomarme. Aunque claramente era de día, el clima nublado no me permitió adivinar más.

Lo que sí pude ver en la ventana era lo lejos que estaba yo del suelo. Quizá siete u ocho pisos más abajo se veía la calle con sus coches, sus peatones y sus tiendas ¿Saltar? imposible. ¿Gritar? Aún no.

Me volví para seguir registrando mi cuarto. No había más pistas. Abrir la puerta sería una absoluta locura: seguramente *ellos* estaban allí, esperando. El teléfono me pareció la mejor opción.

Me acerqué a la mesa con el teléfono. Me detuve un momento. ¿Estaba aún en Londres? De ser así, el 999 sería el número de emergencia. Bueno, sólo había una forma de averiguarlo.

Posé mi mano sobre el auricular, lo levanté y lo puse sobre mi oreja. No escuché ningún *beep*, sino un silencio mortal y luego una súbita voz:

- *¿Antoine?*

Un grito contenido y un espasmo cardiaco fue todo lo que pude hacer o sentir en ese momento. Casi me voy de espaldas del susto. Solté el auricular que golpeó ruidosamente la mesa antes de quedar colgando, mientras una vocecilla seguía emergiendo del aparato:

- ¿Antoine? ¿Antoine? Levanta el teléfono; sabemos que estás allí y que eres tú. Levanta el teléfono.

Así que, en efecto, la pesadilla continuaba.

Levanté el teléfono y lo volví a posar sobre mi oído. La voz del otro lado continuó hablando.

- Bien hecho. No pensabas que te dejáramos completamente solo, ¿o sí? No solamente está intervenido el teléfono sino que en la habitación instalamos cámaras para ver lo que pudieras hacer. Afuera de la puerta hay personas con órdenes de hacer lo que sea necesario para no dejarte ir. Así que tranquilízate y toma asiento. En un minuto estaré allí para repasar la agenda del día de hoy.

Y colgó.

Yo obedecí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me senté en el sillón, desesperanzado y triste. Vino a mi recuerdo el dedo de Florence, su dolor, mi situación como un todo, mi absoluta inutilidad. Había visto situaciones parecidas a esta en películas, o en libros; pero esto no se parecía en nada. En las películas y en los libros los héroes no eran como yo: cobardes y fútiles. Hundí el rostro entre mis manos y lloré, para mi propia vergüenza, como un niño desprotegido, como no lo hacía hace décadas, tragándome mis lágrimas, privándome la respiración, distorsionando mis expresiones. Lo único que quería era que esto se acabara; estar en casa, en Paris, con Florence, desayunando cereal, leyendo la caja, en mi vida cotidiana, aburrida, cómoda y cierta.

Y, sin embargo, precisamente un momento como éste parecía clave. Estaba sumergido en la situación más bizarra que pudiera imaginar. En unos segundos entraría un hombre misterioso por la puerta, con una misión para mí. Yo podía tener dos reacciones: una, la desesperación y el ridículo, u otra, la grandeza y la adultez. Opté por intentar la segunda, aún con la certeza total y absoluta de que fallaría.

Me levanté casi de un brinco. Con un cojín limpié mi rostro y respiré

profundamente. Traté de poner mi mejor rostro; quise transmitir calma y seguridad. Esperé unos segundos y, una vez más, cerré los ojos y respiré para recibir a mi visitante.

Estaba listo. O no. Ya no importaba.

Tras un breve sonido de llave y cerradura, la puerta se abrió. Contuve la respiración y saqué el pecho. Un hombre impecablemente vestido de traje, como yo, entró en el cuarto. Cincuenta o sesenta años, quizás. Su rostro me pareció amigable, no amenazante, e instintivamente relajé los hombros y liberé un imperceptible suspiro. No me moví en absoluto ni emití palabra alguna. Esperé.

El hombre se acercó a mí con confianza y me extendió la mano con una sonrisa.

- Antoine, buenos días. Espero que hayas dormido bien, y que te sientas descansado. Como viste, nos tomamos la libertad de bañarte y de vestirte. Tu trabajo de hoy es muy importante. Necesito que asientas para saber que me estás siguiendo.

Asentí con la cabeza. El hombre continuó.

- Bien. Bueno, es aún temprano y tenemos algo de tiempo para platicar. A diferencia de algunas otras personas, yo considero que es mejor que estés enterado de lo que estamos haciendo para hacer mejor tu encargo. No me sirve de nada un robot: lo que quiero es un aliado, y creo que puedo encontrar uno en ti. Pero ¡oh qué falta de educación! Debes de estar hambriento.

Examiné rápidamente mi propio estado. En verdad que estaba hambriento y no lo había pensado. Asentí de nuevo con la cabeza.

- Bien, entonces haré que te traigan algo.

Dio dos pasos hacia la puerta y tocó dos veces. Luego con voz potente dijo:

- ¡Desayuno!

Oí pasos alejarse de la puerta.

- Bien, tardarán sólo un minuto. Entre tanto sentémonos.

Me ofreció con un gesto de la mano un sillón, en el cual me senté, y él ocupó el contiguo. No dejó de verme a los ojos ni un segundo. Luego continuó.

- Bien, Antoine. Lo primero es pedirte disculpas por el maltrato, por la presión y por este espantoso cuartucho de hotel en el que te hospedamos. Luego entenderás las razones para hacer todo esto y juzgarás su justificación. El día de hoy necesitamos que hagas algo muy sencillo. Entrarás, como sabes, a la Comisión Europea aquí, en Bruselas, haciéndote pasar por Michel Rossineaux, y tomarás votación en un asunto que nos concierne grandemente. ¿Me estás siguiendo?

Asentí de nuevo. No me atreví aún a decir ni preguntar nada. Tuve la impresión de que pronto se resolverían algunas de mis dudas. El hombre continuó.

- Antoine, escucha bien, porque es necesario que comprendas nuestras razones. La política actualmente ya no existe, ni existen los políticos. Desde el fin de la guerra fría los que se hacen llamar líderes políticos son en realidad payasos mediáticos, al servicio de maquinarias ineptas, que trabajan sólo para ganar el voto de hordas de imbéciles que no saben absolutamente nada. La democracia es una ilusión absurda, una gran cortina de humo. Todos están felices discutiendo idioteces, ganando votos, promoviendo escándalos, prefabricando candidatos. Y entre tanto, el mundo desmorona. Y esto sucede, mi estimado Antoine, porque ya no existen líderes que sean capaces de tomar decisiones valientes, y de jugarse todo por conseguir lo que saben que es correcto. El mundo no necesita más payasos politiqueros, sino estadistas y guerreros que guíen con verdad y sin miedo. Necesitamos un Alejandro Magno, un Napoleón, un Carlo Magno, un Julio César. Necesitamos alguien que una al mundo. Hombres que avanzaban sin miedo, sin piedad, conscientes de su grandeza y, sobre, todo, de su responsabilidad histórica. La política hoy es una serie de televisión, y tenemos que convertirla de nuevo en una batalla decisiva ante la historia. ¿Me estás siguiendo?

Tragué ruidosamente y asentí.

- Muy bien. Aquí es donde entramos nosotros. Desde hace décadas algunas personas pensamos que podemos desarrollar un sistema en que un grupo de personas capaces, consientes y preparadas, ayudemos a gobernar el destino de los hombres de

forma comprometida. Pero sabemos que la democracia moderna, la *payasocracia*, como le llamamos, no es la respuesta. Teníamos que buscar nuevos mecanismos, que nos permitieran actuar sin la presión de la inmediatez política, de los votos, de los tiempos electorales. Un cuadro de gobernantes que estuviéramos *por encima* de los gobernantes. Y decidimos forjar esta promesa con el modelo de los grandes líderes de la historia, que se legitimaron ante la presencia inminente de un peligro. Francia se dobló ante DeGaulle e Inglaterra ante Churchill porque eran los que podían protegerlos del peligro gigantesco que se cernía sobre ellos. Y cuando tuvieron el poder real, formal y legítimo, pudieron transformar no sólo sus países, sino la historia entera. Nosotros necesitaríamos ese tipo de poder para transformar el mundo. Estábamos ya seguros de tener la verdad, de tener la capacidad, de tener el compromiso. Lo que nos faltaba era tener un enemigo para vencer. Lo que nos faltaba era algo o alguien a la que la gente temiera más que lo que amara su propia libertad. Lo que nos faltaba era un enemigo formidable.

La emoción y la tensión fueron interrumpidas por la puerta que se abrió sin previo aviso. Entró un camarero sin gesto alguno, con una bandeja en la mano. En la mesita de la sala posó un plato con una *omelette* y dos panes tostados, además de un vaso de jugo de naranja. Me entregó en la mano los cubiertos. Yo los tomé y miré a mi interlocutor, esperando su autorización para empezar a comer. Él esperó a que saliera el camarero para seguir hablando.

- Por favor comienza. Te comentaba que necesitábamos un enemigo, pero eso no era suficiente. Ya habían existido, en la historia, enemigos formidables y que, aumentados con propaganda, eran sencillamente aterradores. Lo fue Hitler, lo fue Rusia, lo fue Bin Laden. Pero todos esos enemigos fueron alcanzados y vencidos y, tan pronto como esto sucedió, los protectores perdieron todo su poder. De nada sirven el caballo y espada si no hay dragón del cual liberar a la princesa. ¿No te parece? Necesitábamos crear un enemigo tan inminente que fuera urgente su enfrentamiento; tan fuerte que requiriera un liderazgo supranacional y tan inevitable que no pudiera, realmente, ser vencido. Para un poder durable, necesitas un enemigo durable y gigantesco, que justifique nuestra presencia… para siempre ¿Lo entiendes?

No estaba seguro de entender nada, en absoluto. Lo único que alcancé a digerir de todo el discurso fue que *ellos*, quienes sea que fueran,

querían obtener el poder y, para ello, necesitaban tener un gran enemigo contra el cual luchar. De eso a la necesidad de que yo estuviera secuestrado en un hotelillo de Bruselas, aún había un abismo. Asentí, pues, en espera de más respuestas. El hombre continuó:

- Y he aquí que, hace algunos años, uno de nuestros compañeros más jóvenes propuso el nombre de este enemigo. Un enemigo que, desde entonces, nosotros mismos hemos alimentado y dado fama. Un enemigo que hoy es un peligro conocido y aceptado por casi todas las personas del planeta. Tú lo conoces y le temes; aunque no sabes realmente nada de él ni puedes hacer nada al respecto porque, entre otras cosas, el enemigo que *crees* conocer es en gran medida imaginario. Supongo que ya sabe de qué estamos hablando.

Quise decir: *no tengo la más remota idea*. Pero mejor callé, mantuve mi mejor cara de póker y esperé.

- Tiene diferentes nombres. El calentamiento global, el Armagedón, la debacle ecológica, la inevitabilidad keynesiana. Como sea. El mundo se va a acabar por causas que no son muy claras y sólo nosotros podemos evitarlo. ¿Lo ves ahora? ¿lo entiende? ¡Por supuesto que el calentamiento global existe, pero sus causas y sus efectos son totalmente distintos de los que usted cree que conoce! Nos hemos encargado de tomar una realidad científica y hemos sembrado un terror primario e irracional en todos los hombres y mujeres del planeta. Hemos amaestrado a una pléyade de científicos que afirman que en pocos años va a desaparecer la mitad de la tierra bajo el agua, que la mitad de las especies desaparecerá, que viviremos en un mundo post-apocalíptico debido a este terrible mal…

Ahora sí, me atreví a hablar.

- Y… ¿esto no es cierto?

- ¡Por Dios, Antoine! Por supuesto que no lo es. Es verdad que existe, como ha existido en otros momentos de la historia, una tendencia de calentamiento global. Lo que puede pasar es que afecte a algunas especies de animales y plantas. Los que se adapten, sobrevivirán y evolucionarán, como lo han hecho antes. También evolucionaremos los hombres, como lo hemos hecho antes. Unos centímetros de agua en el océano harán que cinco

islas desaparezcan y que en las playas del orbe aumente el nivel del mar de forma imperceptible. Lo que no dicen (decimos) es que no todo es negro en este futuro. Al aumentar la temperatura, no toda el agua derretida de los polos termina en los océanos. También existe otro gran depósito de agua en el planeta: las nubes. Más calor implica más evaporación. Esto significa más nubes y, esto, más lluvia, más vegetación y más agricultura. En realidad, con un mínimo de inteligencia, el calentamiento global puede ser una bendición. Pero la gente no sabe esto, ni le interesa. No les importa perder el mundo, mientras ellos no pierdan sus pequeñas comodidades de todos los días. El día de hoy nuestra tarea está casi lograda, y hablar en contra del calentamiento global es casi tan grave como hablar en contra de la democracia, aunque ambas son realidades imaginarias. Hemos creado un enemigo formidable, e inyectado en el mundo el miedo. Y el miedo, Antoine, es la forma más rápida y efectiva de obtener el poder.

"El miedo", dijo. Lo dijo mirándome a los ojos, mientras el tono de su voz pareció convertirse en un siseo lúgubre. Cerré los ojos mientras sentí su poder, emanado precisamente del miedo, clavarse en mi frente, apoderándose de mi voluntad. Abrí los ojos y empecé a sudar profusamente. Quizá era el efecto del desayuno que acababa de devorar o, quizás, estaba empezando a entender de lo que este hombre estaba hablando. La perfección del plan, el conocimiento de que funcionaba y su perfecto maquiavelismo hicieron que un escalofrío subiera por mi espina dorsal hasta clavarse en lo más profundo de mi cerebro.

Estaba enfrentando un reto mayor del que pensé; y mis captores eran una banda de aristócratas lunáticos que querían el poder supremo tras crear al enemigo perfecto.

Lo que no entendía era, una vez más ¿qué diablos pintaba yo en todo esto?

Supongo que mi rostro expresó claramente esa duda, porque mi interlocutor prosiguió inmediatamente.

- Antoine; puedes ser parte de esto. Puedes crear un mundo mejor. Puedes ayudar a la humanidad a caminar hacia un mundo de comprensión, de ayuda mutua, de felicidad. Puedes estar en el equipo ganador. Sólo pedimos un poco de ayuda de tu parte. Aquí, Antoine, es donde entras tú.

Mi respiración aumentó instantáneamente.

- Antoine: hoy en la Comisión Europea, aquí en Bruselas, se discute y decide el liderazgo de la Dirección General de Acción Climática. Esta dirección se encarga de prevenir y realizar acciones dirigidas a atacar el problema del calentamiento global. De allí brincaremos a la Cruz Verde en las Naciones Unidas. Gorbachov empezó todo esto; luego Al Gore. Pero han sido cobardes y con su "democracia" la han convertido en un castillo de inoperatividad burocrática que hace de todo y se preocupa por todo; desde el calentamiento global hasta las armas atómicas y, al día de hoy, parece la rama *hippie* de la ONU. Nosotros queremos retomar este principio y la posibilidad de adquirir el poder y la influencia que necesitamos. Queremos ser gobernantes y jueces supremos. Queremos que nadie pueda hacer nada sin preguntarnos. Y lo hacemos por el bien de las masas, que simplemente no saben a dónde van. Hacemos este sacrificio por los hombres y mujeres del mundo entero. Es por eso que hoy, Antoine, debes de entrar a la sesión de la comisión haciéndote pasar por Michel Rossineaux y votar para que al frente de la Dirección de Acción Climática quede éste hombre: Finn Sommer. Él es el delegado de Alemania; tú hoy eres el delegado francés. ¿Preguntas?

Traté de poner en orden mis pensamientos. *Está desquiciado este hombre. Pero tú, tranquilo, Antoine, tranquilo. Tú puedes hacer esto. Entra a ese cuarto, vota por el alemán, salte de allí. Entonces podrás regresar a la tranquilidad, a Florence, a Paris…*

Pero claro, de hecho sí tenía un par de preguntas:

- ¿Por qué no hace esto el señor Rossineaux en persona?
- Nos falta un solo voto para asegurar el puesto. Y Michel, bueno, no quiso entrar en razón.

¿Estaría Michel Rossineaux muerto? No podía preguntar eso. Y aun había otras preguntas más importantes para mí; y menos arriesgadas.

- ¿Cuándo haga eso quedaré libre? ¿Y Florence?
- Si hoy haces bien esto, no sólo te irás libre, y tu novia, sino que te agradeceremos… generosamente, para que puedas pagar algunas deudas.

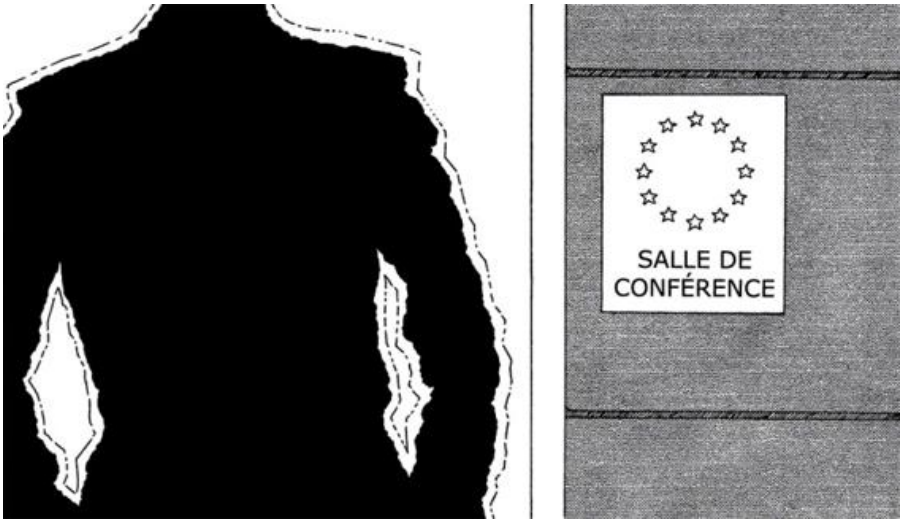
Silencio por unos segundos. Respiro profundo. Una gorda gota de sudor en la punta de mi nariz.

- Otra pregunta más. ¿Cómo se supone que me haré pasar por el tal Michel Rossineaux? Ni siquiera lo he visto.
- Oh, por eso no te preocupes.
- ¿No me preocupe? ¿Usaré una máscara?
- Tranquilo, Antoine. Observa.

Se levantó y sacó algo del bolsillo interno de su chaqueta. Un papel pequeño, cuadrado. Me lo dio en la mano y me dijo: observa.

Una vez más el gran maestro de francés, crítico, el orador, se quedó sin palabras. Me quedé sin palabras.

Era la foto -asumí- de Michel Rossineaux ¡Por Dios! Ese hombre era mi réplica exacta. O mejor dicho: así vestido, *yo* era *su* réplica exacta.



1. LA MESA REDONDA.

La fotografía ante mí era la de Michel Rossineaux. El parecido era asombroso. Por varios segundos muchas cosas tomaron sentido en mi cabeza.

El silencio que siguió al asombro fue roto por mi propia exclamación.

- Entonces… ¿Entonces estoy metido en todo esto sólo porque me parezco a un maldito ricachón francés?
- Sí. Algo así.

Tocaron la puerta de nuevo, con fuerza. Mi interlocutor gritó.

- ¿Qué pasa?

Y tras la puerta, una voz respondió:

- Tenemos que ponernos en marcha. La limosina espera.

El hombre no se inmutó. Sólo puso su mano sobre mi rodilla, dio dos palmaditas, y dijo:

- Es hora, Antoine. ¿O debo decir Michel? Vámonos.

Me puse de pie antes de lo que hubiera querido. Descubrí que mis piernas temblaban un poco. El hombre me tomó por el brazo y me dirigió a la puerta. Antes de abrirla, se detuvo, me miró a los ojos y dijo, con total tranquilidad y una gran sonrisa.

- Por otra parte, *Michel,* si no haces bien lo que tienes que hacer, las consecuencias serán devastadoras para ti y tu novia. No hagas idioteces. Por supuesto tienes un micrófono y un localizador, así que no intentes tonterías. Te estaremos observando. Sólo recuerda: vas a entrar a la Comisión y a votar por Finn Sommer. Es todo.

Dio otro par de palmaditas en mi hombro, sonriente, y abrió la puerta.

- Después de usted, *Señor Delegado*.

Al salir del cuarto nos esperaban ya varias personas, todas impecablemente vestidas. Traté de poner cara de seguridad, aunque por dentro el miedo me estaba carcomiendo. Caminamos unos metros hasta el ascensor y entramos. Un silencio solemne se impuso. Entramos al ascensor cuatro, cinco personas. Alguien presionó algún botón y descendimos, como bajando hasta el infierno mismo, hasta el sótano, en donde ya nos esperaba una limosina que, para mí, tenía un aire de carroza fúnebre.

Mi guía y yo entramos en el asiento trasero, junto con otros dos acompañantes con lentes oscuros.

Siempre había tenido el sueño culposo de viajar en limosina ¿y quién no?, pero ciertamente no esperaba hacerlo en estas condiciones. Me sentí totalmente desprotegido y pobre dentro de ese símbolo de riqueza y poder. ¿Cuántos de los millonarios que viajaban en este tipo de vehículos se sentirían igual: atrapados y débiles?

Pero no era hora de filosofar, sino de poner cara de calma y de prepararme para la aparentemente fácil tarea de la cual pendían mi existencia y la de Florence. Entrar, votar por Finn Sommer, salir. Eso era todo. Nada más.

Quise tranquilizarme con ese pensamiento; pero no lo pude lograrlo.

La limosina se puso en movimiento. Salimos a la calle. Empecé a sudar profusamente. Alguien me extendió un pañuelo y sequé mi sudor lo

mejor que pude. El viaje no debió durar más de tres minutos, durante los cuales mi guía me dio mis últimas instrucciones:

- Bien Antoine, ya estamos aquí. Es la Comisión Europea. En tu bolsillo derecho tienes una cartera con todas tus identificaciones, dinero en efectivo y una tarjeta plástica que te permitirá la entrada. Nosotros no podemos entrar. A partir de que te bajes del coche estás solo. No tienes teléfono celular. Pero si intentas hacer una llamada o cualquier jugarreta, puedes dar a Florence y a ti mismo por muertos.

Me quedé callado, cerré los ojos. Y asentí.

El coche se detuvo e, inmediatamente, uno de los hombres se bajó del coche y abrió mi puerta.

- Bien, Antoine. Suerte. La cita es en la sala de conferencias a las 12:00 en punto. No llegues tarde.

Me apeé del auto sin levantar la mirada, sin abrir bien los ojos. El coche, detrás de mí, arrancó y se alejó. Aún tardé varios segundos en abrir los ojos, tratando de controlar mi desquiciada respiración. Un profundo respiro más y levanté la cabeza.

Ante mí, las oficinas centrales de la Comisión Europea. Un edificio magnífico y moderno en verdad, reluciente de plata y cristal. Las banderas de no sé cuántos países ondeando a un lado de la entrada y, desde luego, personas de traje entrando, saliendo, platicando en la acera como si nada pasara. No sabía nada de ese lugar. Ni siquiera sabía a dónde dirigirme o dónde era la junta. Vaya, ni siquiera sabía qué hora era.

Miré mi reloj. Omega, nada mal. Eran las 11:47.

El primer paso fue el más difícil. Mi voluntad quería entrar y cumplir con la misión cuanto antes; pero mi cuerpo se negó a responder de forma inmediata. ¿Y si algo salía mal? ¿De verdad me iban a confundir con Michel Rossineaux?

Bueno, un paso. Vamos. Luego otro. Y el edificio se fue acercando a mí, y yo a la puerta. Varias personas que me vieron inclinaron su cabeza y sonrieron, para saludarme. Yo forcé mi mejor sonrisa para responderles. Hasta el momento, todo iba bien.

Llegué a la puerta de vidrio que se abrió ante mí invitándome a pasar; como abriendo sus fauces para devorarme. Tuve miedo, pero mi cuerpo ya estaba en movimiento. Los policías en la entrada no emitieron gesto alguno. Una gran mesa de recepción con varias personas fue lo primero que vi. Me acerqué casualmente. Una señorita estaba libre y, al verla con gesto amable, decidí acercarme. ¿En francés o en inglés? Bueno, decidí apostar por el francés; esto era Bélgica.

- Buenos días señorita.
- Buenos días, Señor Delegado.

¡Delegado! Por Dios en verdad esto estaba funcionando. Impresionante. Tragué saliva discretamente y continué.

- Ehm… vengo a la conferencia de ehmm.
- A la sala de conferencias, desde luego señor Delegado. ¿En qué puedo ayudarle?
- ¿Podría decirme en dónde se encuentra?

Se quedó callada por un instante. Se quitó los lentes y me miró con cuidado. Luego se levantó y acercó más su cara, para verme mejor.

- Señor Delegado, ¿puedo ver su identificación?

Puse cara seria. Estaba acabado. Iría la cárcel. Era hombre muerto. Un impulso de correr se apoderó de mí. Metí mi mano al bolsillo para sacar mi identificación sin quitar la vista de los ojos de la recepcionista.

De pronto ella se echó a reír.

- ¡Oh, por Dios, *Monsieur* Rossineaux! Deje de hacer bromas ¿es que nunca se cansa? Siempre de buen humor. Ande a la asamblea que no quiere llegar tarde hoy. Por la derecha, por favor…

El alma se me cayó hasta los tobillos. Mi corazón estuvo a punto de pararse. Me reí con ella, nerviosamente, mientras sentía como las gotas de sudor recorrían mi espalda furiosamente. Volteé a la derecha y vi que, en efecto, personas tan elegantes como yo pasaban a través de otro grupo de pequeñas puertas, tras de las cuales se encontraban los detectores de metal. Reí un poco más, quizá demasiado y fui hacia allá.

Decidí ver lo que hacían otros delegados antes de cometer otra tontería. Decidí también que la mejor estrategia sería no abrir la boca más, a menos que fuera estrictamente necesario.

La buena noticia era que, aparentemente, todos me reconocían como Michel Rossineaux, lo que me tranquilizó interiormente. Sentí conscientemente como mi cuerpo recibía un baño de relajación, y mi mente se acomodaba de nuevo. Podía hacer esto, y estaba a punto de hacerlo.

Para entrar, los delegados hacían pasar su tarjeta de identificación por una ranura que abría la puerta. Luego pasaban por un detector de metales. Eso era todo por el momento.

Me acerqué pues, tras sacar mi identificación. La vi una vez más. En verdad que era impresionante la similitud. Me acerqué a la puerta, pasé la identificación. Abrió inmediatamente.

Unos pasos adelante, me acerqué a los detectores, que eran custodiados por cuatro policías. Vi que algunas personas pasaban por debajo de ellos, pero otras los pasaban de lado. ¿Qué era lo que debía hacer yo?

Me acerqué discretamente y comencé a quitarme el reloj. Un policía me interrumpió:

- Usted no, Señor Delegado, sólo los visitantes. Procedimiento estándar.

Procedimiento estándar; desde luego.

Gracias al cielo, unos metros después encontré un mapa en la pared con la ruta de emergencia. Perfecto. La analicé para averiguar en dónde estaba el Cuarto de Conferencias de la Comisión. Según parecía, estaba en el piso siete.

Tomé fuerza de la nada, caminé con la frente erguida y saludé con una sonrisa y una inclinación de cabeza a todas las personas que me encontré en el camino. Todos me saludaron de vuelta.

Eventualmente encontré un elevador. Presioné el botón y luego me dediqué a esperar, mirando nerviosamente a ninguna parte. Se abrió y después subió hasta el piso siete con una velocidad encomiable. Las puertas se abrieron y al fondo del pasillo vi, en efecto, una puerta

grande y metálica. A su lado, un discreto letrero en azul, que leía en distintos idiomas: Cuarto de Conferencias de la Comisión Europea.

Una señorita de traje sastre me saludó amablemente en francés y abrió la puerta para mí. Finalmente, puse un pie adentro.

Estaba allí, en la boca del lobo.

La vista era formidable. Hice una pausa consiente para entregar mi admiración a un lugar que la merecía y que exigía casi obediencia; como una sala de tronos o como un templo griego.

Era, esencialmente, una mesa gigantesca en forma de O, con sillas alrededor. Cada lugar tenía un pequeño micrófono y conexiones para computadora. Alrededor, en un segundo nivel ligeramente superior, otro gran círculo de sillas. La habitación era beige, casi blanca, marmórea, suavemente iluminada. Supuse que, en cierto sentido, era similar a la mesa redonda del Rey Arturo: nadie a la cabeza, nadie arriba ni abajo; todos en torno a ellos mismos, entre iguales.

Algunos asientos ya estaban ocupados por otros delegados; personas entraban y salían; otras tantas platicaban entre ellas. Lo que nadie parecía estar haciendo era lo que yo estaba haciendo: mirar como idiotas a la nada, sin saber qué hacer.

Volví a revisar mi reloj. 11:55. Casi medio día, en efecto. Pero lo que hizo mella en mi conciencia no fue lo próximo de mi cita, sino lo lejano. Cinco minutos me parecieron un largo camino ante mí, eterno. Mi mente se entregó a la imaginación en esos cinco minutos como si fueran una vacación entera, y pude reflexionar brevemente sobre mi situación.

Mi sensación general era la de estar dentro de un remolino, en el océano, que me atrapó de pronto, jalándome más y más hacia lo profundo, hacia lo oscuro, hacia lo desconocido y hacia lo mortal. Hace apenas 24 horas estaba en mi piso en Camden, preparándome para dar mi clase. No conocía a Alice, ni a la Señora Clarke, ni a los hombres-sombra ni al hombre del hotel. Era un profesor de francés en el centro del Imperio Británico. Hace 24 horas no era nadie.

¿Y ahora? Por más ridículo que parezca, a pesar de ser apenas un títere atrapado en medio de una gran tragedia, sin salida y sin opciones, mi mera presencia en este augusto lugar me inyectó de un sentimiento de importancia. Estaba a punto de hacer algo que podía

afectar al mundo entero. Lo estaba haciendo, claro está, por razones poco altruistas. Lo estaba haciendo sin saber por qué o cómo. Peor aún: lo estaba haciendo seguro de que era algo, en sí mismo, destructivo. Pero no tenía opción, y estaba a punto de salvar mi vida y la de Florence. ¿Qué podía yo hacer sino jugar mi pequeño papel en el gran libro de la historia humana? Eso me hacía sentir verdaderamente relevante. ¿Acaso todos los personajes importantes de la historia estaban conscientes de estar "haciendo historia"? Quizá todos estábamos salvando la vida, consiguiendo el siguiente cheque, caminando bajo el peso de la presión de otros, sintiéndonos totalmente inadecuados.

Pero el lugar y mi ropa hacían su trabajo. Me sentí por un minuto realmente importante, como si el puesto de delegado que hoy me correspondía fuera realmente mío, ganado por méritos, con una placa de metal con mi verdadero nombre.

De allí salté a la vergüenza. Porque en medio de toda esta grandeza yo era menos que un escarabajo, era un trapo viejo, un cero a la izquierda. Allí la Comisión Europea era, en su totalidad, una gran máquina de tortura medieval. Todos sus pasillos relucientes y blancos; todos sus salones con aires de realeza, todos sus robóticos diplomáticos estaban y existían sólo para darme dolor, para transformarme en un amasijo de huesos rotos, para hacerme confesar sin tener culpa.

Estaba allí sufriendo y pensando en mi grandeza y mi pequeñez, y en mi encantadora Florence, a punto de cambiar la historia sin quererlo.

Nunca –pensé- un hombre fue tan relevante y, a la vez, tan insignificante.

Por fin, el tiempo de comenzar llegó. Una campanilla sonó en los altavoces para llamarnos al orden. Los demás delegados ocuparon sus lugares. ¿Y el mío? Caminé alrededor de la mesa hasta que encontré un lugar vacío y, sobre él, una pequeña placa metálica en la que claramente leí: FRANCIA.

Me senté, pues, y tragué saliva. Con la cabeza saludé a los delegados que se sentaban a mi lado –Finlandia a mi derecha, Grecia a mi izquierda-, quienes me saludaron de vuelta. Uno de ellos, el finlandés, se acercó aún más y me extendió la mano para ofrecerme un sentido apretón de manos y decirme: "suerte". Yo asentí y sonreí una vez más. Suerte era lo único que necesitaba para salir con vida de esto.

Instintivamente busqué al Delegado de Alemania, Finn Sommer. Por él tendría que votar. Él era el representante de esta misteriosa organización que me tenía secuestrado y había torturado a mi Florence para lograr sus oscuros objetivos. Lo encontré al otro lado de la mesa. ¡Por Dios, parecía un hombre tan respetable! Y sin embargo, era parte de un sistema putrefacto. Por un momento breve me cuestioné sobre la posibilidad de no votar por él y arruinarle el plan a los malos, aún a costa de mi propia vida.

¿Tenía yo madera de héroe? ¿Podía yo hacer algo en contra del mal?

Una de las delegadas nos pidió silencio y nos dio la bienvenida. Volví a concentrarme en la asamblea. Parecía ser la presidente o la coordinadora de esta sesión; quizá de toda la Comisión Europea. Su discurso fue breve:

- Bienvenidos todos, delegados e invitados, a la sesión plenaria de la Comisión Europea. Todos los países se encuentran presentes, con excepción de Irlanda. El día de hoy, nos ocupa el tema del establecimiento de la Cabeza para la Dirección de Acción Climática en la Unión Europea. No es necesario que les explique la importancia que reviste este nombramiento y, más allá, la gran responsabilidad de aquel que lidere la fuerza de todo un continente en contra del que, quizás, es el mayor enemigo que enfrenta nuestro planeta: el calentamiento global.

Por supuesto, pensé en lo que me dijo el hombre en el hotel. Esta mujer estaba hablando de un enemigo que, en gran parte, era un mero montaje mediático. Pero estaba convencida y dispuesta honestamente a luchar contra este mal. ¿Cuántos héroes dedicarían su vida a pelear contra un mal imaginario? Continuó su discurso.

- Como ustedes saben, la agenda es apretada y ya conocemos todos los pormenores. Me dirigiré inmediatamente, si alguien no tiene otro asunto que tratar, a recabar la votación. Les recuerdo los dos candidatos que hasta el momento han sido propuestos: Esteban Fuentemayor, delegado de España y Finn Sommer, delegado de Alemania. Esta es la última oportunidad para presentar candidatura según el apartado 56 del acuerdo correspondiente.

La Presidente hizo un silencio para esperar a que alguien hiciera o dijera algo, pero nadie lo hizo.

- Continuamos entonces con la votación. (¿Tendría yo madera de héroe?) Por favor, en su tablero señalen…

El ruido de la puerta al abrirse hizo que la mujer se detuviera. Una persona entró a toda prisa rompiendo el silencio que reinaba. Todos le vimos y le seguimos con la mirada, sintiendo vergüenza ajena por quien había llegado tarde.

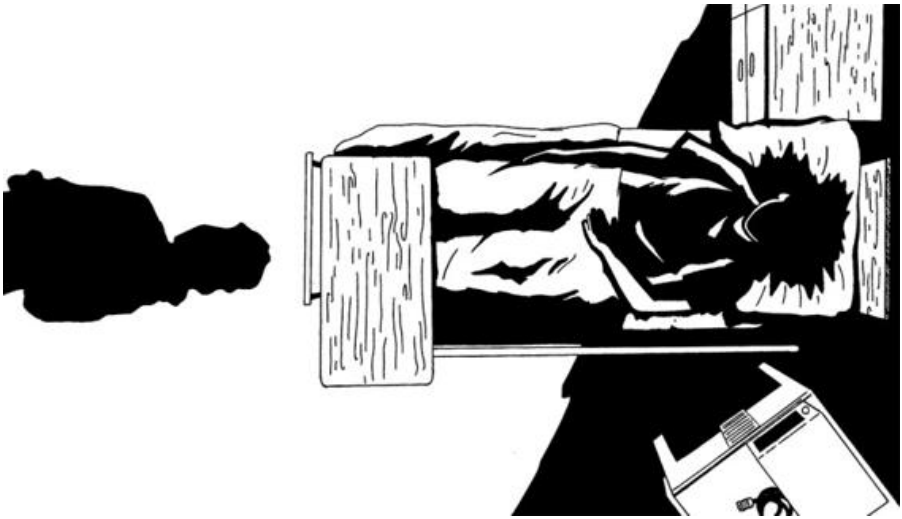
Se sentó inmediatamente en su silla: era la delegada de Irlanda, apenas a dos lugares del mío. Saludó un la cabeza a la Presidente y, con un ademán, solicitó tomar la palabra.

La Presidente le permitió hablar, aunque parecía no estar muy contenta al hacerlo. Así pues, habló la delegada de irlandesa.

- Buenas tardes, Señora Presidente y delegados de todos los estados miembros. Lamento haber llegado tarde; fui detenida con un imprevisto.

Hizo un silencio para esperar reacciones y prosiguió.

- En consideración al apartado 56 del acuerdo de la Comisión Especial para la Acción Climática, quiero presentar una nueva candidatura para la Presidencia de la Dirección. Entiendo que hasta el momento Alemania y España se encuentran nominadas. Pido permiso a la Presidencia para presentar mi candidato.
- La Presidencia lo permite. ¿Irlanda propone a su propio Delegado como candidato?
- No, Señora Presidente. Irlanda propone como candidato al delegado francés, Michel Rossineaux.



1. SIN DIRECIÓN

"Michel Rossineaux". Lo oí claramente. Al principio no causó impresión en mí. Tuvieron que pasar un par de segundos para recordar que estaban hablando de mí: ¡que yo era Michel Rossineaux!

Una violenta tormenta de fuego y dolor cayó súbitamente sobre mi alma. Mi mente tuvo un arresto al que, si hubiera sido más largo, podríamos llamarle coma. Mis músculos se tensaron, el sudor fluyó con más fuerza, mi garganta se cerró evitando el paso libre del aire a mis pulmones. ¿Qué trágica jugarreta del destino era esta? ¿Qué clase de broma inmerecida, de tortura infame, era todo esto? Sentí que diez demonios me revolvían las entrañas.

Miré a todos lados tratando de contener mi asombro y mi terror. Los rostros borrosos de todos los delegados me observaron esperando mi reacción. Tragué saliva y asentí. No pude hacer nada más.

La Delegada de Irlanda se sentó. La Presidente habló entonces:

- Delegado de Francia: ha sido usted nominado para ser Director de la Comisión Especial para la Acción Climática. Puesto que usted formó parte de la lista preliminar de candidatos presentada hace algunas semanas, la Presidencia admite la candidatura. Procederemos ahora a la votación.

Oh, por Dios. Soy hombre muerto. Muerto, a mis veintinueve años. ¿Qué debo hacer? Nada, no hagas nada. Cumple tu parte: vota por Finn Sommer y lárgate. No hay forma de que voten por ti. ¡No eres más que un profesor de francés! Le deseé todos los males del mundo a la Delegada Irlandesa.

La Presidente continuó:

- Bien. Procedemos con la votación. En su pantalla aparecen los tres candidatos. Sírvanse emitir su voto en la correspondiente casilla.

En efecto, en la pantalla que tenía enfrente aparecieron los tres nombres: Fuentemayor, Rossineaux, Sommer. Y al lado derecho de cada nombre y su respectiva bandera, un recuadro con la palabra ELEGIR.

Estiré la mano, apreté los dientes y presioné ELEGIR al lado del delegado de Alemania. Todos los demás delegados hicieron lo propio.

Todos los delegados se miraron entre sí. La votación estaba hecha. Yo había cumplido mi parte.

¡Yo había cumplido mi parte! Diría esto a mis captores, y entenderían. Yo había cumplido mi parte...

Poco tiempo pasó. Segundos, quizás. La Presidente tomó de nuevo la palabra.

- Bien, Delegados, la decisión está hecha. Todos han ejercido su voto de forma libre y soberana. El resultado está en mis manos. Pido a todos que demos un fuerte aplauso al nuevo Director de la Comisión Estatal para la Acción Climática: ¡Michel Rossineaux!

Como en cámara lenta y con vista borrosa, vi cómo los delegados se pusieron de pie para aplaudirme. No diez, sino cien demonios volvieron para desgarrarme interiormente. Una cucaracha atrapada en un vaso de vidrio, eso era y nada más.

Me levanté para agradecer, apenas sin fuerzas. Me dolía la cabeza. Tuve conciencia plena de estar asesinando a mi Florence. Tuve que reprimir las lágrimas. Finlandia y Grecia se volvieron a mí para estrechar mi mano. Tuvieron que limpiar la suya inmediatamente

después, pues yo estaba sudando profusamente.

Quise llorar de desesperación. Quería decirles que todo estaba mal, que yo no era Michel, que habían cometido un gran error. Pero saldría a decir a mis captores que no era culpa mía; que renunciaría a la comisión para que Finn Sommer fuera el elegido. El llanto agónico de Florence saturó mis oídos y la náusea se apoderó de mí. Tuve que recargarme en la mesa y, antes de que pudiera hacer nada al respecto, vomité estrepitosamente sobre la computadora y una elegante placa de metal que decía: FRANCIA, y que ahora se hallaba, como yo, cubierta por la pestilencia corrupta de mis entrañas.

Luego volteé a ambos lados, miré al techo y me derrumbé sobre la silla. Los delegados reaccionaron de forma inmediata y, antes de que pudiera hilar otro pensamiento completo, me vi acostado en el suelo y rodeado por paramédicos, que desabotonaron mi camisa, me pusieron en una camilla y me sacaron de la sala con un sistema rápido y preciso.

Cerré los ojos mientras me arrastraban, como llevado por un huracán, hacia la enfermería. Mi cabeza palpitaba como un corazón atrofiado, mi vista seguía borrosa. Vi pasar ante mis ojos, como entre sueños, decenas de personas, puertas, pasillos y lámparas. Por fin nos detuvimos.

Un doctor de edad bastante avanzada se acercó a mí para tomarme la presión. Analizó con una lámpara mis pupilas, mis orejas, mi lengua. Me preguntó si lo escuchaba, a lo que asentí. Me cuestionó sobre mi desayuno, sobre enfermedades. Le dije que estaba bien, que sólo había sido un mareo.

Tras verificar que mis signos vitales eran estables, me informó que me dejarían una hora en observación, con suero conectado en el antebrazo.

Por fin se fueron todos y me dejaron solo en el cuarto. En verdad me sentía mejor. No sé lo que me administraron, pero el dolor de cabeza había desaparecido, así como las náuseas.

Lo que no había desaparecido era mi preocupación. El giro inesperado en la situación hacía que tuviera que reconsiderar toda mi actuación. Esos hombres no podían entrar a la Comisión; pero estarían esperándome, para matarme, en cuanto dejara el edificio. Y, bueno, no podía quedarme aquí para siempre.

¿Quizá hablar con la policía? ¡No podía hacer eso! El hombre me aseguró que tenía micrófonos y que escucharían todo lo que yo dijera. Aunque, desde luego, en la enfermería me habían despojado de mis ropas y me encontraba vistiendo una infame bata de hospital. Mi ropa se encontraba doblada en un sillón junto a la cama. ¿Qué tanto se podría escuchar desde allí?

¿Hablar con la policía? ¿Con la Presidente de la Comisión? ¿Con la enfermera? No podía arriesgar la vida de Florence. Tenía que hacer esto bien. Pero las respuestas no llegaban.

Cerré los ojos y me recosté en la cama. Piensa, piensa…

Una voz femenina interrumpió el silencio.

- ¿Antoine?

Mi corazón dio otro vuelco; de un solo golpe me erguí para sentarme en la cama y ver a la persona que había entrado a mi cuarto… ¡y me había llamado *Antoine*!

Era una mujer joven. De marcadísima tez blanca y pelo negro a los hombros, que llevaba arreglado en cola de caballo. Vestía un traje sastre con falda. Definitivamente la había visto antes, pero ¿dónde?

¡Por supuesto! Estaba ante mí la Delegada de Irlanda, que me había nominado para el puesto y que además, ahora, me había llamado Antoine.

Le miré un poco de lado, sin acabar de creer todo lo que estaba pasando. Sin embargo, su presencia me transmitió confianza. Siguió hablando, en voz muy baja.

- Guarda silencio. Me llamo Madeleine Sullivan. Soy la Delegada de Irlanda. Sé quién eres y sé que estás en peligro. Necesitamos irnos inmediatamente.

Sopesé por un instante, en silencio, sus palabras. Estaba aprendiendo a ser más cauteloso. Pregunté:

- ¿Eres una de ellos?
- No. Soy amiga de tu familia.
- Pero yo no soy un Rossineaux.

- Sé quién eres. Quiero ayudarte. Pero tenemos que salir inmediatamente. Tienes que confiar en mí.
- ¿Por qué habría de confiar en ti?
- A menos que tengas un plan mejor que vomitar encima de los otros delegados, te sugiero que lo hagas.

Lo pensé por un segundo más. En verdad, no tenía otro plan.

- Está bien. Vámonos. Déjame tomar mi ropa.
- Déjala. No sabemos en dónde está el micrófono y no hay tiempo de averiguar.
- Pe-pero esta bata no es precisamente cómoda.
- Cállate, Antoine. No hay tiempo de hacer tonterías. Sígueme.

Se asomó a la puerta para verificar que no hubiera moros en la costa. Salió y regresó con una bata de doctor.

- Fue lo mejor que pude conseguir. Ahora cierra la boca y vámonos.
- ¿Pero no se darán cuenta cuando salgamos?
- No planeo que salgamos por la puerta de enfrente. ¡Vamos!

Empezó a caminar. Me quité las agujas que tenía clavadas al brazo; me puse la bata tan rápido como pude y salí detrás de ella, descalzo e incómodamente desnudo.

No salimos al pasillo principal, sino que entramos por una puerta que llevaba a alguna especie de pasillos traseros, a través de los cuales todo el personal de servicio atendía las necesidades de la comisión. Por allí meseros, afanadoras y hombres con overoles caminaban, cargando cosas o empujando carritos.

Aparentemente Madeleine se conocía al dedillo los intrincados corredores de servicio de la Comisión. Dimos una vuelta a la derecha, otra vez derecha, luego izquierda para subirnos a un elevador de servicio. Bajamos junto con un carro lleno de tentempiés de cangrejo, ante la mirada asombrada de un mesero. Le dimos los buenos días y, al llegar a planta baja, nos despedimos con una sonrisa.

Después seguimos caminando hasta llegar a una inmensa cocina construida de acero inoxidable, en donde cocineros, ayudantes y meseros gritaban, entraban y salían con nuevos alimentos.

Madeleine se acercó a un guardia y, con voz casi imperceptible, le

preguntó:

- ¿Todo listo?
- Todo listo.

Tras la verificación, cruzamos unas puertas abatibles que nos condujeron a una especie de cochera. Allí un camión repartidor de flores esperaba con las puertas de la caja trasera abiertas. Brincamos dentro, cerramos las puertas y el camión arrancó.

Me volví para ver a mi rescatadora. La miré por unos instantes, callado, sin tener ni la menor idea de qué decirle. Ella, sin embargo, actuó sin dudar, metió su mano a una mochila que había en el auto y de ella sacó una pistola.

Instintivamente me hice hacia atrás y me volteé a todos lados buscando refugio. Pero Madeleine giró la pistola, tomándola por el cañón y me extendió la mano para que la tomara. Yo, tras un trago inaudible de saliva, la tomé y la acomodé en mis manos. Nunca antes había tomado una, pero quise parecer tranquilo.

Habló ella luego, con voz clara y confiable:

- Antoine, realmente necesitas saber algunas cosas.

1. EL CÍRCULO

Madeleine me dejó pensar por unos segundos, mientras yo miraba todo a mi alrededor buscando respuestas que, desde luego, no estaban allí.

Y allí estaba yo, sentado en el piso de una camioneta repartidora de flores, con una pistola –que no sabía usar- en la mano, escapando de la Comisión Europea en Bruselas, con el mundo dando vueltas, con la cabeza aún adolorida por el mareo. Allí, tirado, entre pétalos de flores aplastados, tallos rotos por todas partes, papeles, listones; todo en burdo desarreglo. Gracias a Dios, sin ventanas.

Quise decir algo. Quería hacerle saber a Madeleine que no era un imbécil, un inútil. No sabía si ella era “amiga” o “enemiga”, o si cualquiera de esos dos términos significaba algo en este momento. Pero fuera lo que fuera, quería que ella supiera que yo podía tener el control de la situación; que no me intimidaba fácilmente. Quería que me tuviera, si no miedo, quizá algo de respeto.

Pero ella me miraba, tranquila, estudiándome. Sentí a la vez pánico y respeto por esa mujer. Ella parecía saber exactamente lo que hacía; de dónde venía y hacia dónde se dirigía.

Pero yo, hombre con ego al fin, tenía que decir algo. Quería ser yo el primero en hablar. Hice el esfuerzo para abrir la boca y, al hacerlo, sentí mis labios secos, terrosos y torpes. Así que no pude decir más

que

- Tengo sed.

¡Bravo! Ahora tienes la inteligencia de un niño de tres años. Felicidades.

Madeleine me sonrió por un par de segundos, asintiendo. Dirigiéndose al chofer, le llamó:

- ¿Clark?

Y así, como si fuera parte del plan, Clark el chofer extendió su mano derecha al asiento del copiloto, de donde tomó una botella de agua helada. Se la lanzó sin voltear a Madeleine, quien la tomó en el aire y me la extendió. La tomé, abrí y dirigí a mi boca de forma inmediata. De un trago vacié la botella. Madeleine preguntó:

- ¿Más?
- Más.
- ¿Clark?

Clark extendió la mano, tomó la botella y la lanzó, con un movimiento casi robótico. Madeleine la atrapó en el aire y me la entregó. Tomé un trago largo. Luego otro y decidí que era suficiente. Terminé de atragantarme con el agua que tenía ya en la boca, me limpié con la manga de la bata y le agradecí aun jadeando:

- Grasshias.

Madeleine esperó aún un poco más. Luego, por fin, tomó la iniciativa y comenzó a hablar.

- Muy bien, Antoine, estamos seguros por el momento. Hay algunas cosas que tienes que saber. Como sabes, me llamo Madeleine Sullivan. Soy delegada de Irlanda en el Consejo Europeo. Soy amiga de Benoit Rossineaux, padre de Michel. ¿Hasta aquí todo claro?

Todo bien hasta el momento. Asentí para que continuara.

- Yo sé que tu nombre es Antoine Clement. Sé que fuiste secuestrado para hacerte pasar por Michel Rossineaux. Sé que tu novia Florence también está detenida, y que fuiste brevemente profesor de Alice Withford, la prometida de Michel. ¿Todos estos

datos son correctos?

Tuve que tomarme unos segundos para recapitular. En efecto esa mujer tenía la historia perfectamente repasada. Sabía quién era yo, de dónde venía, el asunto de los Withman (¿O Withford?) y la existencia de Florence. ¿Cómo sabía tanto? Y ¿cómo podía saber yo si estaba en mi equipo o en el otro?

Y, sobre todo, ¿cómo sabía yo cuál era "mi equipo"? En este juego no era yo de ningún equipo, ni delantero, defensa o portero. Era el balón.

Pero Madeleine me estaba mirando, esperando una respuesta, así que contesté.

- Sí, todo eso es correcto.

Así que ella prosiguió.

- Antes que ninguna otra cosa, quiero que sepas que, de verdad, nosotros no pretendemos hacerte daño alguno.
- ¿Nosotros?
- ¡Ah! Cierto. Me presento una vez más: soy Madeleine Sullivan, Delegada de Irlanda en la Comisión Europea… y amiga personal de Benoit Rossineaux.

Dejó que las implicaciones de lo que dijo entraran en mi cerebro confuso. Asentí. Ella continuó.

- Lamentamos mucho lo que te ha ocurrido y queremos ayudarte. Hemos enviado gente a Paris para encontrar a Florence.
- ¿Y en dónde está en verdadero Michel?
- Lamentablemente, no lo sabemos. Fue secuestrado apenas hace dos días. Suponemos que no quiso ceder a sus peticiones, que aún lo tienen detenido, y que por eso acudieron a ti, como segunda opción.
- ¿Quiénes son ellos?
- Ellos son un grupo de aristócratas, políticos y millonarios que han logrado implantar una red de tráfico de influencias en los principales gobiernos del mundo. Ellos, a su manera, pretenden ejercer un control mundial y se consideran sabios. Es un grupo que pocos conocen. Ellos se llaman a sí mismos El Círculo de Delphos.
- ¿Delphos?
- Delphos era un lugar en donde los sabios regían, con poder

divino, la Grecia antigua. Es una referencia a un poder superior al humano, que estas personas creen tener por derecho.

Un escalofrío recorrió mi espalda de arriba a abajo.

- ¿Y ahora qué hago?
- Por lo pronto, no es seguro que regreses a casa o que, en lo absoluto, aparezcas en ninguna parte. Enviaremos una nota diplomática a la Comisión informando que descansarás algunos días por tu estado de salud, en lo que decidimos qué hacer contigo, con la Comisión y con Michel. Entre tanto, te hospedarás con nosotros.

Respiré profundamente, con una especie de suspiro agónico, entregado ya a mi suerte.

Así que me recosté una vez más sobre la pared del camión. Todo el agotamiento del mundo invadió mis músculos. Cerré los ojos para abstraerme de la absurda realidad en que me encontraba. Al abrirlos, todo seguía igual.

- Madeleine; no sé qué está pasando, ni por qué yo estoy en medio de esto. ¡Soy sólo un pobre profesor de francés, por amor de Dios! Soy sólo un tipo común y corriente. Sólo quiero que esto termine. Quiero volver a mi casa, a mi país, a mi familia… a mi realidad.

Madeleine sopesó por algunos segundos mis palabras. Me miró sin la menor pizca de lástima. Me miró como si fuera uno de los suyos, y contestó:

- Antoine. Esto, por el momento *es* tu realidad. En este instante estás aquí, y no eres nadie más que tú mismo. Pocas veces la vida nos lleva por donde planeamos; pero precisamente es por eso que las personas grandes son grandes. Hay que estar en lo que estás, y ser quien eres. No hay forma de deshacer lo que ha pasado, ni de continuar viviendo como si nada hubiera sucedido. No eres sólo un maestro de francés. Eres un hombre frente a un reto. Todos lo somos, todos los días. No podemos evitar lo que es el mundo; sólo decidir nuestro carácter ante las circunstancias. Antoine: no puedes regresar a tu realidad, porque nunca has salido de ella. El día de hoy eres una pieza importante en algo grande. Y sé que tienes en ti la capacidad y la grandeza para hacer lo que debes de hacer. La única forma de tomar control de las cosas, en la vida, es

aceptarlas y afrontarlas. Has vivido en un mundo cómodo y sencillo, con la pobreza admitida como inevitable, pasando todos los días por el mundo sin hacer ruido, sin pisar fuerte. Eras un bebé en el seno de tu madre. Has salido al mundo, a un nuevo mundo más hostil y más grande. Quisieras regresar al suave y templado planeta en el que viviste algún tiempo. Pero ese mundo ya no existe. Mientras más pronto lo entiendas y aceptes, todo será más fácil para ti y para nosotros. No eres Michel, eres Antoine. Y Antoine puede hacer lo correcto, salir victorioso y no regresar, sino avanzar, a un mundo mejor para él y para todos.

Callado, medité unos segundos. Una confusión grandiosa apareció en alguna esquina de mi corazón. Quizá ella tenía razón. Permití que continuara.

- Pero el acto de construir tu destino tiene que ser libre, Antoine. Por eso no eres nuestro prisionero. Creemos que tienes la capacidad y el poder de hacer un bien muy grande, pero estamos seguros, a diferencia de ellos, que no sirve de nada si no lo haces libremente. ¡Clark! ¡Detén el camión!

En efecto, el vehículo se detuvo unos metros más adelante. Madeleine abrió la puerta lateral y pude ver la calle –la libertad- allí, a mi alcance. Vi a las personas pasar, tranquilas, sin saber lo que pasaba en el mundo o conmigo. Peatones, deliciosamente ignorantes y sin temor. Sentí el instinto de brincar inmediatamente a la calle, y correr como loco hacia donde fuese. Pero no moví ni un músculo.

Madeleine me miró a los ojos y siguió hablando.

- Antoine. Allí está la calle. Aquí está, también (me lo entregó, bastante pesado) un sobre con dinero y tu pasaporte; más que suficiente para ir a cualquier país del mundo y esconderte O puedes salir, comprar ropa y tratar de volver a tu vida de siempre. Nosotros, de cualquier forma, trataremos de rescatar a Florence, y nunca más nos volverás a ver.
- ¿O?
- O puedes quedarte aquí, con nosotros, y por lo menos escuchar lo que puedes hacer para arreglar las cosas. Hay cosas que no sabes y que pueden cambiar tu vida. Puedes tomar a la vida por los cuernos, o huir ahora, sin mirar atrás, con cien mil euros en la mano.

¡Cien mil euros! Por Dios, nunca había tenido tanto dinero entre mis

dedos. Se sentía pesado y poderoso.

La libertad…

Apreté con mi mano el sobre con el dinero. Vi la calle ante mí y di un primer paso. Podía dejar todo esto atrás y volar hoy mismo a Paris, a encontrar a mi Florence. ¿O no?

La tentación de la huida es fuerte; mucho más fuerte de lo que parece. Si a cualquiera de nosotros se nos entregara un sobre con miles de euros –suficientes para comprar un piso pequeño, para viajar por un tiempo, para montar un negocio- ¿no tomaríamos la senda sencilla? ¿No tomaríamos la decisión sin pensarlo casi? ¿No escaparíamos de nuestro trabajo, de nuestra vida, de nuestras deudas? No había cobardía en la huida, sino sentido común, prudencia y sagacidad.

Bajé la mirada, apartándola de la calle. ¿Cuáles eran mis opciones? ¿Mi libertad y cien mil euros en contra de qué? ¿Peligro, muerte, mafias, lucha? Y la oportunidad de hacer algo grande ¿Podría yo ser libre sabiendo lo que dejaba atrás? ¿Podría caminar tranquilo mientras vivía escondido?

Como dije, uno toma decisiones sin pensar. Hay momentos en la vida en que uno tiene que tomar el camino de la prudencia. Pero no hoy.

Tranquilo, me levanté de mi lugar, me acerqué a la puerta, vi a Madeleine a los ojos, muy directo, como retándola, y tomé con mi mano derecha la manija de la puerta.

La cerré con un movimiento rápido y seguro.

Me senté una vez más, le devolví el sobre a Madeleine y dije:

- Cuéntame más.

Mi ahora aliada me sonrió, orgullosa.

Clark, desde su lugar, dijo con voz potente, dirigiéndose a ella:

- Te lo dije. Abre el sobre.

Madeleine volteó a verlo. Clark volteó para repetir la orden con la sola mirada.

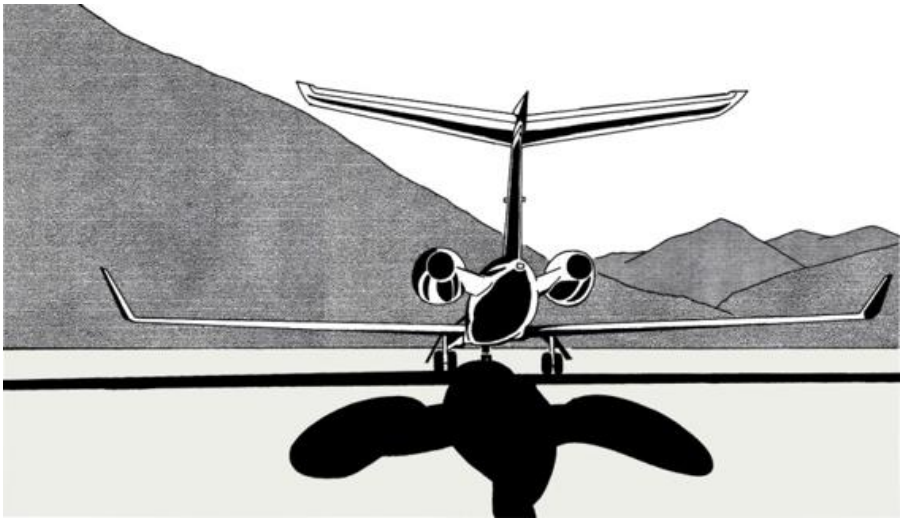
Mi interlocutora tomó el sobre y lo abrió, dejando caer su contenido sobre el suelo de la camioneta. Lo que cayó no fueron, como yo esperaba, montones de billetes, sino papeles en blanco amarrados, con ligas, en paquetes.

La miré, con una pregunta en el rostro.

- Lo siento, Antoine. Benoit insistió en que no sería necesario. Tenía plena confianza en que tomarías la decisión correcta. Benoit a veces es un cabeza hueca. Como sea, es importante que le conozcas pronto.
- ¿Y cuándo lo conoceremos?
- Ahora mismo.

Clark, el chofer, se dio la vuelta una vez más y extendió su mano para estrechar la mía, mientras se presentaba:

- Mucho gusto, hijo, mi nombre es Benoit Rossineaux. Bienvenido.



1. CAÍDA LIBRE

Uno no sabe qué hacer cuando, así de pronto, le presentan con una persona que representa en sí misma nociones como grandeza o riqueza más allá de cualquier cosa que uno haya visto. Es como si algún día caminando por la calle te encuentras a la Reina de Inglaterra o a Bill Gates. ¿Qué haces? ¿Qué les dices? En ese preciso instante sabes que te encuentras en un momento que puede ser definitorio de tu vida. Puedes dejarlo pasar y hacerte el indiferente; puedes intentar lucirte y hacer el ridículo, o puedes tener la suerte de ser una de las personas que, ante la vista de la grandeza, la observan tranquilamente, de frente, y hacen o dicen exactamente lo que tienen que decir.

Opté por el ridículo.

Benoit Rossineaux era uno de los hombres más ricos de Francia y, quizás, del mundo. Heredero de una larga tradición de molineros en el país, había convertido una exitosa empresa de harinas en un gigantesco emporio transnacional. Era de esas personas a quienes presidentes y ministros le hablan para pedir favores. Miraba de frente, en riqueza y abolengo, a todas las casas reinantes en Europa. Se reía de los nuevos-ricos americanos; de Zuckerberg o Jobs. Estaba sentado sobre una inmensa pila de dinero viejo y era famoso por su capacidad de liderazgo y por su espíritu altruista. Presidía buen número de fundaciones y, en verdad, era un hombre admirado y respetado en Francia y alrededor del mundo entero.

Y me estaba extendiendo la mano con una sonrisa franca y abierta. Me estaba dando la bienvenida a su mundo; con un gesto que pretendía hacerme sentir cómodo y confiado. En realidad el gesto me aterró y, como un cachorro se acerca temeroso ante la mano de quien le ofrece una golosina, así extendí yo la mía para devolver el sencillo gesto de un gran hombre.

Sólo que no la extendí bien, así que acabé otorgando un penoso apretón con las puntas de mis dedos, como una especie de pescado muerto. Murmuré algo, seguramente, aunque no estoy seguro lo que fue, mientras emití una sonrisa confusa, de media boca y dientes fuera.

Como dije: ridículo.

Pero él estrechó mi mano con el mismo respeto que si fuera yo algún mandatario o millonario. No vi en sus ojos lástima ni presunción, sino honesto agradecimiento. Ese hombre estaba contento de verme. Como era de esperarse, habló primero él, mientras seguía manejando por las calles de Bruselas.

Quizá tendría respuestas. ¿Quizá soluciones?

- Muy bien Antoine. Antes que nada, debes de saber que estás entre amigos. Te hemos dado la opción de salir de esto y has decidido quedarte. Por ello, estaremos siempre agradecidos.

El Círculo de Delphos decidió secuestrarte por tu inmenso parecido con mi hijo Michel. En verdad, el parecido es notable. Me imagino que con traje y corbata el efecto es aún mejor que con bata de enfermería.

En estos momentos lo que necesitas es descansar. Más respuestas irán llegando poco a poco. Tenemos un plan, pero no es sencillo.

Lo primero es llegar a donde pasarás algunos días preparándote. Vamos llegando ya al aeropuerto de Bruselas. Madeleine, por favor entrégale a Antoine un cambio de ropa y permítele cambiarse.

Madeleine me entregó una bolsa de tela con ropa adentro; brincó al asiento de copiloto y cerró una puerta que dividía la cabina de la zona de carga. Aunque aún había una pequeña ventana por donde nos podíamos comunicar (y podrían verme, si quisieran), no tuve mayor

problema para quitarme la humillante bata de la enfermería y enfundarme unos jeans y una camisa tipo polo, calcetines, tenis y una chamarra ligera.

Entre tanto, sentí que llegamos a algún lugar, que Benoit habló con algún hombre (quizá de seguridad) y seguimos avanzando un poco, para luego detenernos por completo.

Las puertas de la camioneta se abrieron y bajé para encontrarme en un amplio, gigantesco, hangar con diversos aviones de tamaño pequeño.

Madeleine y Benoit descendieron también y, con la confianza de quien se halla en un lugar y situación que conoce, se dirigieron inmediatamente a uno de los aviones. Madeleine me hizo, con la cabeza, una señal para que los siguiera. Nos subimos a un avión (¿Avioneta, jet?, no tenía ni idea) que ya se encontraba listo para despegue, con motores encendidos y tripulación a bordo.

Al subir al avión me encontré con algo que nunca había visto, no había soñado ver jamás. Si hoy por la mañana, hace algunas pocas horas, me sentí extrañamente complacido al montar una limosina, esto estaba completamente a otro nivel.

Lo que estaba viendo me dejó sin palabras. La nave gozaba de un lujo impresionante. Sillones de piel blanca con base aparentemente giratoria se distribuían a lo largo del fuselaje. Podían, de esa forma mirar todos al frente (como en un avión turístico normal) o girarse para estar de frente, con mesas en las que se podía comer, o trabajar.

Del lado derecho, pegado a la pared (¿se dice “pared”?) había una especie de mesa/bar, en donde se encontraban diversas botellas de licor. Al centro de todo, en la “pared”, un monitor gigantesco.

Todo engalanado con madera rojiza, luces suaves y música de fondo. La alfombra y los asientos, a juego, daban la sensación de estar en una sala diseñada enteramente para la comodidad y el placer.

Madeleine me indicó que tomara un asiento y ella tomó otro, justo frente a mí. Benoit se dirigió a la cabina de los pilotos. Me senté, pues, puse mis manos sobre mis piernas y evité tocar cualquier cosa, por miedo a romper algo.

Madeleine esperó a que me acomodara. Se abrochó el cinturón de seguridad y yo, como si fuera su espejo, hice lo mismo. Seguí viendo

todo, con ojos como platos y cara de asombro tercermundista.

Escuché el claro sonido de algún otro jet encendiendo sus motores. Madeleine me explicó que otros dos jets saldrían al mismo tiempo que el nuestro, a forma de distracción en caso de que alguien nos siguiera.

Yo asentí y seguí mirando. Busqué en los asientos, en el techo, en donde pude, algún indicio del tipo de jet en el que estábamos. No quería hacer el ridículo y quise, como siempre, parecer hombre de mundo. Pero ¿a quién quería engañar?

Madeleine explicó, ante mi evidente ignorancia.

- Este es un jet Gulfstream G550. Es un jet de negocios excelente para viajes especialmente largos, por su comodidad y motor. Es uno de los favoritos de Benoit.
- Y… ¿Benoit está conduciendo?
- Se dice "pilotando" y sí, Benoit es un excelente piloto y chofer. Le gusta hacer las cosas él mismo.
- Tengo dos preguntas.
- Adelante.
- Primero: ¿a dónde vamos?
- Vamos al Château de la Motte en Château-renard, en Francia. Coordenadas 47.93018, 2.929068 (sonrió al darse cuenta de que presumía con datos innecesario, que leía de una bitácora que se le había entregado). Está cerca de París, y nos permite descanso y privacidad. Tiene su propia pista de aterrizaje, así que estaremos allí en minutos. Es una propiedad de la familia para descanso. Un lugar formidable, verás. Allí podrás descansar. Llegaremos en muy poco tiempo.
- *Wow*. Segundo. ¿De verdad tenemos un plan?

Madeleine estuvo a punto de contestar cuando sentimos los motores de nuestro propio jet arrancar con fuerza, y al aparato empezar a moverse. En menos de dos minutos estábamos en el aire, rumbo a Francia.

Miré por la ventana mientras nos elevábamos. Apenas ayer salí de mi estudio en Camden, Londres, para ir a dar clases a Alice Withman (¿o Withford?). Apenas ayer, mi vida era todavía la cosa más normal del mundo. Hoy amanecí en Bruselas vestido de delegado, fui a la comisión, perdí el conocimiento y fui rescatado. Ahora me hallaba rumbo a un castillo en Francia, con una misión que no conocía y con un plan, si es que lo había.

Volteé a mirar a Madeleine con la misma pregunta en los ojos. Ella comprendió y contestó.

- Sí tenemos un plan, Antoine. Te quedarás en el Château por una semana. Te prepararemos para lo que viene.
- ¿Para lo que viene?
- Antoine, ahora que has accedido a ayudarnos, verás que hay mucho que hacer. Tienes que volver a la Comisión Europea a ejercer tu puesto de Director. Tienes que estar preparado desde el punto de vista legal, diplomático, tecnológico y… táctico.
- ¿Táctico?
- ¿Alguna vez has disparado un arma?
- Rifles de aire.
- Pues habrá que prepararte para que puedas defenderte. La pistola que portas es un arma formidable si sabes utilizarla apropiadamente.
- Pero, Madeleine, ¿cuál es el objetivo final?
- Nuestro objetivo a la mano es evitar que el Círculo de Delphos se haga con el poder en la Comisión Europea. Tenemos otros equipos trabajando en otros frentes: la ONU, la Unión Europea, los Estados Unidos, radicales religiosos, Hollywood…
- ¿Hollywood?
- Hay muchas formas de controlar el poder, Antoine. Supongo que alguna vez lo habrás pensado.
- Sí. Pero nunca he sido fan de las teorías de conspiración.
- En efecto, la gran mayoría son un absurdo engaño. Pero hay grupos (el Círculo de Delphos es sólo uno de ellos) que están más que encantados de obtener poder de donde pueden. Ellos dicen que quieren tener este poder para, en última instancia, ayudar a la humanidad. El problema es que los medios que utilizan para alcanzarlo no son de todo razonables. Creen que la pérdida de pocos justifica el bien de muchos o, en otras palabras, que el fin justifica los medios.
- Como que he escuchado eso alguna vez.
- Estoy segura de que sí.
- Y nosotros, ¿Madeleine?
- Nosotros hacemos lo que podemos para ayudar, pero creemos que la libertad es la clave del desarrollo. Y no vamos a permitir que un grupo de aristócratas que creen tener derecho divino al poder controlen y aplasten la libertad de las personas. Ellos quieren tener esclavos contentos. Nosotros, personas libres.

Tan concentrado estaba en la explicación de Madeleine que apenas

sentí llegar a la azafata que nos ofreció bebidas. ¿Vino, whiskey, refresco, agua? Vino, gracias.

El jet se encontraba ya estable y a altura adecuada. Madeleine se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó. La miré solicitando instrucciones.

- Antoine, voy a cabina a revisar algunos temas con Benoit. Descansa, por favor. Tienes en tu silla una computadora con internet satelital. Siéntete libre de usarla pero, por favor, no contactes con nadie ni ingreses a tus cuentas de correo. Seguramente están rastreadas.

Asentí y Madeleine se retiró. Al pasar junto a mí se detuvo, posó su mano sobre la mía y me miró a los ojos, escudriñándome. Mi respiración se cortó por varios segundos. Luego se fue.

Volví a ver la ventana. El cielo comenzaba a oscurecerse y el sol se asomaba aún tras algunas montañas.

En efecto, en el brazo derecho de mi asiento había una puertecilla que, al abrirse, dejaba al descubierto una pequeña computadora.

La tomé sin saber por qué o para qué. Ingresé a la página del buscador y escribí: "Delphos". Un montón de páginas de distintas empresas apareció. Fui más concreto: "Oráculo de Delfos". Y encontré la consabida página de la enciclopedia:

"…El ***oráculo de Delfos*** *fue un gran recinto sagrado dedicado principalmente al dios Apolo que tenía en el centro su gran templo, al que acudían los griegos para preguntar a los dioses sobre cuestiones inquietantes. Situado en Grecia, en el emplazamiento de lo que fue la antigua ciudad de Delfos, al pie del monte Parnaso…"*

No había mucho que pudiera extraer de esa página, más que la noción de que a este lugar acudían hombres y reyes a preguntar a los sabios sobre la voluntad divina. Quizá el Círculo de Delphos hacía referencia a este grupo de sabios que resguardaban la sabiduría eterna.

Busqué más. "Círculo de Delphos" o "Circle of Delphos". Nada en los buscadores. ¿Tendría un grupo como este una página de internet? ¡Por supuesto que no! Seguramente todo era secreto. Pero, ante la falta de algo mejor que hacer, busqué distintas formas de escribirlo. CirculoDelfos.com, CírculodeDelphos.com hasta que…

Oh, Dios.

En efecto, la página *www.CircleOfDelphos.com* existe, y su sola visión me sobrecogió de forma que, lo que hasta ahora había sido nada más que historias o susurros, se convertía en una realidad palpable.

Si hubiera visto esa página antes, no me hubiera llamado la atención en absoluto. "Círculo de Delfos" escrito en cuatro idiomas –griego, inglés, español y francés-, un globo terráqueo girando y, abajo, una frase en latín: *"In Meliorem Mundum"*. Traductor soy, así que algo de latín entiendo. "*Por un mundo mejor*". Una vez más, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y tensó mis dedos. La página no decía nada y, sin embargo, lo decía todo.

Abajo, una caja de texto para ingresar. Obviamente sólo podrían acceder aquellos que tuvieran su contraseña. Ni siquiera lo intenté.

¿Así era como este grupo secreto se escondía? ¡Absurdo! Sin embargo comprendí pronto que las cosas más grandes siempre han de esconderse a plena vista. En efecto, la página bien podía parecer de una empresa de bienes raíces o de comercio internacional. ¿Quién sospecharía de algo que está allí, a la vista de todo el mundo?

Volteé a la ventanilla una vez más, con la esperanza de ver las nubes o más montañas. Pero lo que vi fue solamente oscuridad. La noche había caído. Quizá media hora había pasado ya y Madeleine no regresaba aún.

Al no ver a nadie cerca, y sintiendo la urgencia de mis más humanas necesidades, me levanté de mi asiento para buscar el sanitario.

Vi que había uno en la parte trasera del jet, así que hacia allá me dirigí. Entré al baño y me miré al espejo. En verdad, qué diferente era el Antoine de hoy al Antoine de ayer.

Sin avisar, una fuerte turbulencia sacudió de pronto a toda la nave y yo caí al suelo.

Dos disparos se escucharon en cabina y, una vez más, una turbulencia sacudió todo. Me moví para sentarme en la orilla del diminuto cuarto de baño.

"¡ANTOINE!" Escuché que gritaron desde cabina. ¿Qué se supone que

yo hiciera? ¿Qué es lo que pasaba? Me escondí lo mejor que pude. Otro disparo se escuchó con claridad.

Luego, silencio.

Estaba sentado allí, totalmente indefenso. ¿O no? Quizá podría atacar al hombre a golpes, o golpearlo con algo que estuviera a mi alcance.

La perilla de la puerta se movió. Había alguien allí afuera. Tragué saliva, me puse de pie y levanté el rostro, esperando a mi atacante.

- ¿Antoine?

Era la voz de Benoit.

- Aquí estoy.
- Abre la puerta.

Así lo hice.

- Antoine, gracias a Dios que estás bien. Un milagro que estuvieras en el baño. Sal, que ya no hay peligro.

Di un paso fuera del baño y me enfrenté, una vez más, al hastío súbito que, ante la presencia de la muerte, sienten los inocentes.

Había un hombre allí tirado, en un baño de sangre, en medio de los asientos. Justamente a un lado de donde yo, apenas hace un minuto, me encontraba sentado.

Benoit me miró con tranquilidad. Se ve que estaba acostumbrado al peligro. Habló una vez más.

- Antoine. ¿Sabes usar paracaídas?
- Ehmm… no.
- Pues vas a aprender. ¡Alphonse! –gritó a quien se hallaba en cabina- ¡Desciende a 8,000 pies y prepárate para despresurizar la cabina trasera!

"¡*Oui*!" Respondieron desde cabina y el avión comenzó a descender. De una puerta que allí se hallaba, Benoit sacó dos mochilas que me parecieron inmensas. Mi clase de paracaidismo duró exactamente treinta segundos. – Ponte esto, abre aquí, jala aquello…

Me instaló el casco que cubría por completo la cabeza, tras ofrecerme

unos protectores para los oídos.

Entramos a una puertilla bajo nuestros pies y bajamos por una escalera vertical. Benoit cerró la puerta sobre nuestras cabezas con una gran palanca. Lo que sucedió después me llenó de horror.

Benoit, ya con su paracaídas puesto, su casco y sus lentes, presionó un botón. Ante nosotros, una de las paredes del avión comenzó a descender, abriéndose como una rampa por la parte trasera de la nave. El ruido y el viento golpearon de forma indescriptible. La despresurización de la cabina trasera ejerció una presión arrolladora sobre todo mi cuerpo y supongo que, si no tuviera casco y protector de oídos y ojos, hubiera muerto en el instante.

Cuando la puerta estuvo abierta, Benoit habló. Lo escuché perfectamente en una bocina dentro de mi casco.

- Primero tú. Detrás iré yo y te alcanzaré. Haremos esto juntos.

Me preparé para lanzarme. Tomé con mis ambas manos las orillas de la puerta, aterrado ante lo inevitable.

- ¿Listo? – Preguntó Benoit.
- ¡Listo!

Pero algo faltaba. O mejor dicho, *alguien.*

- ¿Dónde está Madeleine? – Pregunté-.
- Lo siento, Antoine, Madeleine está muerta.

Luego me dio una palmada, que también fue un impulso. Me sentí caer en el abismo de la nada, acelerando, confundido y triste.

1. LA GUARIDA

La sensación de caer al vacío es increíble. Nunca lo había sentido. El movimiento violento en el estómago, la pérdida de relaciones espaciales y el disparo de adrenalina generan una percepción embriagante. No sé qué tan alto estaba o cuánto tiempo tendría de caída. Sabía que Benoit vendría por mí. Estaba todo oscuro así que no había mucho que ver. En una muestra de imprudencia hedonista, cerré los ojos para disfrutar de la sensación que me llenó por completo. Me sentí, a pesar de estar cayendo, cerca del cielo y elevé una oración breve por Madeleine. Otra por mi querida Florence. Ni siquiera tuvieron palabras.

Por breves instantes sentí la culpa de haber pensado primero en Madeleine y luego en Florence. Como sea, si Dios existe, estoy seguro de que escuchó.

Pocos segundos después sentí que alguien tomó mi brazo violentamente. Era Benoit. Me habló (lo podía escuchar claramente gracias al comunicador en mi casco) para decirme que, cuando él contara hasta tres, tenía que jalar la tira roja que ya me había mostrado antes. Asentí con la cabeza. Luego se separó de mí varios metros hasta que no lo vi más.

Todavía caímos libremente por varios segundos. La experiencia me

estaba pareciendo, a la vez, velocísima y eterna. Pronto escuché la voz clara de mi guía. “Uno, dos, ¡tres!” y jalé tan fuerte como pude de la palanca. Sentí moverse mi mochila tras de mí y, luego, el golpe de aire que detuvo mi caída libre. Ahora flotaba plácidamente sobre el oscuro absoluto de los campos franceses. *¿Cómo diablos sabe Benoit cuánto nos falta para llegar al suelo?*

Seguí escuchando la voz en el casco. “Bien, Antoine, estoy justo arriba de ti. Voy a bajar más para que puedas verme. Mi casco tiene detrás una luz parpadeante, roja. Cuando veas la luz enfrente de ti, confírmame”. En pocos segundos vi la luz moverse hasta estar frente a mí y di la voz afirmativa en el comunicador.

“A cada lado de tu paracaídas hay una agarradera negra. Te servirán para dirigir tu paracaídas. Necesito que me sigas para llegar a un lugar seguro”. Tomé con mis manos las agarraderas, una a cada lado. Parecía la cosa más sencilla. Di un jalón del lado derecho esperando sentir movimiento, pero no pasó nada. “No pasa nada” –dije, y me respondió inmediatamente- “hazlo con mucho más fuerza. ¡Dobla a la derecha, ahora!”. Hice un segundo intento con mayor empeño y, de forma violenta y espectacular, mi nave flotante viró hacia mi diestra. *Puedo hacer esto*.

Benoit se mantuvo frente a mí y le seguí silenciosamente, tratando de disfrutar de la sensación que la presión del viento ejercía sobre todo mi cuerpo. Era maravilloso.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de Benoit. “Ya vamos a llegar, prepárate”.

¿Prepárate? ¿Qué significa eso? No tengo ni idea.

“Vamos a llegar. Cuando te diga, jala hacia abajo las manillas, y prepárate para tocar suelo. Vamos a aterrizar en un campo abierto”.

Contesté.

- ¡Pero no veo nada!
- ¡Por Dios, Antoine, lo olvidé. Tu casco tiene a un lado del visor, por la derecha, un botón. Búscalo con tu mano y presiónalo.

Lo busqué y encontré en apenas un instante. Al presionarlo, descubrí de todo lo que me había perdido hasta el momento. Mi visión cambió de un negro absoluto a un verde brillante. ¡El casco estaba integrado

con un sistema de visión nocturna! Maravilloso. Vi de pronto a Antoine flotando debajo de mí. Unos segundos después, copas de algunos árboles.

"¿Ves algo ahora, Antoine?" - ¡Sí! – "Pues prepárate. Cuando te diga, jala las manillas".

Vi aproximarse la tierra y otras cosas aparecieron ante mí. Más árboles y el suelo, peligrosamente cerca. Tuve el impulso de jalar las manillas pero esperé hasta…

"¡Ahora, ahora!"

Jalé, pues, con todas mis fuerzas y el paracaídas desaceleró e hizo un movimiento horizontal. El suelo estaba a muy pocos metros y me preparé para pisar.

¡El aterrizaje fue perfecto! Increíble. No podía creerlo; fue maravilloso. No podía estar más emocionado. Seguro podría contarle de esto a Florence cuando la viera una vez más (¿cuándo?). ¡Bah! Le contaría a mis hijos y a mis nietos. Y a sus amigos. Esto del paracaidismo era lo mío.

Pronto volví a la realidad cuando una ráfaga de viento levantó el paracaídas tras de mí y me arrastró por varios metros. Me lastimé por todos lados. Pude escuchar la voz de Benoit en mi casco, riéndose a mandíbula batiente de mi situación. Pasé del orgullo a la vergüenza en pocos segundos.

Me detuve y puse en pie, con trabajos. Llegó corriendo Benoit para desatarme del paracaídas.

Me ayudó a quitar el casco tras quitárselo él mismo. Me tomó de los hombros y me miró con una inmensa sonrisa contenida. Luego dijo: "Tienes madera, muchacho". Y nada más.

"¿Qué sigue ahora?" Pregunté. Me dijo: "Ahora, esperamos". Y se fue a sentar en una roca cercana.

Me senté a su lado. "¿Qué pasará con Madeleine… y con el avión?" – "Alphonse va a llevarlo a un hangar seguro. Madeleine será enterrada en Irlanda, con su familia. Manejaremos el asunto con discreción."

Asentí en silencio. No sabía de qué hablar con un hombre de su

estatura social y moral. Gracias a Dios, el silencio incómodo no duró mucho tiempo.

Un helicóptero aterrizó en el campo, anticipado por su propio estruendo. Polvo y paja volaron por todas partes. Benoit dijo “vamos”. Y fuimos.

Nos subimos al helicóptero, callados, agotados. Nos elevamos y, a los pocos minutos, volvimos a descender, una vez más, en medio de un campo.

Me bajé del aparato y vi a mi alrededor. En la noche, apenas pude distinguir, recortadas contra el cielo nocturno, las copas de los árboles que nos circundaban.

Benoit me tocó el hombro y dijo. "Muchacho, estás viendo hacia el lado equivocado".

Me giré al tiempo que el helicóptero se elevaba. Tras de éste, la vista del *château* que, supuse, era el que Madeleine había mencionado.

“Château La Motte –explicó Benoit- uno de mis lugares favoritos en el mundo entero".

Y pude comprender por qué. Aparentemente habíamos descendido en el campo trasero del *château.* Frente a nosotros, un pequeño lago que reflejaba las luces del edificio. Y allí, a pocos metros, la imponente construcción, al más puro estilo francés. Había recorrido en mi infancia algunos de los *châteaux* en la zona de la Loire –Chambord, Cheverny, Chinon, Orleans, Valençay- y reconocía el estilo, muy del siglo dieciséis. Los torreones rematados en forma cónica, las pequeñas chimeneas brotando por todas partes, los terminados en ladrillo crudo y las ventanas sencillas y rectangulares.

La existencia de estos lugares en el mundo moderno era un hecho siempre magnífico y ¿he de decirlo? -Mágico.

Comenzamos a caminar –no sin algunos dolores que comencé a descubrirme por todo el cuerpo- y dimos vuelta al pequeño lago. Por fin nos encontramos en la entrada principal del castillo, en una glorieta pequeña y cercados por cuatro torres secundarias, redondas con cúpula gris. El cubo principal de la casa frente a nosotros, con tres partes engalanadas con remates en punta. La belleza me sobrecogió de forma inmediata. Ladrillo de color bermellón gastado de piso a techo.

Una verdadera belleza.

Para mi sorpresa, Benoit se tomó también algunos segundos para admirar su propio edificio. “Nunca dejes de admirarte, Antoine, aunque creas que lo has visto todo. La capacidad de admiración nos impulsa a valorar las cosas por lo que son, al gozo y a la compasión”.

Sopesé las palabras brevemente.

Luego cerró la idea: “Bienvenido a mi guarida”, antes de caminar hasta la puerta principal.

Nos recibió un equipo completo. Un hombre elegantemente vestido (supuse que sería el mayordomo) y toda una cohorte de mozos –todos varones-. Benoit habló con su habitual autoridad.

- François, lleva a Antoine a sus habitaciones. Que cene, se bañe y descanse. Mañana tenemos trabajo que hacer. Antoine: te dejo por el momento. Descansa. Lo vas a necesitar.

Asentí en silencio. François me guió a través de las impresionantes escaleras centrales, en medio de cuadros, esculturas y columnas de un lujo más allá de lo que jamás imaginé que pudiera existir. ¿Era eso un Monet? No pude decidir, porque pronto se vio obstruida mi visión con otra columna. Llegamos al piso superior y, muy pronto, tras atravesar un par de largos pasillos suavemente iluminados, a lo que sería mi habitación.

Entramos. El tamaño era más bien discreto. La cama parecía cómoda y, frente a ella, ya se encontraba preparada una mesa con comida. Me di cuenta que, desde la mañana en el hotel de Bruselas, no había comido absolutamente nada.

Miré a François. Él se limitó a contestar. “Buenas noches”.

Cerró la puerta y salió. Yo no sabía qué hacer primero: si saltar a la cama, devorar la cena o meterme a la regadera –las tres cosas sonaban maravillosamente bien-. Me avergüenza decir que, perdiendo toda noción del decoro, tomé una hogaza de pan, dos quesos y tres platos de carnes frías y me recosté en la cama para devorar sin pena ni elegancia todo lo que pude en pocos minutos.

Una vez que mi opíparo banquete terminó, me levanté y caminé en el pequeño cuarto. Cuadros de reyes franceses –y de sus esposas-

adornaban las paredes, recubiertas de tapicería color vino tinto.

Me asomé al baño que –bendición de los dioses- contaba con una inmensa bañera con patas que asemejaban las de un león. Abrí la llave, llené la tina, me despojé de mis ropas y me sumergí en la deliciosa y burbujeante tibieza del agua.

Quise meditar mis opciones y hacer algunos planes, pero ninguna cabeza funciona en este estado de sopor placentero. A punto estuve de quedarme dormido por completo. Pero decidí salir, enfundarme la pijama (que hallé primorosamente doblada en una silla en el cuarto de baño) y regresé a acostarme en la cama, tras arrojar al suelo, con un violento movimiento de mano, las miles de migajas que la cubrían.

Apenas me metí bajo las sábanas y cerré los ojos, cuando caí en un sueño profundo, sin sueños, como la muerte.

***

Abrí los ojos bajo la luz del sol que entró por la ventana. Me quedé un buen rato allí, sin moverme, deseando que no pasara nada, que no me levantaran. Pero así no es la vida.

Tres golpecitos a la puerta precedieron la entrada de François, que empujaba un carrito con lo que, supuse, era el desayuno. Me dio los buenos días con mucha seriedad y, como si anunciara cualquier cosa, me dijo:

- En media hora lo espera *Monsieur* Benoit en el salón Luis XIV, para empezar su entrenamiento.

Y salió, cerrando tras de sí la puerta.

JAQUE

Me levanté, pues, en contra de mi voluntad. Encontré más ropa dispuesta en el clóset, que me venía a la perfección. ¡Ha!

Me asomé a la ventana. La vista era estupenda. Bajo mis ojos, el pequeño estanque con un par de cisnes flotando con placidez. Más allá, el campo en el que ayer aterrizamos, que parecía perderse entre miles de árboles desorganizados.

Levanté la tapa cóncava que cubría mi desayuno. Esperaba, como la noche anterior, un espléndido banquete de carnes y viandas de lujo. Me encontré con un par de *croissants* medianos, mantequilla, un jugo de naranja y una jarra pequeña con café. No mucho. Me había ya acostumbrado a los desayunos británicos, mucho más pesados: salchichas, tocino, frijoles, huevo, pan con mermelada y café sin leche.

Ni siquiera me senté. Engullí ambos *croissants* y el jugo de un golpe. Encontré el café demasiado caliente y lo dejé para luego.

Me vestí con caquis, una camisa blanca de botones y unas cómodas botas cafés y salí en busca del salón Luis XIV, para iniciar- como dijo François, *mi entrenamiento.*

¿En qué consistiría el entrenamiento? La emoción y la duda se mezclaron para formar un impulso inmediato que sentí en la boca del estómago. No quedaba duda de que me prepararían para pelear y

disparar. ¿Quizá técnicas de espionaje? Pasé frente a un espejo antiguo, en un pasillo, y vi mi reflejo. Cerré un poco los ojos, me volteé de perfil y sonreí.

Llegué al vestíbulo principal después de un par de vueltas en falso. Allí me esperaba François, quien me dio los buenos días una vez más y me señaló con su mano el camino que habría de seguir.

Le seguí, pues, y me dirigió hasta el mencionado salón. En medio del mismo, una mesa y dos sillas. En una de las sillas se encontraba Benoit, quien sin voltear a verme me indicó con su mano que me sentara en la silla frente a él.

Me senté y Benoit me miró a los ojos, sonriendo. No me preguntó cómo había dormido, ni si me había gustado el desayuno. Me preguntó si sabía jugar ajedrez.

"Sí", contesté medio dudando. Claro, sabía jugar, en teoría, ajedrez. Sabía los movimientos y un par de jugadas con las que habitualmente vencía a mi madre o a alguno de mis amigos. Pero más allá de eso, no estaba seguro de hasta dónde llegaba mi real capacidad.

Benoit me hizo otra pregunta, a la vez que señalaba con su mirada algunas armas dispuestas en la pared del fondo "¿Te gustaría aprender a utilizar una *katana* samurai?".

¡Que si me gustaría! Contesté afirmativamente con un corto monosílabo, tratando de ocultar mi emoción enteramente pueril.

- Muy bien –prosiguió Benoit-, podrás aprender cuando me venzas en un partido de ajedrez cronometrado. Tienes un minuto para hacer cada movimiento. Aquí está el cronómetro. ¿Están claras las reglas?
- Ehmmm…. Supongo.
- Pues adelante.

Frente a mí se encontraban las piezas blancas, lo que significa que yo debía de empezar.

Moví adelanté el sexto alfil dos lugares, tratando de parecer seguro, aunque sin planear adecuadamente. Él adelantó su alfil frente al rey, un solo lugar. Decidí mandar otro alfil de apoyo y lo acompañé con el séptimo.

Entre movimiento y movimiento golpeábamos el cronómetro. Mis dos primeros movimientos fueron rápidos y seguros. Estaba tranquilo y transmitiendo liderazgo, conocimiento y paz. *Quizá pueda hacer esto; al fin y al cabo he jugado antes.* El ajedrez es un juego de estrategia y previsión. Hay que prever lo que hará el adversario dos o tres movimientos antes de que suceda. Todo iba viento en popa en mi cabeza, hasta que Benoit me interrumpió.

- Jaque mate.
- ¿Perdón?
- Jaque mate. *Le roi est mort, mon ami.*

Volví a ver el tablero. La reina de Benoit estaba a un lado de mis peones, a la orilla del tablero, y con entrada franca e inevitable para dar muerte a mi rey.

- Te vencí en cuatro movimientos, Benoit, en un mate que, realmente, sólo se logra con principiantes. Así que toma este libro. Mañana jugaremos otra vez.
- ¿Mañana?
- Mañana. Hoy no habrá *katanas*, pero hay mucho más que hacer. Por lo pronto toma este libro y estúdialo para mañana.

Me entregó un tomo de nombre *Analyse du jeu des d'échecs* de Philodor y se levantó. “Vamos al jardín” dijo, y salió.
Tras un breve tartamudeo mental, me levanté también y salí tras de él.

Por la puerta principal alcanzamos la salida. Caminamos un poco más y llegamos a la reja que separaba los terrenos del *château* del resto de Château-Renard. Me alcanzó un billete de cinco euros y dijo:

“Necesito que vayas a *Le Blé d´Or* en la *Rue Paul Doumer*. Habla con Jacques y pídele un gordo. Él sabrá qué hacer. Vuelve aquí antes de 20 minutos y quizá te enseñe a disparar armas”

Tomé el billete y miré a Benoit a la cara, sin decir nada. Cuando sentí que ya no habría más instrucciones, salí a la calle y, antes de echar a correr, volteé para preguntar.

- ¿Izquierda o derecha?
- 20 minutos.

Y cerró la reja.

A los pocos minutos agradecí haber escogido *derecha*. Pronto llegué a un cruce donde encontré una pequeña tienda en donde pude preguntar por *Le Blé d´Or*. Un amable hombre de bigote amplio me indicó que siguiera por esta calle y luego doblara a la derecha en la avenida, donde estaba la plazoleta con la fuente. Sin poner atención a nada ni nadie más, seguí corriendo.

Seguí mis instrucciones y, apenas en siete minutos, me encontraba ante la puerta de una especie de hostería que anunciaba crepas y pizzas. Pared blanca con vigas de madera que formaban patrones triangulares, lo que confirmaba que me encontraba frente a un edificio viejo, quizá de siglos. Toqué la puerta y salió a recibirme una mujer rotunda y amable, cuya rubicundez me hizo recordar a mi propia abuela.

Pregunté por Jacques, que salió al instante (hombre mayor y delgado, pelo blanco y mejillas curtidas). Dije que venía de parte del Sr. Rossineaux, y que requería un gordo.

Entregué el billete.

Con una sonrisa fue y regresó del cuarto contiguo, con una bolsa de papel, cerrada, que me entregó. Luego me dio las gracias y salí.

Llevaba once minutos y tenía que correr de vuelta, a pesar de que no me quedaba mucho aliento. Troté más que corrí y, exactamente a los dieciocho minutos, alcancé la reja del *château,* en donde ya me esperaba Benoit.

- ¿Traes el gordo?
- Aquí está.
- Gracias.

Abrió la bolsa y de ella extrajo una pieza redonda de pan de hojaldre. Alguna especie de bollo, que acercó a su nariz para oler mejor.

- ¡Ah! En verdad adoro esta pieza de pan. Cada vez que vengo al *château* procuro aprovechar. En fin. Hiciste bien, encontraste el lugar y volviste aún antes de que se acabara tu tiempo. Ahora vamos de vuelta al salón.

Un pedazo de pan. No dije nada en el momento, pero ciertamente me sentí utilizado. Luego supuse que era parte del entrenamiento la resistencia y velocidad.

Entramos de nuevo al edificio y al salón. No fuimos a la mesa de ajedrez, sino derecho hacia las *katanas*. ¿Empezaría ya mi entrenamiento?

Mi emoción se esfumó pronto, cuando Benoit abrió una puerta pequeña que se encontraba en esa pared. Entramos a un cuarto por completo oscuro. Se prendió la luz y vi una pantalla que ocupaba una de las paredes. Frente a la pantalla, una pequeña silla.

Toma asiento, Antoine.

Así lo hice. Al instante, en la pantalla aparecieron docenas de fotografías, retratos, de todo tipo de personas. Mujeres, hombres, niños. ¡Incluso un par de perros!
Me di cuenta que había otras fotografías: letreros con nombre de calles y fachadas de todo tipo de negocios.

Volteé a ver a Benoit. Me dijo:

- No es suficiente alcanzar el objetivo inmediato. El tiempo se pierde si no aprendes en el proceso. Lección número dos, Antoine. Te quedarás en este cuarto hasta que señales correctamente diez personas, dos animales, cinco letreros y cinco negocios con los que te hayas cruzado en tu camino a la hostería. Cuando hayas acabado podrás tomar agua o comer. Cada error reduce tu ración para la cena. Equivócate veinte veces y te quedarás con hambre. Bienvenido a la habitación de la memoria.

Me quedé boquiabierto cuando Benoit salió y cerró la puerta. Quedé sólo en el cuarto, con sólo una silla y una pantalla gigante frente a mí.

¡Genial! No tengo ni idea por dónde empezar. Me ha tomado otra vez desprevenido. No era una prueba de velocidad o de tiempo, sino de atención. Decidí acercar mi mano a la pantalla que, como supuse, era de sistema táctil.

Abajo, en la pantalla, había cuadros vacíos con títulos: *personas, animales, negocios, letreros*. Aparentemente tenía que arrastrar las fotografías a sus lugares correspondientes.

No puede ser tan difícil.

Empecé por buscar una persona de la que sí me acordaba: el hombre de bigotes grandes que me dio la dirección. Después de pasar dos o tres páginas, lo encontré y lo acomodé en el lugar correcto. También el hostelero y su mujer aparecieron pronto. ¡Bien! Ahora los negocios seguros: el *Ble d´Or* apareció… y una oficina de seguros que estaba justo a un lado.

Hasta allí todo bien, pero más allá me encontraba totalmente a ciegas.

Moví una joven de azul que creí que había visto. Pero en el momento en que coloqué la fotografía en su lugar, un gigante letrero apareció tapando toda la pantalla.

ERROR
LA MÚSICA SUBIRÁ
DE VOLUMEN
CON CADA ERROR

¿Música? ¿Cuál música?

Pronto mi duda se disipó. Una especie de música ruidosa, quizá rock pesado, empezó a escucharse en el cuarto, con volumen bajísimo.

Pero con cada error, el volumen subiría, creando una distracción, distorsionando mis ideas, aumentando mi frustración.

Cuando recuerdo este momento me es difícil recordar si pasé una hora o diez horas allí. Al cabo de un rato había logrado colocar correctamente a dos perros, cinco negocios, seis personas y cuatro letreros. Pero la cantidad de errores que había cometido en el ínter habían convertido el susurro musical en un horroroso estruendo. Estaba tratando de buscar las respuestas con las manos en las orejas, desesperado hasta las lágrimas.

De pronto y sin previo aviso, las luces se prendieron, la música se apagó y quedó solamente un zumbido en mis oídos y un infame dolor de cabeza. Había fallado.

François abrió la puerta, me miró con lástima y me dijo: “tu tiempo se acabó por hoy, muchacho”.

Salí del cuarto aturdido por completo. François me dijo que Benoit

había salido. Que podía quedarme en el castillo o salir al pueblo. El entrenamiento continuaría hasta mañana.

Me dio un billete de diez euros y me dijo que me consiguiera algo para comer. Benoit había dado orden de no prepararme ninguna comida en el castillo, como me había anunciado en razón de mis errores.

Esa tarde salí al pueblo a buscar comida, pero tuve el cuidado de poner atención a las personas, lugares, letreros, animales… y a muchas cosas más. Por la mañana, corriendo, no pude disfrutar del maravilloso lugar que era este discreto pueblo en la campiña francesa. Pero ahora lo veía con otros ojos.

En mi primer día de entrenamiento había fallado en las dos pruebas importantes. Hice el ridículo en el ajedrez y no vencí la prueba de la atención.

Pero mañana sería diferente. Encontré una tienda de conveniencia, compré un juego de ajedrez de mala calidad y algo de comer. Luego me senté en una banca de la plaza a estudiar mi libro de ajedrez y a mover las fichas de un lado a otro.

A los pocos minutos, un lugareño de edad avanzada se sentó junto a mí y preguntó si podía jugar ajedrez conmigo. Le dije que no sabía, que estaba aprendiendo. Me contestó que él sí sabía y estaba feliz de enseñarme. Me había conseguido un maestro, de nombre Jean Paul.

La tarde continuó de manera pacífica y, al cabo de tres horas, con el sol ya escondido, había aprendido tres o cuatro trucos interesantes y muchas ideas en torno a este juego. Di las gracias a Jean Paul y prometí verlo mañana a la misma hora para seguir con las clases, si mis obligaciones me lo permitían. Volví al *château* con una sonrisa de oreja a oreja. Con hambre, sí, pero ya sin dolor de cabeza.

En la puerta me esperaba ya François (*¿cómo sabía en qué momento llegaría yo?*), Me sonrió y me dirigió a mi habitación. Me dijo que me despertaría mañana a tiempo para el entrenamiento y salió con el mismo elegante porte que lo caracterizaba.

Los siguientes tres días hubo de todo. Cada mañana comenzaba con la promesa de la *katana* y la vergüenza en ajedrez. Benoit y yo nos hicimos buenos amigos, creo. Insistía en la importancia de ser, a la vez, un guerrero y un diplomático. “Son las únicas dos formas de

triunfar en la guerra".

No sólo leí sobre ajedrez en esos días. Devoré a Aristóteles y Platón para luego contrastar con Maquiavelo y Sun Tzu, acompañados del *croissant* matutino. Aprendí a disparar armas cortas y largas (y a usar tenedores grandes y pequeños). Me enseñaron lo esencial en esgrima, la equitación y el vals. Por la tarde me permitían ir al pueblo, en donde me encontraba con Jean Paul para continuar mis clases de ajedrez.

Para el cuarto día podía mantener un juego serio de ajedrez con Benoit y, aún sin ganar, mantener la dignidad. Había aprendido más de historia, guerra y política que lo que había aprendido de primaria a universidad.

Conocí y entendí las maneras y estrategias del Círculo de Delphos y me prepararon a conciencia para parecer, actuar y pensar como el mismísimo Michel Rossineaux.

No fue hasta la cuarta oportunidad en la temible habitación de la memoria que pude vencer el reto. El primer día eran rostros del pueblo los que tuve que recordar; al día siguiente, la servidumbre del château. Cada día el reto era diferente. Aprendí a fuerza de hambre y distracción a pensar con claridad *a pesar* de las presiones y a estar siempre atento.

El quinto día, sin embargo, comenzó de forma distinta. Abrí los ojos cuando me sentí invadido por la luz de la mañana. *Hoy no me ha despertado François.* No me importó. Me levanté de la cama, como todos los días, aunque no tenía un desayuno magnífico frente a mí, sino el espacio vacío en donde tendría que estar el carrito.

Me bañe, me vestí y salí a buscar a François o a Benoit. Ayer había aprendido un par de nuevos movimientos de ajedrez. Quizá hoy era el esperado día en que aprendería a pelear con *katanas.*

Llegué al vestíbulo central, pero no encontré a nadie. Fui al salón Luis XIV. Nadie. Al jardín y a la cocina; a todos lados.

Nadie.

Una más de las pruebas. Decidí ir a la mesa de ajedrez a esperar instrucciones.

Al llegar allí, sobre el tablero dispuesto para un nuevo juego, una pequeña nota, escrita en letras de tinta púrpura.

“Le Blé d´Or”.

¡Ajá! Benoit me tenía preparada una nueva trampa. Corrí hasta la hostería, poniendo especial atención en todas las personas, lugares, perros y letreros. Puse atención en el piso, en el clima, en la distancia. Incluso conté el número de pasos. *¿Cuál será esta vez el reto?*

Llegué a mi destino y toqué la puerta, sin aliento. Nadie contestó y nadie abrió la puerta. Toqué con más fuerza y, ante la violencia de mis golpes, la puerta cedió y se abrió con un chirrido.

Dudando, abrí la puerta por completo. No había nadie allí. Nada, más que un sonido de murmullo que venía de la cocina.

Me acerqué hasta aquel lugar, preparado para cualquier sorpresa que Benoit me hubiera tendido.

Pero para lo que vi, no estaba preparado.

Allí, al centro de la cocina, amarrada en una silla, con la boca cubierta y gimiendo de terror, estaba Florence.

VACÍO

¡Florence, por amor de Dios! Me acerqué inmediatamente a ella para desatarla, mientras millones de pensamientos confusos aguijonaban mi cabeza.

¿Cuánto habría sufrido desde entonces? ¿Qué es lo que le habían hecho esos depravados?

Pero justamente antes de alcanzarla, una gutural voz detrás de mí me detuvo.

“Yo no haría eso si fuera tú, Antoine”

Me detuve y quedé tieso, como una roca. Me erguí antes de voltear a enfrentar el rostro del misterioso visitante.

Tardé apenas unos segundos en reconocerlo. Era el hombre del hotel de Bruselas.

- Muy bien Antoine, has hecho bien tu trabajo. Todo pareció perdido cuando te eligieron como Presidente en la Comisión Europea. Pero las cosas mejoraron cuando nos trajiste directamente a la guarida de Benoit Rossineaux, nuestro muy querido amigo y expresidente.
- ¿B-B-Benoit fue presidente del C-C…
- Círculo de Delphos. Puedes decirlo; no está prohibido. Así es. Tu

querido protector fue alguna vez parte de nuestra noble asociación y se le recuerda como uno de sus grandes líderes. Pero decidió tomar otro camino. Dice que quiere cambiar el mundo, pero no está dispuesto a pagar el precio. Tú, entre tanto, nos trajiste directamente aquí. ¿Creíste que te teníamos descuidado? Hemos seguido cada uno de tus pasos gracias a un localizador que tienes implantado. No eres más que una pieza en el tablero, Antoine. No trates de convertirte en uno de los jugadores. Y ahora, la cobardía y la traición que cometiste al escapar de la Comisión en contra de nuestras específicas instrucciones, te tienen aquí, frente a tu novia amarrada y torturada; con tus amigos los Rossineaux descubiertos y Madeleine en la tumba. Espero que estés contento.

Pero aún no todo está perdido. Puedes, Antoine, salvar a Florence, rehacer los errores que has cometido y seguir adelante con tu vida miserable. ¡Vaya, hasta te pagaremos generosamente! De lo demás nos encargaremos nosotros.

Puedes, Antoine, recuperar tu vida. El precio a pagar es sumamente pequeño. La tarea que tienes que desarrollar es sumamente sencilla. ¿Me sigues?

- Te sigo.
- Mañana volveremos a Bruselas, a la Comisión. Recibieron tu mensaje de enfermedad y es por eso que decidimos esperar algunos días para regresar. Mañana te presentarás en la Comisión, entregarás tu renuncia y desaparecerás para siempre. ¿Está claro?
- Está claro. ¿Cuándo liberarán a Florence?
- En cuanto llegues a Argentina.
- ¿Qué tengo que hacer yo en Argentina?
- ¿No pensabas que, después de todo, podrías seguir viviendo en Europa, no? Habrá pasajes a Argentina para ti y tu novia. Nunca les volveremos a ver.

Debo de admitir que la perspectiva de desaparecer en Sudamérica para siempre no me pareció del todo terrible.

Pero ¿es que estaba por completo indefenso? Cuatro días de entrenamiento mental y físico no habían logrado un cambio en mí. Repasé algunas opciones en mi cabeza al tiempo que las deseché por ridículas. ¿Pelear contra este hombre? Seguramente habría más escondidos. ¿Decirle que estábamos rodeados? *Por Dios, Antoine, esto no es un capítulo del Tin Tin.* Tras unos breves segundos de meditación, decidí esperar. Poner mi mejor cara de ajedrecista y seguirle la

corriente. Había dos cosas que podía ganar y de eso estaba seguro: tiempo e información.

Este hombre parecía dispuesto a contestar mis preguntas. Veamos hasta dónde puedo llegar.

- ¿Qué ha pasado con Benoit y los otros?
- Muertos.

El infame contestó con una sonrisa burlona. Una punzada violenta se encajó en mi estómago, pero mantuve el rostro impávido.

- ¿Quién eres tú?

- Soy solamente un mensajero. Mi nombre es irrelevante. Pero me agradas y te lo diré. Todos me llaman Joy.

Unos segundos de denso silencio.

- ¿Desaparecer en Sudamérica es mi única opción?
- ¿Prefieres Asia o África? ¿Quizá Australia? Tal vez podamos arreglar algo.
- No. Me refiero a que si desaparecer es mi única opción.
- ¿Se te ocurre alguna otra?
- Tal vez pueda ayudar dentro del Círculo.
- Ja, ja, ja. No somos McDonald´s, muchacho, no tenemos puestos de trabajo disponibles… y menos para mequetrefes cobardes.
- Pero piénsalo, Joy, hay muchas cosas que sé de los Rossineaux, que podríamos utilizar.
- ¿Podríamos?
- Tienes razón, Joy, tienes razón. Benoit y sus amigos son todos unos ridículos y unos cobardes. Coincido contigo. Si quieres el poder, hay que tomarlo. Y si quieres hacer un cambio en el mundo, tienes que estar dispuesto a pagar el precio.

Joy me miró por unos momentos, tratando de sopesar mis palabras. ¿Era yo un converso y quería ser parte del Círculo de Delphos? ¿O estaba blofeando?

Yo sabía que él sospechaba que estaba diciendo mentiras. Pero en el ajedrez hay que pensar tres o cuatro movimientos más adelante.

Quizá si lograba ganar su confianza podía actuar después con mayor libertad. En cuanto pudiera, liberaría a Florence y nos iríamos a Argentina o a donde fuera.

Ante la duda que vi en sus ojos, seguí hablando.

- Vamos, Joy, sabes exactamente a qué me refiero. Ahora he visto lo que se puede hacer cuando se tienen los amigos adecuados. ¿Crees que puedo volver a mi vida de anonimato y mediocridad? Vamos, no me tomes por un don nadie.

Aún me miró sin contestar absolutamente nada. Luego miró al suelo y a la pistola que llevaba en la mano derecha.

- Quizá en el futuro haya algo para ti, Antoine, pero antes tienes que probar tu capacidad y tu lealtad al Círculo.
- Mañana mismo renuncio.
- O tal vez no renuncias, sino que llevas adelante los planes originales desde la Comisión.
- Puedo hacer eso.
- Pero no sin probar tu lealtad.
- Allí mismo la probaré.
- No. Hay algo antes.

Joy me entregó su arma, al tiempo que me decía:

- Este edificio está abarrotado de hombres nuestros, así que no intentes hacer una locura.
- ¿Quieres ver mi habilidad con la pistola? Tengo bastante buena mano.
- Me encantaría ver si puedes disparar con exactitud al blanco.
- Bah, claro que puedo.
- El blanco, por supuesto, está amarrado frente a ti.

Con sus ojos y una sonrisa distorsionada, me señaló a Florence.

¿Ese hombre pretendía que le disparara a Florence en la cabeza?

- Es la única forma de comprobar tu lealtad. Si quieres ser miembro del Círculo, aquí tienes tu oportunidad. Te entregaremos el mundo entero.

Tomé la pistola con las dos manos y apunté a Florence. Ella me miró suplicante, con lágrimas en los ojos. La mujer que amaba y con la que pretendía casarme estaba frente a mí, mientras yo presentaba la farsa de mi supuesta valentía.

Podía disparar sin matarla, desde luego, o fallar el tiro. Pero no serviría para nada. Podía girar rápidamente y disparar a Joy, pero entonces Florence y yo estaríamos muertos en cuestión de centésimas

de segundo.

No. Jugué mi blof y perdí. Sudando con profusión, bajé la mirada y la pistola.

Lo sabía, Antoine, eres un ratoncillo indefenso en medio de un laberinto que no conoces. Déjanos hacer el trabajo a nosotros. Anda, vamos y mañana estarás en Bruselas. Tras cumplir, esperamos, tu muy sencilla tarea, estarás libre y rumbo a la libertad.

- De acuerdo. Pero antes de irnos, ¿puedo platicar a solas con Florence?
- En tus sueños.

Una bolsa negra de tela pareció salir de la nada. Cubrieron la cabeza de Florence y la arrastraron hacia atrás. Florence cayó, con todo y silla, al suelo y quedó de espaldas a mí.

Me abalancé para ayudarla, inundado de ira. Otro hombre, detrás de mí, me tomó por los brazos y me impidió continuar. Seguí forcejeando hasta que ambos caímos también al suelo.

Así, acostado y adolorido, peleando con el hombre, entre gritos, ruido, presión y desesperación, recordé mi entrenamiento. Pon atención, Antoine. Graba los rostros, las voces, los datos. Graba las palabras. No pierdas detalle.

Todo pasó en un segundo. Vi la ropa de mis adversarios, sus zapatos, sus cortes de pelo.

Vi a Florence amarrada en su silla, con las manos detrás del respaldo y un trapo alrededor de sus muñecas.

Arrastraron a Florence a otro cuarto, entre gritos, que pronto fueron silenciados. Me puse de pie ya sin forcejear y miré a mi adversario a los ojos. Recuerda la forma de su nariz, el color de su piel…

De pronto, antes de que pudiera abrir la boca, una imagen clara me pasmó por completo. De entre todas las cosas que alcancé a ver en esos pocos segundos de pelea sin sentido, había algo que, simplemente no estaba bien.

O, por el contrario, estaba bien cuando debía de estar mal.

Entrecerré los ojos para recordar y estuve seguro. ¿Sería que me engañaba a mí mismo? No, estaba seguro. En la confusión no me di cuenta, pero ahora lo vi claro en mi memoria.

Vi la silla en el piso, Florence amarrada y, detrás del respaldo, sus manos. Y en sus manos todos los dedos… completos. Sonreí en medio de mi dolor. ¡Florence estaba bien! Estaba bien, por ahora.

No pude hacer ni decir nada más. Estaba por completo confundido. Se llevaron a Florence y quedé allí, atrapado una vez más en la telaraña, totalmente inútil e impotente.

Joy fue a la esquina del cuarto, abrió una maleta y sacó un objeto puntiagudo.

- Creo que esta parte ya la conoces, Antoine. ¿Algunas palabras antes de irte a dormir?
- Sí. Hay cosas, Joy, que yo no sé. Pero hay muchas cosas que tú no sabes…
- Tiemblo de miedo, Antoine. Hasta mañana.

Insertó la jeringa en mi brazo y presionó. Pronto mi vista perdió enfoque y me sentí débil y confundido. No supe más por el momento.

NO

Abrí los ojos en un ambiente conocido. Sobre mí flotaba mi reflejo, una vez más, vestido elegantemente. Corbata azul esta vez, impecable traje negro.

Me senté en la cama con un violento sobresalto. Me levanté y caminé por el cuarto en tanto que acababa de despertar. Había ya, en la pequeña mesita de la sala, un desayuno que consistía en fruta y una quiche de espinaca, jugo y café. Lo devoré en un instante. Me habían dormido ayer por la mañana y hacía casi 24 horas que no comía nada.

No entraron inmediatamente, pero sabía que me estaban observando, así que tomé algunos minutos, sentado frente a la ventana, para ordenar mis ideas y sopesar los nuevos pedazos de información que daban brincos en mi cabeza. A decir del enviado del Círculo de Delphos, Benoit y toda la servidumbre estaban muertos; Benoit había sido parte y presidente del Círculo –lo que explicaría su profundo conocimiento sobre sus objetivos y sus métodos- y yo estaría pronto en Argentina con Florence.

Florence que, por cierto, tenía todos los dedos de las manos. ¿De quién era el dedo que me habían mostrado? Me alegré de que Florence no hubiera sufrido ese trance y me regocijé levemente al pensar que quizá no la habían tratado tan mal, después de todo.

Sin embargo ¿qué tanto debía yo de confiar en lo que me decía Joy? La única seguridad que tenía era que hoy me enfrentaba a un reto, en apariencia, sencillo. Entrar, renunciar y salir como un hombre libre.

Por supuesto, podría intentar alguna otra cosa para impedir que el Círculo de Delphos se hiciera con el poder en la Comisión Europea, pero la cobardía es siempre más sencilla, porque es una derrota anticipada.

No era mi papel, ni mi misión, detener a grandes organizaciones criminales. ¿Quién era yo, después de todo? No era nadie. Caminaba por las calles sin ser reconocido, en total anonimato, y los disfrutaba plenamente. No pesaban sobre mí las expectativas de nadie más que las de mí mismo y, por Dios, era una absoluta delicia. No había derrotas ni faltas ni abucheos si mi único público era yo mismo.

Yo mismo.

Y, sin embargo, había dentro de mí una fuerza que bullía con feroz temperatura. No sé si he de llamarle ego o he de llamarle conciencia. Pero algo en mi pecho me gritaba que podía tomar el otro camino: el camino del héroe. Una apuesta absurda ante unas posibilidades nulas. Ser héroe era ser hombre muerto. Y, a fin de cuentas, héroe y mártir no son sinónimos.

Y aunque la conciencia o el ego son fuerzas prodigiosas, no hay mayor fuerza en la naturaleza humana que el instinto de conservación. Quería, ante todo, salir vivo de esta. Decidí obedecer a mis captores y no jugarme la existencia como mártir de una causa que realmente no conocía. ¿Quién era realmente Benoit, después de todo? ¿Un millonario excéntrico jugando al ajedrez con el mundo por tablero? ¡Y vaya si su jueguito le había costado caro!

No, no. Lo mío no es la grandeza, sino la permanencia. Tenía ante mí treinta o cincuenta años más de vida plácida y oscura. Volver a mi realidad cotidiana, sí señor. Desayunar sin voltear sobre mis hombros con miedo. Casarme con Florence, tener muchos hijos y morir viendo ante mí la campiña de mi querida Francia.

En esto estaba cuando entró Joy. Ni siquiera me dio los buenos días. Sólo dio la orden: “Vámonos”.

Obedecí tranquilamente. Bajamos las escaleras, nos subimos a la

limosina. Ya conocía el procedimiento.

Llegamos en minutos a la comisión y bajé del coche. Era inevitable la sensación de *déjà vu* al entrar una vez más al monstruo plateado, saludar a la recepcionista, pasar seguridad y dirigirse al cuarto de Conferencias.

Entré y ocupé mi lugar. Aún no llegaban los otros.

Miré el lugar vacío de la Delegada de Irlanda. ¿En dónde estaba ella ahora? Bajo tierra, también, como todos los que se oponían al Círculo de Delphos. No sería mi caso.

Fueron llegando los otros. Llegó Finn Sommer, el delegado alemán que, sabia, era parte del Círculo. Grecia y Finlandia a mi derecha e izquierda.

Un hombre de bigote rojo y anchos hombros llegó a ocupar el lugar de Madeleine. Era el Delegado sustituto, supuse sin saber cómo funcionaban estas cosas. Me vio y sonrió ampliamente. Tal vez no estaban seguros si estaba yo vivo o muerto. Al sentarse me miró a los ojos, con profundidad, e hizo un ademán con la cabeza, como indicándome que todo estaba bien.

Llegaron el resto de los delegados y luego la Presidente, que abrió la sesión.

- Buenos días a todos, estimados Delegados. Procederemos con nuestra sesión ordinaria estableciendo los puntos que han de tratarse en el transcurso de la misma. ¿Alguien tiene un tema que poner en la mesa?

Levanté la mano y sentí a docenas de pares de ojos sobre mí.

- Quiero presentar ante el pleno de la asamblea mi renuncia como Cabeza de la Dirección para la Acción Climática en la Comisión Europea.

La Presidente contestó.

- Extraña petición, *Monsieur* Rossineaux. Acaba usted de ser elegido hace apenas una semana. Escucharemos su petición. Sin embargo, las discusiones de carácter orgánico se realizan al final de la sesión ordinaria. Atenderemos primero otros

temas.

- De acuerdo.

Me senté y me sentí liberado de un peso prodigioso. Por fin estaba libre. Una hora o dos de aburridas discusiones y eso sería todo.

Libre.

- ¿Alguien más quiere presentar un tema a discusión? – preguntó la Presidente.
- ¡Yo! – dijo el Alemán.

Finn Sommer se levantó de su lugar y me miró a los ojos, amenazando burlonamente.

- Su señoría, quiero reponer la candidatura de Alemania para la Dirección de Acción Climática.
- Eso será hasta que se haya formalizado la renuncia de la actual cabeza. Puede tomar asiento.
- En tal caso, quiero presentar al pleno la propuesta de implantación del plan de desarrollo R-778, que ya se ha discutido con anterioridad.
- Usted sabe, delegado, que ese tema se ha de aprobar en pleno, pero debe de contar con el voto de calidad de la cabeza de la Dirección de Acción Climática, el delegado francés.
- Pero el delegado francés ha renunciado.
- Aún no.
- Entonces propongo, en virtud de la urgencia del tema principal, que procedamos al acto formal de renuncia del delegado francés, a quien saludo como un hermano.

La Presidente meditó por unos momentos.

- Votaremos el asunto. Señores Delegados, ¿aprueban proceder con la renuncia antes de continuar con el resto de los temas?

En ese momento, como un resorte, algo me obligó a ponerme de pie. Me levanté sin pensarlo, e inmediatamente me arrepentí. Hablé también sin pensarlo, e inmediatamente me arrepentí.

- No.

La Presidente no pareció contenta de mi exabrupto contradictorio.

- Señora Presidente, deseo discutir ese asunto aún en funciones como cabeza de la Dirección por la Acción Climática.

Finn Sommer me dirigió una mirada que, si tuviera filo material, me hubiera cortado el cogote.

No sé si ego, no sé si conciencia. Algo dentro de mí me empujó a pelear, aunque fuera una sola y prodigiosa batalla. No iba a dejar que se salieran con la suya, después de todo. No hoy.

Estaba envalentonado y borracho de adrenalina. Me sequé la frente con una hoja que había en la mesa.

Miré a Finn y luego al delegado irlandés. Volví a hablar.

- De hecho, Señora Presidente, no es necesario debatir la propuesta R-778. La he leído y no daré mi voto de calidad.

Fin Sommer, que no se había sentado, tragó saliva ruidosamente y prosiguió.

- No hay problema, Señora Presidente, discutiremos el tema la semana entrante, cuando tengamos a otro delegado en la Dirección de Acción Climática.

Ahora le miré yo, con más profundidad. Respondí, con falsa gallardía.

- En tal caso, Señora Presidente, retiro mi solicitud de renuncia. Reitero mi nombramiento, mismo que ejecutaré de la mejor forma, y según mis capacidades.

Un silencio ahogó como cubetazo a todo el salón. A diferencia de la sesión de votación de la semana pasada, esta era una sesión abierta, lo que significa que había miembros de la prensa en la habitación.

Pude verlos tomar notas apresuradamente, enviar mensajes electrónicos y cuchichear entre ellos. Los delegados, sin embargo, estaban petrificados.

La Presidente respiró profundamente y tomó asiento. Metió freno a la velocidad con que la discusión se había salido de control.

- Tomaremos un receso de quince minutos.

Un suspiro de descanso recorrió todo el lugar. Algunos delegados, los que no estaban enterados de toda la situación, simplemente tomaron asiento o salieron por una taza de café.

El Delegado de Irlanda quiso acercarse a mí para hablar, pero Finn Sommer fue más rápido. Se acercó a donde yo estaba y, sin eliminar el rictus absoluto de su rostro, se puso a un lado mío, mirando al frente, como hablando casualmente.

- ¿Qué es lo que estás haciendo? – preguntó-.
- Las reglas cambian, señor delegado.

Le vi de reojo apretar sus puños, pero su cara se mantuvo impasible.

- Está bien. ¿Qué es lo que quieres?
- Quiero ver libre a Florence antes de hacer cualquier otra cosa.
- Creo que se olvida usted de la posición en la que se encuentra.
- Oh, no. Sé *exactamente* en qué posición me encuentro. Exijo ver a Florence libre y sin peligro antes de renunciar y dejar mi puesto.
- Sabes que podemos desaparecerte en un instante.
- Entonces seguirán sin el voto que falta y, si fuera tan sencillo, habrían convencido a Michel. Pero necesitan mi voto y mi presencia porque la mayoría está comprometida. Y pueden tener mi voto, pero yo quiero tener a mi Florence.
- Pues malas noticias. Florence está muy lejos de aquí.
- En efecto, malas noticias.

Me separé de él y me fundí con la masa de los otros delegados, haciendo como que me servía un café. Le puse sal –por error- y lo bebí de un golpe. Quien me vio ha de haber pensado que sufría de súbita apoplejía facial.

No sé qué me impulsó a cambiar las reglas, pero por un momento me sentí en poder de, aunque fuera, un poco de control sobre la desesperada situación. ¿Quién decía que, si cumplía sus exigencias, iban a liberar a Florence o a dejarme con vida? Podía presionarlos y, si era el caso que yo dejara el pellejo en la lucha, por lo menos salvaría la vida y el dulce rostro de mi Florence.

Como no queriendo, busqué con discreción a Finn Sommer entre la multitud. No lo encontré. Había salido.

A los pocos minutos llamaron de nuevo a sesión. La gente dejó sus tazas y regresó a tomar sus lugares.

La Presidente, como siempre, comenzó.

- Bien, regresamos a sesión. Tenemos en la mesa los asuntos interconectados de la renuncia del delegado francés y la discusión sobre el proyecto Ruanda-778. He revisado los procedimientos de la convención y he decidido proceder con la discusión del proyecto con Michel Rossineaux como cabeza de la Dirección.

Sonreí sin discreción. Los tenía exactamente donde querían. Ese proyecto Ruanda 778, fuera lo que fuera, no pasaría hasta que yo tuviera a Florence en mis brazos.

Mi sonrisa desapareció en un instante cuando, una vez más, Finn Sommer (a quien no había visto regresar a la habitación) se puso de pie con una sonrisa maléfica en el rostro y habló con gutural inflexión.

- Eso no será necesario, Señora Presidente.
- No tengo tiempo para más tardanzas, Señor Delegado. ¿De qué se trata?
- Tengo información privilegiada que, con absoluta certeza, debe ser tomada en cuenta antes de tomar cualquier decisión en ambos temas.

Me pareció escuchar como, por lo bajo, la Presidente murmuraba algo como “no debí venir hoy a trabajar”. Luego continuó en voz alta.

- Y ¿cuál es esa información tan relevante, Señor delegado?

Pausa, silencio, sudor. Dijo el alemán:

- Es muy sencillo. El Delegado Francés, aquí presente, no es en verdad Michel Rossineaux. ¡Es un impostor!

13. LA PRUEBA.

Ante el silencio y expectación general, me reí sonoramente, ridiculizando la monstruosa afirmación del delegado alemán.

En realidad, yo mismo tardé un par de segundos en recordar que, en efecto, yo era un impostor. Los eventos de toda la semana me habían instalado en mi nuevo papel de forma muy honrosa, de manera que ya hablaba y, algunas veces, hasta pensaba como Michel Rossineaux.

Pero, desde luego, yo no era Michel, ni era, en verdad, delegado. No era un Rossineaux y no tenía ningún derecho de estar allí.

Por primera vez razoné sobre las implicaciones legales de mis actos. Estaba tan preocupado temiendo al Círculo de Delphos que ni por un momento temí de autoridades menos macabras como, digamos, la policía.

Entre tanto, Finn Sommer me seguía mirando de forma amenazadora, mientras yo reía burlonamente. Todos esperaban una respuesta. Se las ofrecí:

- ¡Esto es absurdo!

Sentí mi respiración acelerarse y mi pulso aumentar peligrosamente. Pero ya estaba preparado, gracias a Benoit, para controlar mi cuerpo y

mi mente bajo la presión y el ruido. Tenía que hacer algo, pero ¿qué?

La Presidente no estaba en absoluto divertida con el nuevo giro en los eventos. Estaba enojada, sobre todo, con Finn Sommer. A mi parecer, toda la asamblea creyó instintivamente que era el alemán quien mentía, persiguiendo retrasar la discusión del tema que, supuse, era de gran importancia.

Por eso él mismo habló, defendiéndose y atacando al mismo tiempo.

- Sé lo irregular de esta acusación. Pero solicito que, de forma inmediata, sea detenido el delegado francés. Se trata de un impostor.

La Presidente contraatacó.

- Sabe usted, señor Sommer, que eso es imposible, sobre todo si se carece de prueba alguna. Todos conocemos y reconocemos al señor Rossineaux.
- Es un actor disfrazado – insistió Sommer-.
- Hmm. ¿Qué dice usted a esto, Señor Rossieaux?
- ¡Que es una acusación absurda! –contesté sacando el pecho-. No me veré ofendido ni ridiculizado. Yo soy Michel Rossineaux.

Otra pausa. La Presidente sopesaba sus opciones. Continuó.

- Hay una forma sencilla de averiguarlo. Voy a llevar a cabo este procedimiento, Señor Sommer, por respeto y en consideración a su persona, a pesar de que me parece por completo absurdo e innecesario. Si resulta que usted miente, será severamente infraccionado.
- No tengo problema, Señora Presidente. Sé que digo la verdad.

La Presidente apretó un botón en su escritorio. Por unos segundos no pasó absolutamente nada. Los delegados se miraban unos a otros, confundidos. Algunos se pararon para platicar y otros salieron de la habitación; pero yo intuí que no podía salir aún. Estaba en lo correcto.

Casi un minuto después, entraron dos paramédicos con sendos botiquines y se acercaron a mí.

La Presidente habló.

- Señor Rossineaux, le pido disculpas por esta necedad. Le pido nos ayude a resolver esto de forma rápida y tranquila. Estos hombres recogerán una pequeñísima muestra de sangre que se someterá a examen de ADN para verificar su personalidad.

Estaba perdido. Yo no era Michel Rossineaux y ellos lo averiguarían tarde o temprano. ¡No hay forma de cambiar mi ADN! Pero no podía negarme sin parecer sospechoso. En vez de eso, pregunté, a la vez que arremangaba mi camisa.

- ¿Cuánto tardan en llegar los resultados de un examen como éste? Necesitamos continuar la discusión de estos temas urgentes sin necias interrupciones.
- Tengo entendido –contestó la Presidente- que no deben de tardar más de 24 horas, siempre que encontremos rápidamente las muestras que serán comparadas.
- ¿Cuáles muestras?
- Necesitamos muestras de ADN de Benoit Rossineaux, su padre.
- Yo puedo dárselas.
- Lamentablemente usted no puede ser quien las ofrezca. Buscaremos en otros archivos en investigaciones previas. Entiendo que hubo un juicio muy publicitado, hace algunos años sobre un posible heredero, que resultó un fraude. Los archivos deben de contar con la información que buscamos.
- ¿24 horas? ¿Y entre tanto?
- Entre tanto, Señor Rossineaux (y no sabe cuánto lo lamento, en verdad) tenemos que escoltarlo hasta un arresto domiciliario en el lugar de su elección en esta ciudad de Bruselas.
- El hotel que ustedes decidan está bien.

Así que, después de todo, saldría de ese edificio protegido por elementos de la policía belga, libre de mis captores. No sabía si, en realidad, eso mejoraba o empeoraba mi situación, pero por el momento me pareció más que magnífica.

- De acuerdo. Vamos.

Una escolta compuesta de seis inmensos guardias se apostó a mi lado.

Volteé a ver el rostro de Sommer, que mantenía su sonrisa con aires

de victoria. Le respondí con el honor de mi propia sonrisa.

Salí tranquilo y bien acompañado de mis seis guardias personales. Me escoltaron hasta la entrada y salimos del edificio tras los procesos de rigor.

Afuera del edificio nos esperaba ya un coche negro e inmenso. Uno de los guardias abrió la puerta para mí y entré antes de que ellos lo hicieran. ¿A dónde me llevaban? ¿Podía confiar en estos policías?

Un impulso de decirles *todo* me inundó. Podía acabar esto aquí. Decirles que me secuestraron, que secuestraron a mi novia, que me obligaron a hacerme pasar como Michel. Podía decirles todo en este momento y dejar que las fichas cayeran en donde tenían que caer.

Pero algo me detuvo. Y fue la seguridad de que, de alguna forma, el Círculo de Delphos era más grande y más poderoso que la policía. ¿Cómo sabía que ellos mismos no eran parte de la organización? No podía correr el riesgo de acusarme ante el enemigo. Decidí mantener faz y dignidad, como lo que representaba en este momento. Me dije, en silencio: *Eres Michel Rossineaux; actúa como él lo haría.*

El automóvil arrancó. No tenía idea de hacia dónde íbamos.

Finalmente nunca me saqué la duda porque, apenas un par de cuadras más adelante, fuimos interceptados por cuatro camionetas de color blanco. ¡¿*El Círculo*?!

Un hombre bajó de una de las camionetas y se acercó al chofer que manejaba mi vehículo.

- Buenas tardes.
- Buenas tardes ¿qué es esto?
- Órdenes de B1. El delegado vendrá con nosotros.
- Tenemos órdenes de escoltarlo hasta el hotel y esperar nuevas órdenes.
- Estas *son* tus nuevas órdenes. Vendrá con nosotros. Es por su propia seguridad.

Mi chofer, vía radio, consultó con sus superiores. Intercambiaron credenciales y algunas otras palabras en voz baja.

- Está bien. Adelante.

Abrieron las puertas del vehículo en el que me encontraba y me mostraron la salida, con gran amabilidad.

Pasé a la camioneta de al lado con vidrios polarizados. Me senté en medio del asiento y esperé a que un guardia me acompañara. Pero no lo hicieron. Vi por la ventana cómo se dirigían a las otras camionetas.

Así que estaba solo allí, con excepción, por supuesto, del chofer, que se encontraba tras una barrera de *plexiglass* negro, supuse, a prueba de sonido.

No me atreví a moverme, pero sentí cuando el coche comenzó a hacerlo. Pasaron varias cuadras y dimos muchas vueltas antes de, aparentemente, salir a carretera. Según lo que alcancé a ver por los letreros en la carretera nos dirigíamos a Brujas.

¿Qué teníamos que hacer en Brujas? Si habían dado la orden de que no saliera de Bruselas en tanto discernían mi verdadera identidad, ¿quiénes eran estos hombres de las camionetas blancas y qué querían de mí? ¿Eran amigos o enemigos?

Me levanté tras media hora de espera infructuosa y golpeé suavemente el vidrio que me separaba del chofer.

El vidrio bajó.

"Buenas tardes" – me dijo-. Era un hombre joven de facciones afroeuropeas, que habló con francés perfecto. Vestía un traje negro con corbata del mismo color, pero impecable camisa blanca. Me contestó sonriendo y no me sentí amenazado.

- ¿A dónde vamos? – pregunté.
- Ya lo verás. Llegaremos en aproximadamente una hora.
- ¿Y quién eres tú?
- Quién soy yo es irrelevante.
- ¿Para quién trabajas?
- ¡Ja! Creí que lo sabrías. Trabajo para la embajada francesa en Bruselas.
- ¿Y por qué me han ehmm… rescatado?
- Tenemos órdenes directas de *Palace.*
- ¿Palace? *¿Palace… Élysée?*
- Afirmativo.

Palace Élysée era un nombre conocido por cualquier francés y, creo,

por casi cualquier europeo.

¡Palace Élysée es la residencia del Presidente de Francia!

- Entonces… ¿*Monsieur Le President* mandó por mí?
- Aparentemente.
- ¿Por qué?
- Ni idea. Sólo soy el chofer. Tengo que entregarte.
- ¿A quién? ¿En dónde?
- Ni idea, *mon ami*, yo sólo soy el chofer. Descanse y tome algo.

Y cerró el vidrio frente a mis ojos. En efecto, en un pequeño contenedor del lado izquierdo había algunas botellitas de agua. Tomé una y la bebí de golpe. Luego tomé otra.

Me senté y respiré con profundidad para pensar un poco. Cerré los ojos y me concentré. Vi ante mí un gran juego de ajedrez. ¿Era yo el jugador o seguía siendo un pobre peón?

El Presidente de Francia había mandado por mí, pero los policías que me llevaban eran a todas luces belgas ¿o simplemente europeos? ¿De verdad podía el Presidente de Francia ordenar mi liberación en Bélgica? No, no…

Tenía que haber alguien o algo más. ¿El gobierno de Bélgica sabía de esto? ¿Y el Parlamento Europeo? ¿De quién estaba escapando?

Pasaron muchos minutos –poco más de una hora- antes de que llegáramos, como supuse, a Brujas. Había visitado esta ciudad antes, cuando era adolescente. Sabía que tenía dos zonas: la habitual, en donde sucedían las cosas cotidianas para los locales, y la turística, de precioso medievalismo, visitada por miles cada día. Por alguna extraña razón, parecíamos dirigirnos a la zona turística.

Llegamos pues al centro histórico. Reconocí las casitas con techos cuadriculados, pequeñas ventanas de colores, calles empedradas y canales que se entrelazaban en torno a un paisaje perfectamente europeo. En el ambiente se mezclaban el olor a chocolate y humedad.

La camioneta paró. Sin previo aviso, abrieron la puerta y me encontré con la mano amable de un hombre muy elegante… y miles de *flashes* que provenían de las cámaras de reporteros y periodistas, que me cegaron por un breve instante.

Asombrado y sin saber qué hacer, sonreí y saludé con la mano que tenía libre, mientras que con la otra seguía apretando la de un hombre elegante que me saludaba y sonreía con efusión.

Me acerqué con delicadeza a éste hombre y pregunté.

- Disculpe ¿qué es esto?
- ¿*Monsieur* Michel, no le han informado?
- Lamentablemente no.
- ¡Oh! Cuánto lo siento. Soy el Embajador de Francia en Bélgica, *Monsieur* Beaumont.
- Mucho gusto, Señor Embajador. ¿Y a qué se debe tan agradable reunión?
- ¿Cómo? ¡A su liberación amistosa! Es un gesto diplomático entre el gobierno de Bélgica, el Parlamento y su gobierno Francés. Han permitido que pase su día de arresto cómodamente en su residencia en Londres, a petición expresa del Presidente. ¡Vamos! ¡Salude a todos los presentes, sonría y disfrute!

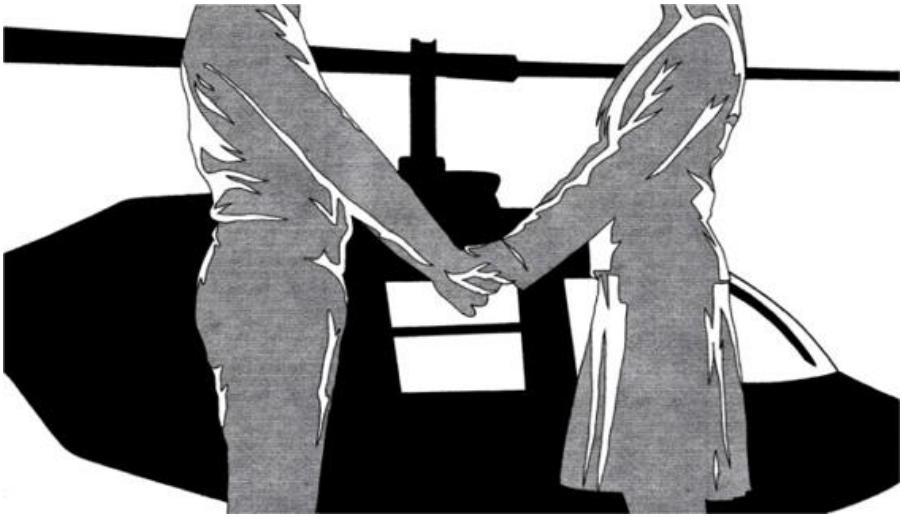
Así lo hice. Puse mi mejor cara, apreté la mano del embajador y saludé efusivamente. Me rehusé humildemente a decir nada y, tras mi minuto de fama, me volví a acercar al embajador, para averiguar un poco más.

- Señor Embajador, una pregunta más.
- ¿Sí, Monsieur Rossineaux?
- ¿Por qué el Presidente de Francia se interesó en mi ehmm… asunto?

Tras de mí, una voz fuerte y varonil dijo de pronto.

- Porque se lo pedí personalmente.

Aunque ya sabía de quién era esta voz, volteé para asegurarme. Apenas pudiendo contener las lágrimas, me fundí en un abrazo entrañable con mi amigo y mentor, Benoit Rossineaux.



14. LIBRE.

- ¡Benoit, por amor de Dios!
- Anda, Antoine, sube a la camioneta y vámonos.

Me sentí feliz por ver a Benoit, a quien daba ya por muerto.

Entramos en la camioneta y arrancamos en un instante.

- ¿A dónde vamos?
- Al muelle y, de ahí, a Londres por agua.
- ¿Qué hay en Londres?

Me miró con alegría antes de decirme.

- Florence.
- ¿¿Florence?? ¿Está con ustedes?
- Afirmativo.
- ¿Qué ha pasado? ¡Pensé que estaban todos muertos!
- Esto es lo que sabemos. El día de ayer por la mañana, muy temprano, un operativo allanó el château y, a punta de pistola, nos sometió a todos.
- ¿Cómo lograron hacerlo sin que yo me diera cuenta?
- Suponemos que, de alguna forma, introdujeron una pastilla en tu cena. Estabas por completo dormido y desconectado. Su intención era aislarte para llevarte una vez más hasta el Parlamento.

- Y luego me mostraron a Florence.
- Es verdad. Algunas batallas se pierden, pero uno tiene que estar siempre prevenido. Puedes agradecer la libertad de Florence a Jean Paul.
- ¿Jean Paul mi maestro de ajedrez? ¿Lo conoces?
- ¡Que si lo conozco! Enseñarte ajedrez fue parte de su trabajo. La otra era mantener los ojos bien abiertos… e informar. Cuando salieron de *Le Blé D´Or* ya había puesto localizadores en ambos coches: el que te llevaba a ti, dormido, y el que llevaba a Florence. En cuanto logramos liberarnos (esa historia es para otro día) fuimos tras de Florence y la escondimos en Londres. Luego tras de ti. El Delegado Irlandés nos platicó de tu valentía en el Parlamento. ¡En verdad, Antoine, que me gustaría haber estado allí para verte! Cuando supimos que pasarías 24 horas en detención, una llamada al Presidente arregló las cosas en segundos. Favores diplomáticos. No todo son balas, Antoine.

Por unos segundos dejé que mi alma descansara. Florence estaba bien y yo estaba bien.

- ¿Y qué es lo que sigue?
- Por ahora, esto.

Sacó un aparato blanco cuya función no me era clara. Parecía una especie de jeringa sin aguja o un puño de raqueta, sin raqueta.

- Te vamos a sacar el localizador, Antoine. Cuando ellos aparecieron en el château supe que nos habían seguido, y ahora estoy seguro de que te injertaron un localizador.
- ¡Es verdad, Benoit! Joy me lo dijo.
- Joy es un matón de cuarta y habla siempre de más. ¿Te dijo en dónde?
- No.
- Suele injertarse en el muslo, por detrás, justo arriba de la rodilla. Nadie nunca ve esa parte de su propio cuerpo. ¿Puedo?
- Adelante.

Revisé esa parte de mi cuerpo y, en efecto, encontré con el tacto una pequeña cicatriz que no había sentido.

Benoit posó el aparato sobre el punto y presionó un botón. Sentí

simultáneamente una punzada y la presión de algo que succionaba.

Eso fue todo. Benoit me mostró el diminuto localizador, que tenía forma de grano de arroz y era gris. Abrió la ventana y lo lanzó a la calle.

- Muy bien –continuó- ahora sí vamos a Londres. Por hoy descansaremos y prepararemos lo que sigue. Después de reencontrarte con Florence, debes volver mañana y terminar de una vez por todas con el proyecto Ruanda 778.
- Pero… ¿y el ADN?
- Ya nos encargaremos de eso.

El resto del viaje hasta el muelle se fue entre los relatos de sus aventuras para escapar del Círculo y las mías por asustar a Finn Sommer. Los dos reímos como viejos amigos y en realidad, por unos minutos, me sentí completamente libre y en mi elemento.

Ya conocía yo los viajes en barco entre Bélgica e Inglaterra. Los *ferries* eran un medio de transporte común. Probablemente entraríamos a la isla por Dover y de ahí en auto a Londres.

Pero al llegar al muelle no nos subimos a un *ferry* (¿cómo pude haberlo pensado?) sino a un yate que más parecía un bólido. Subimos Benoit y yo a un magnifico yate (OxyZen, se leía junto a la puerta) color plata que, a los pocos minutos, volaba más que flotaba sobre las aguas del Mar del Norte y rumbo al Canal Inglés.

Antes de que nos diéramos cuenta vi aparecer en la distancia la masa de tierra que era Inglaterra. Pero no vi, como esperaba, las blancas paredes de roca de Dover.

- No estamos entrando por tierra, sino por el río Támesis directamente hasta Londres.
- ¿Se puede hacer eso?
- Con los contactos adecuados…

En efecto, tuve la oportunidad de conocer un rostro de Inglaterra que no conocía, surcando el gran río desde el mar del norte hasta el centro de la capital.

Cuando llegamos era de noche. Atracamos en un pequeño puerto antes del centro y muy cerca del Aeropuerto de la Ciudad. De allí hasta el helipuerto y, tras un viaje de pocos minutos hasta lo más alto de un

edificio cerca de (por lo que pude distinguir desde el aire) la zona financiera.

El helicóptero se posó y bajamos. El viento golpeaba con fuerza, pero eso no fue lo que casi me tira al piso.

Allí estaba, esperando en la azotea, Florence, vestida de azul como una diosa… y libre.

Así pasa cuando pierdes de vista a una persona. El reencuentro es impactante. Me pareció más guapa e, incluso, más alta y elegante. Se veía estupenda.

Nos fundimos en un abrazo sin palabras, pero con lágrimas, que duró, creo, minutos, mientras el helicóptero se apagaba y Benoit daba instrucciones a todas las personas.

Entramos después al edificio a través de un ascensor. Bajamos hasta una amplia sala, en donde comida y bebida nos esperaban. Al contrario del *château,* en donde lo clásico y lo gótico hacían una mezcla magnífica de elegancia arquitectónica, lo que aquí encontré fue un estilo mucho más contemporáneo, de líneas simples y colores neutros, luces indirectas y obras de arte moderno. El lujo se sentía a través de la perfecta armonía en el diseño y la calidad de los objetos. A pesar del mármol frío, del cristal y el color beige, se respiraba una atmósfera cálida y recogida.

Fue extraño tomar de la mano a Florence, no sólo porque sus dedos estaban intactos –esto, de hecho, hacía que se sintiera *normal*-. El problema era que, de una u otra forma, en la última semana había cambiado de tal forma mi existencia que, en algún sentido, me sentía un hombre diferente a aquel que sobrevivía en Londres con unas cuantas monedas y no tenía ni planes ni futuro. Me sentía otro, en verdad y, en cierto modo, Florence pertenecía a mi "otra vida", mi vida anterior.

Este sentimiento duró por pocos minutos. El tacto de sus manos, su mirada embobada, su brazo en mi cintura, poco a poco me fueron regresando a mi original *yo* y renovando los votos de amor que se escondían en mi interior.

Florence se hallaba espectacularmente bien en compañía de Benoit, como si se conocieran de antaño. Luego supe que pasaron la noche de ayer platicando con tranquilidad. Benoit era mi salvador en todos los

sentidos. Fue por mí a la Comisión Europea y, luego, por Florence a Paris. Lo hizo en persona, como un héroe de carne y hueso. Era un hombre que, pensé, me habría de servir de hoy en adelante como modelo a seguir. Era rico por herencia, pero grande por decisión.

Cuando preguntamos con discreción a Florence qué es lo que había pasado en estos terribles días, se limitó a explicar:

- Me secuestraron y encerraron en un cuarto. No hubo explicaciones; no hubo charlas. No hablaron conmigo en absoluto. Sólo me quitaron el anillo. No sabía quiénes eran ni qué querían…

Cambiamos rápidamente de tema cuando Florence empezó a trastabillar. Por extraño que parezca, no se habló ya ese día de planes, de círculos secretos o de lo que pasaría al día siguiente de vuelta en Bruselas. Pasamos una noche espléndida dialogando.

Al filo de las 9:00 de la noche Benoit se despidió. Profundamente fino en su sentido diplomático y humano, percibió la necesidad que tendríamos Florence y yo de platicar a solas.

Antes de irse, se acercó a mí mientras Florence era distraída por uno de los meseros, y depositó en mis manos un objeto. Era una pequeña caja negra de terciopelo. La abrí con disimulo y vi en ella un precioso anillo de platino y lapislázuli, muy parecido al que mi novia perdió a manos de sus atacantes, pero a todas luces más costoso.

Me guiñó un ojo, salió y, casi al momento y de forma poco perceptible, atenuó la intensidad de la luz en el cuarto (*¿de dónde venían las luces?*) y ¡por fin! Quedamos solos Florence y yo.

Existe, a veces, más profundidad en una mirada que en mil palabras. Lo supe cuando, en cuanto nos quedamos solos, el rostro de Florence se contrajo súbitamente y dejó escapar dos lágrimas a través de sus párpados cerrados. Agachó la mirada y supe que en su corazón había dolor y sufrimiento.

Me acerqué y pasé mi brazo por sobre sus hombros. Nos acompañamos por minutos en total silencio. No era momento de crónicas de aventuras o de planes internacionales. Era momento de estar, de ser, de compartir.

Muchos minutos pasaron. Las lágrimas se fueron y el calor

reconfortante de la perfecta comprensión mutua nos invadió. Nos vimos a los ojos y reímos como enamorados.

Guardé silencio por un instante. Supe que era el momento adecuado. Sin mediar palabra alguna, posé mi rodilla derecha sobre la alfombra. Florence me miró, adivinando mis intenciones. Con la dulce sabiduría propia de la mujer, calló y esperó.

Así, de rodillas, comencé mi torpe anuncio.

- Florence, muchas cosas han pasado en estos días. Cosas que aprenderemos a olvidar si es necesario. Pero todo, todo, pasa por algo. ¿Cómo es que tú y yo vivimos separados tanto tiempo, en países distintos? En estos días en que la posibilidad de tu pérdida se hizo real, me di cuenta de lo absurdo que es amar… y no estar. No sé qué va a pasar mañana. No sé si tendré trabajo, casa o futuro. Pero un día más sin ti, no estoy dispuesto a tolerarlo. La atrocidad de nuestro dolor ha acentuado la claridad luminosa y la inminente realidad de nuestra entrega. No quiero –porque no puedo- estar un día más sin ti.
- Eres un héroe, Antoine, ¿lo sabes?
- ¿Y entonces? – pregunté, mostrando el precioso anillo.
- ¿Entonces qué?
- ¿Qué dices?
- Antoine, no he escuchado ninguna pregunta real.
- ¿Me harás decirlo?
- La lengua dice lo que en el corazón habita. Quiero escucharlo.
- ¿Te casas conmigo?
- Me caso.

No quiero ser presuntuoso. Ni siquiera puedo asegurar que esas hayan sido las palabras exactas. Lo recuerdo como un momento absolutamente perfecto.

Nos abrazamos allí mismo, plenamente felices y, ante todo, seguros de que lo que habría de venir sería poco ante la fortaleza que habíamos construido en ese cuarto a media luz de la mansión londinense de Benoit Rossineaux.

***

Al día siguiente nos encontramos todos en el desayuno. Benoit vio el

anillo en el dedo de Florence y sonrió para sí mismo antes de lanzarme una mirada cómplice.

Luego comenzó a proyectar el plan de hoy.

- Salimos en veinte minutos de vuelta a Bruselas, por avión. Llegaremos mucho antes del mediodía. Justo a las doce es la sesión de la comisión.

  Antoine, es imperativo que el día de hoy establezcas tu precedencia como Director de Acción Climática y, de una vez por todas, deseches Ruanda 677. El plan es perverso e implica la limpieza racial del pueblo ruandés a favor de las explotaciones mineras.

  Después nos encargaremos de tu amigo Joy. Hoy ganaremos una batalla importante.

- Pero ¿cómo voy a hacer eso? Finn Sommer sabe (obviamente) quien soy yo y me ha descubierto ante la Presidencia del Parlamento. Tienen mi ADN.
- Tranquilo (guiñó un ojo). Ya nos encargamos de eso.

Florence terminó un pan con mantequilla que devoraba y terció la conversación.

- Yo iré.
- ¿Estás segura? – Preguntó Benoit-.
- Segura. Antoine no tiene permiso de ir a ningún sitio sin mí.

Los tres reímos de buena gana. Hoy era el día que esto acabaría.

A los pocos minutos volábamos sobre el mar del norte. Llegamos a Bruselas y al Parlamento tras un viaje tranquilo.

¡Cuán diferente era todo ahora! Hace una semana entré al edificio como un pollo estrangulado; como un gusano. Hoy entraba con paso más firme. Confiaba en Benoit y, ahora mucho más, en mí mismo.

Entramos separados. Benoit era demasiado reconocible, así que quedó en un hotel con un equipo de monitoreo y un comunicador, cuyo otro fin tenía yo acomodado en el oído.

Florence entró al edificio del Parlamento unos minutos después que yo, como visitante cultural en plan más turístico.

Estaría cerca para brindar apoyo moral, aunque no podía hacer mucho más. Por razones obvias, no pudo entrar con armas de ningún tipo, aunque sí contaba con el aparato comunicador.

Tan pronto como nos bajamos del auto la perdí de vista y confié en que estaría bien. Todo estaría bien.

Llegué justo a tiempo a la Sala de Juntas, a la mesa redonda, y tomé mi lugar. Otros delegados ya habían tomado sus lugares. Allí estaba Finn Sommer y el Delegado de Irlanda que, sabía, era mi único aliado en la habitación.

El silencio se respiraba, sin embargo. Los demás delegados me miraban con recelo y sospecha. En la mente de todos, una pregunta *¿Era yo un impostor?*

La Presidente tomó su lugar y comenzó.

- Bienvenidos todos. Bienvenido, en especial, el delegado francés, Michel Rossineaux. Tomen todos su asiento.

  Pasemos sin demora al asunto urgente, para poder continuar con temas de real importancia.

  Tengo en mi mano un sobre con la prueba que se llevó a cabo para revisar la compatibilidad del ADN de Michel Rossineaux, aquí presente, con la de su padre, el conocido empresario Benoit Rossineaux.

  De ser positiva la prueba, *Monsieur* Rossineaux será instalado de forma definitiva a la cabeza de la Dirección de Acción Climática y, por su parte, el delegado alemán será eliminado de dicha Dirección y habrá de cumplir con las multas que la ley señala para casos de retraso voluntario de trabajos parlamentaros.

  Si, por el contrario, la prueba resulta negativa, eso será evidencia de que, en efecto, el hombre aquí presente no es Michel Rossineaux. Será despojado de su cargo y detenido. Los guardias esperan mi orden, a la puerta. El asunto tendrá que ser ventilado en tribunales y esta comisión continuará

con su trabajo habitual.

Esta prueba de ADN se llevó a cabo de forma cuidadosa. El mismo delegado alemán, Finn Sommer, acompañó en todo momento el proceso para garantizar que ninguna acción externa pudiera influir en el resultado. No existe duda alguna de que ha sido por completo imposible, material o legalmente, modificar los resultados en ningún sentido.

Procederemos a abrir el resultado.

La presienta abrió el sobre y la expectación llegó a su máximo. ¿Eran Benoit y su familia tan importantes como para modificar los resultados científicos de una prueba de ADN? ¿Dominaban también sobre los átomos, las moléculas y las células? Imposible. ¿Habrían comprado a todos los involucrados?

Y, en tal caso ¿no era precisamente el tipo de cosas que harían los del Círculo de Delphos? ¿Era Benoit capaz corromper el sistema judicial y científico para salirse con la suya?

¿Hasta qué punto podía yo confiar y responder ante estas eventualidades? ¿Qué pasaría si era yo detenido? ¿Una vez más llamarían al Presidente de Francia para rescatarme, o pasaría el resto de mis días pudriéndome en alguna cárcel, sin futuro y sin Florence?

No tuve mucho tiempo para pensar.

La Presidente leyó el papel que salió del sobre. Asintió con la cabeza y, después, se lo entregó al jefe de seguridad.

Como un torbellino de fuerza, entraron todos los policías a la sala para hacer su detención.

Cerraron las puertas para evitar la huida y se colocaron alrededor de la mesa.

“Tranquilo, Antoine” oí la voz de Benoit en mi comunicador, empapado ya de mi propio sudor.

Fin Sommer me miró satisfecho. Los delegados contuvieron la respiración antes de que la Presidente volviera a hablar.

- Ordeno en este momento la detención del Delegado

Alemán, Finn Sommer.

Un suspiro de asombro recorrió la sala de principio a fin. Finn Sommer comenzó a gritar como un desquiciado mientras lo llevaban a la fuerza. “¡Es un impostor! ¡Han cambiado los resultados! ¡Es un impostor!”

Me dejé caer en mi asiento con el corazón a punto de explotar, mientras la Presidente respiró con profundidad y decretó –gracias- un receso.

Salí corriendo al pasillo y bajé a los niveles inferiores, en donde se permitía la entrada de visitantes y, por lo tanto, estaría Florence.

Cuando sentí que nadie me veía, hablé por el comunicador.

- ¡Benoit! ¿Qué es lo que acaba de pasar?
- Tranquilo, muchacho, te dije que estaba arreglado.
- Pero ¿sobornaron a los laboratorios? ¿A la presidente?
- Nada de eso. Ya te explicaré luego. Por ahora regresa, Antoine, y termina el asunto de Ruanda de una vez por todas.
- Afirmativo.

La voz de Florence entró en la conversación, como un bálsamo.

- ¿Antoine? ¡escuché todo!
- ¿En dónde estás?
- Planta baja, en la cafetería.
- Allá voy, tengo pocos minutos.

Bajé corriendo y llegué a la cafetería jadeando. Me fundí en un abrazo con Florence. A los segundos nos dimos cuenta de lo inapropiado de la ocasión y lugar y nos separamos, disimulando.

- ¿Qué has hecho?
- Nada, esperar. ¿No te quitas el comunicador por un instante? Quiero decirte algo y no quiero que Benoit escuche –dijo, mientras me guiñaba cariñosamente el ojo-.
- Por supuesto.

Me saqué el comunicador del oído y lo guardé en el bolsillo de mi camisa. Ella tomó mi mano y me dirigió a una esquina más tranquila.

- Antoine, tengo que decirte algo y es importante. Has sido un héroe hoy. Quiero pedirte un favor.
- Lo que quieras, Florence, tus deseos son órdenes.

Inclinando la cabeza, me miró con profunda dulzura.

- Antoine, es necesario que apruebes el proyecto R677.
- ¿Perdón?
- Yo sé que le has prometido a Benoit, pero créeme, amor mío, esto es algo que tiene que suceder. Y que va a suceder con tu ayuda o sin ella.

Eché hacia atrás mi cabeza para ver si, en verdad, era mi Florence la que hablaba.

- ¿De qué estás hablando?
- Vamos, Antoine, nosotros podemos salir ganando de todo ese asunto. Puedes hacerle la tarea a un viejo decrépito o llevarte el premio mayor a casa. Me lo prometiste. Hazlo por mí.
- Florence, ¿de qué estás hablando? Benoit salvó tu vida y la mía en repetidas ocasiones.
- Pero dime, Antoine, ¿estás seguro de qué lado estamos? Hasta ahora que estamos solos puedo hablar de esto contigo. ¿Cómo sabes que Benoit no es quien quiere dominar al mundo… y el Círculo de Delphos sólo está tratando de detenerlo?
- Florence… el Círculo de Delphos fue quien me secuestró y me torturó con tu supuesto dolor. Te secuestraron a ti, asesinaron a Madeleine, allanaron el *château*…
- Antoine ¡abre los ojos! Todo eso pudo haber sido hecho por el mismo Benoit. Rescatarte, entrenarte, volverte a rescatar. ¿No es todo demasiado sospechoso? ¿Cómo sabía que tenías un localizador en la pierna? ¿Cómo pudo librarse tan fácilmente después de que secuestraran a todos en el *château*? ¿Cómo sabía cuándo saldrías ayer de la comisión?...

Tragué saliva y vi a la mujer con la que estaba comprometido en matrimonio. Las preguntas que ella hacía parecían tener sentido. ¿Cómo sabía Benoit que yo tenía un localizador *en la pierna*?

Me volví para pensar. Quise alejar la mirada de Florence para poder tener mayor claridad. Escuché voces ininteligibles que gritaban mi

nombre, pero no les hice caso.

Otra pregunta, sin embargo, me asaltó de pronto. Y esta pregunta no tenía respuesta. O por lo menos, no la respuesta que a mí me gustaría. Me resistí a consentir este tren de pensamiento, pero pronto empezaron a aparecer agujeros insalvables.

La verdadera pregunta era esta: *¿cómo sabía Florence que tenía un localizador en la pierna?* Nunca lo vio, ni se lo dije. *¿Cómo sabía que existía el Círculo de Delphos?* Ni Benoit ni yo hablamos de eso en su presencia… y ella afirma que sus captores nunca hablaron con ella. *¿Cómo sabía lo del secuestro en el château?...*

Una vez más escuché voces lejanas que murmuraban mi nombre ¿de dónde venían?

¡Mi comunicador! Estaba en el bolsillo de mi camisa y, desde allí, Benoit me estaba llamando, gritando mi nombre. Lo tomé para insertarlo en mi oído cuando volví a enfrentar los ojos iracundos de Florence.

- Antoine, por última vez. ¿Vas a escuchar a ese viejo millonario o a tu prometida?

Como maniquí, sin expresión y sin saber qué hacer, introduje el aparato y escuché lo que Benoit me decía.

- ¡Antoine! ¿me escuchas? ¡Aléjate de Florence! ¡ahora! ¡es una de ellos!
- ¿Cómo?
- ¡*Florence es parte del Círculo de Delphos!*

15. MATE

Florence puso su mano en mi oído, me arrancó el comunicador y lo lanzó al suelo con fuerza.

- ¿Eres una de ellos? –pregunté-
- Y tú también puedes serlo, Antoine. Te perdonaremos.
- ¿Desde cuándo?
- Desde siempre.
- ¿Desde antes de conocerme?
- Claro. Ellos me acercaron a ti.
- ¿Todo ha sido una mentira, entonces?
- No, Antoine. Ellos me pusieron allí para jugar el papel de tu novia. Pero me enamoré, Antoine. Eres en verdad valiente y encantador y quiero casarme contigo. El Círculo nos ayudará a salir adelante.

Pronto empezaron a llegar a mi cerebro nuevos datos a los que debí de haber puesto más atención. Florence tenía todos los dedos. Por supuesto, era parte del plan. Florence sabía demasiado y, desde siempre, se había mantenido a mi lado, como mi novia, pero en una ciudad distante. Era mi novia sin tener que serlo. Me vigilaba y serviría después como moneda de cambio y presión.

- ¿Qué han hecho con el verdadero Michel?

- Michel era un idiota y un soñador. No termines como él.
- ¿Cómo?
- Muerto.
- ¿Me matarías, Florence?
- Amor mío, daría mi vida por ti si estás en el equipo correcto. Podemos amarnos juntos y conquistar muchos triunfos de la mano. Pero si eliges ser un tonto y un ciego… yo no puedo amar a un tonto ¿o sí?

En efecto, había sido un tonto redomado desde hace años. Jugaban conmigo desde hace años.

No supe qué más hacer o decir. Sólo murmuré "adiós, Florence" y me di la media vuelta.

- ¡Antoine, no seas estúpido! Te están apuntando en este momento. Si te vas, morirás.

No supe si era otra mentira o si, en verdad, alguien me estaba apuntando.

Di un paso más.

- ¡¡ANTOINE!! –gritó Florence-.

Volteé para ver una vez más a Florence. Era hermosa y malévola y, en este momento, me estaba apuntando con una pistola.

El grito y la pistola hicieron que todos los que estaban en la cafetería de la Comisión Europea se dieran cuenta. Gritos y gente corriendo.

- Antoine. Si das un paso más dispararé. Te he cuidado como un cachorro indefenso por años ¿y así me pagas?
- Me has usado por años, Florence y nuestra historia hasta aquí llega.
- No.
- Baja la pistola. Este edificio está resguardado por todos lados. Ya se acercan los guardias.
- No, Antoine, si me voy yo, me iré contigo. "Para siempre", ¿recuerdas?
- Florence, deja la pistola en el suelo ahora.

En efecto, de reojo pude ver a los guardias acercarse y, a una distancia prudente, acomodarse con pistolas, rifles y radios de onda corta.

Estábamos por completo rodeados.

Florence volteó a verlos a todos con mirada desafiante, sin dejar de apuntarme.

Era elegante aún en la locura. Sonrió antes de verme a los ojos de nuevo y cargó su pistola con la mano que quedaba libre.

Se escuchó el metálico sonido de los guardias preparando, también, sus disparos.

- Te amé, Antoine, de verdad.

Su brazo se tensó y sus ojos se perdieron. La luz viaja más rápido que el sonido, y el sonido más rápido que la mente.

Escuché un disparo y sentí la luz que confundió mis sentidos. Sentí una punzada y un dolor caliente en mi cuerpo y caí al suelo herido de bala. Florence, mi prometida, me había disparado.

Por supuesto, los guardias hicieron lo suyo y no una, sino muchas balas, terminaron en un segundo con la vida de quien había sido mi novia y perdición.

La vi caer al mismo suelo en el que yo me encontraba. Sus ojos perdidos y muertos; la sangre en el piso a su lado y en su mano, un anillo de platino y lapislázuli.

Pronto los guardias cayeron sobre mí también. La alarma se disparó en el edificio y el caos aumentó considerablemente.

Me levantaron en camilla y me sacaron de allí. En ambulancia fui llevado hasta un hospital. Todo era confuso. Sabía que estaba sangrando profusamente, pero no sabía si la bala encajada en mi hombro sería mortal. Pronto caí dormido bajo los efectos de un potente somnífero.

***

Abrí los ojos y me encontré en la cama de un hospital. A mi lado, un doctor y una enfermera hacían su trabajo. Sentado cerca de la cama estaba Benoit. Le llamé, aunque apenas pude arrojar un soplo de voz.

- ¡Benoit!

- ¡Antoine, despertaste!
- ¿En dónde estoy?
- En el Hospital Universitario de Bruselas.
- ¿Cuánto tiempo llevo aquí?
- Poco menos de 48 horas.
- ¿Qué fue lo que pasó?
- Me di cuenta que Florence era parte del Círculo de Delphos y, bueno, lo demás lo sabes tú mejor que yo.
- ¿Cómo se dieron cuenta?
- Tuve mis dudas cuando supe que tenía los dedos completos. ¿Por qué el Círculo habría de tener la menor consideración hacia ella? Ellos no son así. Pero no era prueba suficiente. Por eso te di el anillo, que tenía un localizador. Si ella era quien decía ser, entonces tendrían una vida feliz y tranquila. Pero si no, era necesario averiguarlo. Seguí sus movimientos (y los tuyos) una vez que entraron al edificio de la Comisión. Tú te fuiste directamente a la sala de juntas, pero ella, sin saber que la seguía, fue directamente a las oficinas de la delegación de Alemania a cruzar unas palabras con Finn Sommer y, seguramente, llevarle algún tipo de información. Te iba a decir en cuanto salieras, pero Florence hizo que te quitaras el comunicador antes de que pudiera hacerlo.
- ¿Qué pasará con Finn Sommer, y con el Círculo?
- Finn Sommer enfrentará cargos criminales. La pistola que portaba Florence provino de la oficina de Finn y tiene sus huellas dactilares.
- ¿Y el Círculo?
- El Círculo seguirá haciendo lo que hace. Es demasiado grande. Hoy ha perdido la batalla en torno a Ruanda 677, pero pronto vendrán por más.

Aún había una pregunta que me quemaba las entrañas.

- Benoit, tengo algo que preguntarte.
- Adelante.
- ¿Cómo hicieron para cambiar los resultados en la prueba de ADN? Se supone que sólo la presidencia de la Comisión tenía acceso.
- A veces la explicación más simple es la verdadera, Antoine.
- ¿Cómo?
- Nosotros no cambiamos los resultados. Los resultados no necesitaban ser cambiados. Eran correctos.

Si eso era cierto, las implicaciones eran apabullantes y maravillosas.

- Eso quiere decir que… -traté de cerrar mi frase, pero no pude-.
- Eso quiere decir que en verdad eres hermano de Michel Rossineaux. De hecho, su gemelo idéntico. Y que yo, querido Antoine, soy tu padre.

Me llevé la mano a la boca, sin poder decir nada. Traté de levantarme de la cama y hacer algo magnífico, como un abrazo de reencuentro o algo por el estilo. No pude hacer nada, sin embargo; estaba atado a la cama por una maraña de tubos y vendas.

Benoit supo qué hacer. Siempre sabía qué hacer. Se levantó, tomó mi mano y me dijo:

- Descansa, Antoine. Estás a salvo y has ganado la batalla del día de hoy. Descansa, que vendrán todas las respuestas.
- Eh, antes de que te vayas, Benoit…
- ¿Sí?
- Dime ¿y Michel?
- Michel murió, Antoine, tratando de lograr lo que acabas de hacer hoy.
- Lo lamento.
- También yo lo lamento.

Y salió.

***

Cuatro días después, estaba de pie, con el brazo vendado y vestido de negro en Châteaurenard, en donde se llevó a cabo el servicio funerario de mi hermano gemelo, Michel Rossineaux. Encontraron su cuerpo en una barca que flotaba a la deriva en el Mediterráneo, apenas el día anterior.

Muchas respuestas habían llegado a mí desde entonces. Mi mamá (adoptiva) nunca me dijo quién era mi verdadero padre. Benoit me contó la increíble historia de unos gemelos que fueron separados al nacer para garantizar su seguridad. Uno de ellos, el menor, fue entregado a una mujer de nombre Marianne, que trabajaba como secretaria de confianza en una de las fábricas de los Molinos Rossineaux. Creció separado de su familia biológica, pero habían elegido una fantástica mujer para dar su vida por él. Cuando Marianne

murió, su hijo quedó solo –aparentemente- pero de una u otra forma las cosas salieron bien y recibió becas para continuar sus estudios. También obtuvo residencia en Londres con relativa facilidad. Había una mano detrás de todo y ahora todo hacía más sentido.

Hoy sabía más de quién era y a dónde iba. Era un Rossineaux. Antoine Rossineaux.

Finalmente renuncié a la Dirección de Acción Climática. Decidimos que no podía ni debía mantener la escena para siempre. Se dio noticia de la muerte de Michel, por accidente a caballo, y su servicio reunió personalidades de todo tipo: empresarios, nobleza y dos o tres famosos.

Pero entre la multitud, que lloraba hablando maravillas del hermano que no conocí, un rostro conocido se acercó.

Era Alice Withford.

Se acercó con confianza, como si nos conociéramos de toda la vida, aunque apenas nos hubiéramos conocido un par de horas.

- Antoine.
- Alice. Lo siento mucho.
- Yo lo siento mucho Antoine. Fue por mi culpa que entraste en el radar de estos hombres. Yo no sabía, yo no sabía…
- Lo sé. Todo está bien ahora.

Me interrumpí por la torpeza que acababa de decir. *¿Todo está bien ahora?* ¡Bravo, Antoine! Estaban enterrando al prometido de Alice y *¿todo está bien?*

Pero Alice, tranquila, me miró y dijo,

- Siempre hay enemigos dispuestos para aquellos que quieren hacer bien las cosas. Michel es un héroe y sabía en lo que se estaba metiendo. Ojalá que tú también, Antoine, aprendas a ver más allá del dinero que acabas de recibir por apellido. Tendrás a tu cargo responsabilidades y cargos. He oído como habla Benoit de ti. Cree que eres un digno Rossineaux.

Nos quedamos callados un rato, mirando el jardín de estupendas hayas, pinos y robles. La gente se empezó a despedir y fuimos

quedando solos.

Finalmente también Alice se despidió. La acompañé hasta la entrada en donde le esperaban sus padres. Con la mano le dije adiós.

Ahí no acabó la historia, sin embargo. Antes de cerrar la puerta del coche, Alice giró su cabeza y, como quien no quiere la cosa, me dijo con una sonrisa:

- ¿Vendrás pronto a Londres? Aún te debo un Capuccino.

F I N

La Saga del Delegado Francés

1. El Delegado Francés
2. El Hijo del Diplomático
3. La Sombra del Secretario

www.eldelegadofrances.com